

# De BOLÍVAR a VARGAS

**PRÓCERES MILITARES y CIVILES  
EN FECHAS PATRIAS CONMEMORATIVAS**

**Discursos y escritos de  
ANDRÉS ELOY BLANCO**

José Agustín Catalá, editor / EL CENTAURO, ediciones  
Caracas / Venezuela / 2003





3512000 CCR6152  
LF uen

De BOLÍVAR a VARGAS  
PROCESOS MATRIMONIALES Y CIVILES  
EN FECHAS PERTINENTES CONMEMORATIVAS

Imprenta y Publicación de  
ANTONIO VILAS BLANCO

© José Antonio Vilas Blanco  
El Centro de Estudios  
Culturales y Científicos  
de la Universidad de  
Caracas  
Impreso en Venezuela



BIBLIOTECA NACIONAL  
DEPOSITO LEGAL



BIBLIOTECA NACIONAL  
COLECCION  
BIBLIOGRAFICA GENERAL

© JOSÉ AGUSTÍN CATALÁ, EDITOR

**EL CENTAURO**, EDICIONES

ISBN 980-263-393-3

Caracas/Venezuela/2003

PRINTED IN VENEZUELA



987.00992  
B6411  
e.2

SEMELANZA DEL AUTOR

# **De BOLÍVAR a VARGAS**

**PRÓCERES MILITARES y CIVILES  
EN FECHAS PATRIAS CONMEMORATIVAS**

Lois Baurin Prieto Figueroa

**Discursos y escritos de  
ANDRÉS ELOY BLANCO**

José Agustín Catalá, editor /EL CENTAURO, ediciones  
Caracas/Venezuela/2003





## SEMBLANZA DEL AUTOR

### EL POETA Y EL HOMBRE

#### Luis Beltrán Prieto Figueroa

SEMBLANZA DEL AUTOR

Las Bellas Photo Plumes



## **EL POETA Y EL HOMBRE**

Nació Andrés Eloy Blanco en los años finales del siglo XIX, en un hogar donde tenía la patria servidores fervientes. Su padre, médico, poeta y maestro, que son tres maneras diferentes del servicio desinteresado de la humanidad, daba el ejemplo de consagración a la obra buena y al sacrificio, mientras la madre abonaba con dulzura y amor la conciencia que habría de florecer en la ejemplar conducta del poeta y del ciudadano.

Por esa capacidad de entrega, porque expresaba en forma cabal sentimientos y anhelos populares en sus versos y en su vida, el pueblo venezolano le consagró como su poeta, porque ninguno antes que él, ni de su generación ni de las que le siguieron, logró captar el alma de Venezuela tan cabalmente como lo hizo Andrés Eloy, y en forma tal que el pueblo se sentía reflejado, como en un espejo de multiplicadas caras, en la admirable y admirada policromía de sus versos.

diezmaron riqueza, sembrando odios que parecían irreconciliables. Allí exalta la generosa dádiva y en otro poema titulado *La Novia de Juan Bimba*, que es el trasunto de Venezuela, invita a los padres y sedientos de la Tierra para que abreen justicia y calmen hambres en nuestra tierra liberada del año 2000, porque para éstos la novia de Juan Bimba tiene un río entre las manos, tiene las manos de pan.

Andrés Eloy Blanco sí es el cantor más auténtico, el verdadero poeta de Venezuela, como se le ha llamado; es también uno de los mejores cantores de nuestra América, que es ya decir de lengua española. Su voz es auténticamente suya, intransferible en la emoción y en la forma, y expresando lo que hay de más puro y más original en nuestras patrias, su poesía cobra originalidad y acento nuevos. Se le señala como el punto de arranque en Venezuela de las nuevas formas poéticas que, como reacción frente al modernismo, aparecieron después de la primera guerra mundial. Pero Andrés Eloy no quiere formar coro en los grupos que se proclaman afiliados a uno u otro ismo. Consciente de su propio valer sostiene: “nunca me presté para coros fashionables...”. “Yo quería mi voz”. No abjura de la frondosidad de la que llama su adolescencia poética que entrega en *Poda*, porque confiesa: “Mi épica tropical está menos en mis poemas circunstanciales que en la caliente resonancia que supe dar a los cantos que me venían de fuera”. Expresaba en cantos la realidad de su tierra y de sus gentes, que en él eran la clara emoción que se transfundía a sus versos. Sostenía que el poeta de América ha de estar siempre en actitud



descubridora, en actitud "colombista", para expresar a América, para encontrarla en sus veneros escondidos e inexplorados de emoción. Encontrar a América era para él encontrarse a sí mismo, desentrañar la idea, el sentimiento, la vivencia de una realidad en la forma del ser de cada poeta. Esta autenticidad de América y de lo americano le obsesionaba y aun cuando reconocía la mezcla de sangres extrañas en la nuestra, que es mezcla de culturas también, decía que nuestro pueblo es distinto y tiene derecho a su expresión:

*Y todo cuanto vino de extrañas latitudes  
vino a sumar a ella su caudal de virtudes.  
El ancestro, mezclado de cosmopolitismo,  
ha dado flores nuevas, pero el tallo es el mismo.  
Es esa, americanos,  
nuestra fuerza; tenemos  
en nuestros pueblos sangre de todos los demás;  
todo cuanto ellos puedan nosotros lo podemos,  
pero en cambio, nosotros tenemos algo más.  
Al menos yo declaro que tengo todavía  
en el mismo portal de mi abolengo,  
raza propia, aborigen y fresca, raza mía...  
¡Yo sé quién soy y sé de dónde vengo!  
Y sé también adónde irá la estrella  
de América, en el fallo de la Divinidad,  
cuando Ella pase, mezcla de todos y de Ella,  
vio en su hoguera un gesto de personalidad".*

Y lo que en *Poda* decía Andrés Eloy, lo fue realizando en su obra posterior, auténtica y suya, y más original por más humana, por expresar más cabalmente lo que estaba en la raíz de todas las conciencias, lo que sien-

do de todos no podía serle extraño: dolores y alegrías, fracasos y esperanzas, sentimientos e ideas, haz de ideales que son el futuro que nos obliga al esfuerzo de todos los días en cada obra que concluye y en cada obra que empieza.

El último libro de Andrés Eloy Blanco, publicado apenas unos meses antes de su muerte, *Giraluna*, es el fruto de la luminosa claridad que había alcanzado su espíritu magnífico. Es un libro hermoso sin hipérbole, donde la palabra tiene dimensiones que sólo puede medir el sentimiento:

*“Libro en que está presente  
la casa; el hijo y el dolor ajeno.  
Libro, para el doliente,  
de vino, y agua lleno;  
lo que el maestro Antonio llamó bueno”.*

En este libro, dedicado a la dulce esposa Lilina Iturbe de Blanco, la *Giraluna* del poeta, hay algo del presentimiento de la muerte que venía acechándole con tenaz persistencia. En el poema a los hijos, que contiene en 15 estancias el testamento escrito para sus dos pequeños, ahora en orfandad, les dice:

*“Porque es bueno pensar que cualquier día,  
quizás muy pronto, sea para el ciprés mi alma  
y en una tarde de las tardes mías  
o en un amanecer de tus mañanas,  
te apartes una gota de otra gota  
para que entre en tus ojos mi última mirada.*



*Por eso, en este ocaso, ya es la hora  
de entregarte mi lámpara,  
ya nos llegó el momento  
de que tu mano encienda la luz que se me apaga”.*

Ya antes les había dicho, en otra estancia del poema, al entregarles su divisa y los bienes de la heredad; Salud y Libertad:

*“Para vivir sin pausa, para morir sin pausa,  
vivir es desvivirse por lo justo y lo bello”.*

En este desvivirse por la justicia y la belleza consumió el poeta su vida entera. Pudo disfrutar la vida cómoda, como algunos de los hombres de su generación, literatos y poetas, que hicieron de sus letras escarnio de su pueblo, pero prefirió la entrega total y hacer cada día más fecunda su dación en obras y en votos. Amaba a su pueblo con entrañable afecto y éste le correspondía en forma semejante.

En el poema a los hijos, antes mencionado, después de hablar a éstos sobre la patria grande, en una “clase de ausencia y presencia” dice el poeta:

*“Los cuatro que aquí estamos  
nacimos en la pura tierra de Venezuela;  
amamos a Bolívar como la vida misma  
y al pueblo de Bolívar más que la vida entera  
y a Venezuela, inalcanzable y pura,  
sabemos ir por el ‘bendita seas’.”*

Esa devoción a la tierra y a sus gentes explica que ante su muerte, llena de doloroso estupor, la nación venezolana entera haya vestido luto. Hombres, mujeres y niños, viejos y jóvenes le han consagrado su tributo de admiración y de cariño. Los estudiantes han bautizado varias de las promociones universitarias con su nombre; han afirmado que su nombre y su obra serán ejemplo y estímulo: "Mientras haya estudiantes, el nombre de Andrés Eloy Blanco y su poesía no morirán", dijeron unos, y otros, para señalar la huella de su acción sobre la juventud, indicaron: "La obra mejor de Andrés Eloy Blanco somos nosotros mismos".

Porque amó a Venezuela no fue nunca indiferente a lo que sobre su tierra acontecía y mientras escribía y cantaba hizo de su vida el mejor de sus cantos. Político, en la hondura del concepto, que es entrega a la obra para todos, dación y servicio para que el pueblo alcance su destino mejor, Andrés Eloy Blanco sirvió con abnegación. Miembro de la Municipalidad de Caracas, y su presidente en dos períodos, luchó por la autonomía de la administración de la ciudad, sin interferencias que pusieran el servicio bajo la ingerencia de la mandonería, y escribió sobre el derecho municipal sus trabajos de paciente investigación y de crítica penetrante sobre el municipalismo y el municipio neutro. Diputado popular, libró batallas desde su asiento de la oposición por leyes más justas y por actitudes más limpias en la administración. Fue Presidente de la Asamblea Nacional Constituyente de 1946, Asamblea que aprobó la Constitución donde Venezuela democrática, por medio de



sus representantes auténticos, de libre elección por primera vez, consagraba los derechos humanos de los venezolanos y creaba las normas para el ejercicio cabal de la democracia. Desde ese alto sitio rindió un inestimable servicio a la nación, limando las asperezas de una lucha enconada de ideas y de partidos y conduciendo el debate en forma admirable, hacia derrotados creadores y de comprensión de los divergentes criterios para alcanzar una síntesis conciliadora, cuando ella era posible, o para afirmar de manera incontrastable el pensamiento, siempre alto y en alto, de su grupo político, representación del sentimiento mayoritario de su pueblo. Luego, elegido Senador de la República, pasó a desempeñar el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores, durante el corto gobierno de Rómulo Gallegos, cargo desde el cual le cupo representar a Venezuela ante la Asamblea de las Naciones Unidas, reunida en París en 1948. Desde allí, en un brillante discurso, el último de su carrera oficial, porque a poco dejaba de ser el representante de un pueblo libre, para convertirse en un exiliado político, exaltó la misión de paz de las Naciones Unidas y el papel que habrá de corresponderle en la obra de liberación y de cultura de los pueblos.

Después, las incidencias del destierro le llevaron a Cuba, Estados Unidos, México.

La mujer y los hijos modelaban el paso del poeta. En Cuba se disolvía en la clara alegría del pueblo, en el cual encontró siempre similitudes con el pueblo venezolano, según dijera en su celebrada Carta Lirica a Udón Pérez, pero sin poder participar, como

manía extranjerizante en el artista criollo, que desdeña los motivos de su tierra y de su ambiente para buscar inspiración en lejanos paisajes intelectuales, que conducen a las caricaturas del arte auténtico.

En la angustia del pueblo encontró los más hermosos motivos para su poesía, en la esperanza del pueblo, en la libertad del pueblo sojuzgado iba a buscar siempre la inspiración para sus cantos. Porque para él, ser poeta y escribir poesía era expresar la sufridora entraña para dar en el verso la palabra de amor que restaña y que cura las heridas del alma, es dar en la sonrisa y en la palabra hermana, en el apretón de mano, en el abrazo fraterno, parte de la alegría que se lleva por dentro; es una manera de darse a todos y con todos sufrir y con todos gozar en la buena y en la mala hora y eso hacía Andrés Eloy Blanco, poeta, que es ser hombre cabal, según la significación que él mismo diera a la palabra. De él podría decirse, con los admirables versos que escribiera para la madre muerta:

*"Ignoraste el rencor y el veneno,  
tu pañuelo jamás midió el camino  
que había entre tu amor y el llanto ajeno.*

*Eras cuidar el vaso y dar el vino,  
como el remanso, cuando da el lucero,  
pero se queda con lo cristalino".*

Le sorprendió la muerte en tierra extraña, sorbiendo aire de exilio en patria amiga, entero en el amor de lo



que fue su vida. En patria ajena vio agonizante a la abnegada madre que vino hasta el destierro para darle su aliento en la mirada dulce y en la dulce caricia, y el dolor le inspiró uno de sus más hermosos poemas: *A un año de tu luz*, del cual son los dos tercetos más arriba transcritos, porque en él con la historia de la madre narra también su propia historia, que es poema de amor y sacrificios. En esa historia le vemos confinado inocente en la isla de Margarita al lado de los padres y de los hermanos, cuando apenas tenía cinco años; allí, el amanecer de su poesía, saeta de amor para los ojos de la madre; la gloria, el peregrinar, la cárcel, el confinamiento, el destierro y, en todo ello servicio y devoción, que con la madre se daban íntegramente.

Muere Andrés Eloy Blanco en un accidente de automóvil en México, muere en el destierro. Lo presentía. Resentido el corazón por la angustiada vida, por el ir y venir, por la falta del calor que le venía del contacto diario con su pueblo, acaso pensó que ya el fin estaba cercano, cuando en mayor madurez su obra estaba cuajando en los más extraordinarios cantos. Sus últimos poemas son una confirmación de la grandeza del poeta y en él del hombre, del ciudadano, que era Andrés Eloy Blanco. Como muchos de los grandes hombres de mi pueblo muere en el destierro: Bolívar, Sucre, Miranda, Pedro Gual, Simón Rodríguez, de la pléyade de los libertadores, Andrés Bello también poeta y grande, así murieron porque pareciera un sino adverso de esa patria, como dijera el propio Andrés Eloy:

*“más poblada en la gloria que en la tierra,  
la que algo tiene y nadie sabe dónde*

*si en la leche, en la sangre o en la placenta,  
que el hijo vil se le eterniza adentro  
y el hijo grande se le muere afuera”.*

Venezuela y América, los hombres y mujeres de nuestra lengua y de nuestra raza, por quienes él cantó, para quienes escribió sus maravillosas creaciones, guardan luto en el corazón. Pero la mejor manera de honrarlo no es el llanto, sino formular el propósito de seguir perseverando en su obra. Para los jóvenes el ejemplo de la rectilínea conducta que se da en la apolínea forma de sus versos, en la hondura de sus pensamientos, en la devoción de entrega y de servicio. Para todos, hombres y mujeres, la consecuente actitud en la obra de todos los días.

Ante su muerte, como él dijera, con motivo de la muerte de otro gran poeta:

*“No hay que llorar la muerte de un viajero,  
hay que llorar la muerte de un camino”.*

Conferencia dictada en la Escuela Normal de Costa Rica, el 13 de junio de 1955.



## **RETORNO A LA CASA DE CUMANÁ**

Aquí cerca de la Calle del Medio, frente a la Plaza Bolívar, al lado del Museo Nuevo, que fue la casa de Vicente Ruiz, estamos celebrando el regreso del poeta a su casa de Cumaná. Vuelve Andrés Eloy y los brazos del pueblo lo levantan dándole la bienvenida cordial al hijo bueno, muerto en lejana tierra, vivo en el recuerdo de la gente sencilla que en sus versos vivió y vive la alegría de llamarse cumaneses y ser compatriotas del poeta. En esta tierra de los 450 años de fundación clavados en la historia, pasan removiendo sus glorias los fundadores: Gonzalo de Ocampo, Jácome de Castellón, Diego Fernández de Serpa; los libertadores: Antonio José de Sucre, José Francisco Bermúdez y Bolívar, y Vargas y Ribas y Piar y Mariño y Arismendi y pasan los poetas Juan Arcia, Ramos Sucre y, presidiéndolos a todos, Andrés Eloy Blanco, poeta de la tierra, poeta de su pueblo, sembrado como un árbol en mitad de su plaza para florecer y florecerse dando perfume y cantos a todos los costados de la Rosa de los Vientos.

“Ancha es la casa” y en el medio del patio, cerca de la parra adonde llega el polvillo fecundador de Pan de Azúcar, la estatua del poeta, con un libro abierto entre las manos, preside el corro donde niños y viejos parecieran escuchar de sus labios los cuentos nuevos que le dio el destierro, los cuentos viejos que le dio la tierra. Entre la gente suya su palabra delgada enreda metáforas que como saetas se clavan en la mente de los oyentes que le aplaudieron siempre y ahora se van tras su palabra buscando en él la orientación certera y buscando también alegría del corazón y paz de la conciencia.

Por iniciativa popular fue rescatada la casa del poeta y locha a locha, centavo a centavo, se ha erigido aquí la Casa de la Cultura, la Casa de la Cultura cumanesa, con su biblioteca y su museo y su jardín abiertos a todos como el generoso corazón del pueblo. Andrés está en su casa, la casa de la querencia y del recuerdo, la que canta en sus versos, la que añora en sus angustias, “hechas a la medida del hombre”, como él dijo algún día que era la casa del Abel de América, circunscrita en el ámbito de toda la ciudad de Cumaná.

Nunca estuvo mejor seleccionado un sitio para hacer popular los beneficios de las letras y el don precioso de la cultura que en éste y con Andrés Eloy a la cabeza. Hacer la cultura popular fue siempre aspiración del gran poeta. Se desvivió por ello. Pensaba que el único bien que compartido toca a más es el saber cuando se hace popular. Por ello fue maestro y guía y su noble magisterio lo compartió



en el ágora abierta de las plazas, desde su asiento del Concejo de Caracas o desde su sitio de representante popular en el Congreso, en el mitin, en el teatro, en el calabozo carcelero. Su función generosa le llevó a prodigarse en dádivas que no agotaban nunca sus caudales, porque éstos eran inmensos y porque además la cultura se aumenta con el uso y la libre comunicación con los seres humanos.

Andrés Eloy Blanco era un comunicativo ejemplar del hombre hecho para servir, que es la única manera de hacer magisterio y de sembrarse en la conciencia del pueblo.

Cómo en su poema luminoso la espada del reflejo de agua clara de "la llave de la montaña", su libro abierto aquí frente a su playa, llave de cinco vueltas prodigiosas, abre a Juan Bimba el mar de ideas y le lleva a cabalgar "como quien va por el llano", embridado su potro. Por ello esta estatua con libro puede saludar a Juan Bimba, como le saludará también la estatua del Mariscal.

Los 450 años de Cumaná, la ciudad primogénita del continente, son reguero de heroísmo untado de barbarie cuando pasaron por ella asolando pueblos los conquistadores o cuando Boves ponía un pálpito de angustia acuchillando a los patriotas en las sabanas cercanas, o vivió generosa en el óleo de masedumbre puesto por el Padre Las Casas en aquella vorágine de destrucción en procura de riquezas, que sumergía a los indios para buscar las

perlas o los llevaba en las sentinas de los barcos para venderlos como mercancía en otros puertos.

Esta gloriosa ciudad fue recaladero y tránsito para la libertad, con su brazo de mar que da a la isla, con sus estrechos senderos de agua que llevan hacia los golfos, con ríspidas montañas para fugarse enteros en busca de independencia junto a los montes, y también tierra de vigilia y canto, propicia a las labores culturales, ciudad de las arenas que caminan y destruyen, ciudad de removida entraña que vuelca como un potro no domado cuanto cabalga sobre su lomo; ciudad del mar, ciudad del llanto, con su río Manzanares de las playas de amor, cuando en ella se bañan las doncellas, río que aumenta su caudal con lágrimas del pueblo cuando el sufrimiento agosta la vida y es persecución y horror y muerte la actividad que en ella crece.

Decía Andrés Eloy, hablando de la patria, “que para quererla bien hay que empezar por crearla un poco”. Por ello, como el poeta amaba a su patria chica con entrañable afecto, la inventaba y la modelaba haciendo como el amante que agrega cualidades a la amante porque mira en ella reflejado entero el amor de su corazón. Nadie mejor que Andrés Eloy ha dicho la historia y la geografía espiritual de esta ciudad procera. Aquí la luna es más bella y más puro el aire, y el golfo más claro y el río más sonoro y Pan de Azúcar más blanco, si el poeta los canta. Para él el Manzanares

*“es un río pequeño, pero no tan pequeño  
que no le quepa de una vez*



*todo el llanto de todos los que llegan un día  
con una pena junto a él".*

y el cielo de Cumaná cantado por él es más resplan-  
deciente y puro

*"No hay cielo que tenga  
luna como aquella.*

*No hay noche de luna  
como aquella noche  
del siglo pasado.*

*Noche empavonada  
de luna que untaba los cerros,  
esmaltaba el río,  
bruñía las copas de los cocoteros:*

*en la sabana de Caigüire  
pintaba el salitre de una luz de espectros".*

En el amor del poeta su ciudad cobra la frágil con-  
textura del amor arremansado en el regazo:

*"Niña de tres cunas,  
niña de tres regazos;*

*mar y terremoto,  
todo fue merecerla,  
tuvo mil amores  
y vivió temblando".*

Y cuando le anunciaron en La Rotunda que Cumaná  
había sido destruida por un terremoto la levantó a  
la altura de su corazón, la acunó entre sus brazos y  
la mantuvo erguida. Entonces dijo:

*“Lo que cayó volverá a izarse  
y quedará por siempre lo que no cae jamás  
lo que siempre has tenido de ciudad de poetas,  
lo que siempre has tenido de ciudad de Quijotes  
tus castillos en que no hay temblor que los  
[derrumbe,*

*ciudad del Mariscal de Ayacucho,  
ciudad de José Francisco Bermúdez,  
mayorazgo de Abel, ciudad del alba  
siempre en el suelo y siempre entre las nubes”.*

Hoy inauguramos la Casa de la Cultura, que es inaugurar una forma nueva de contacto con el pueblo y de acción generosa de creación y de vida hacia afuera. Aquí se hará el contacto del pueblo con el pueblo, los dirigentes vendrán aquí a beber para calmar su sed de conocimientos y para llevarlos en transmisión constante a las masas populares que los necesitan y los piden. Aquí vendrán los maestros y los niños en la romería de la investigación y dominando el miedo al espacio cerrado, junto al poeta leerán sus canciones y aprenderán en él que la patria es recaladero de angustias pero que a ella se llega desde cualquier distancia si el corazón mantiene el generoso impulso y la raíz se clava muy hondo en sus tradiciones y en la vida trabajosa de su pueblo.

Andrés Bello nos enseñó que

*“También la sombra puede cultivarse  
si se le da la vecindad del alma”.*



Por ello, cultivada por la benévola mano de su pueblo, la sombra del poeta, engrandecida cada día con el sol que amanece y con la tarde que cae, puede servir de techumbre al desamparo cultural del alma ingenua, puede alentar la planta que el rayo de sol amortiguado no marchita, de la bondad innata que aquí le acarició, caricia de la madre, extendida en mil manos para acunar los niños, bondad de hermanas para socorrer al pobre. Bajo su sombra protectora el pueblo será libre si sabe serlo en la medida exacta en que él lo soñara, fundiendo el odio de la lanza en reja labradora o mejor si sabe mostrar

*“la simple anatomía de la mano  
de los hombres sin armas,  
un modo de mostrar la fuerza  
de la mano mojada de faena,  
la fruta de la mano  
ardua de cáscaras y muelle de corazón”.*

Porque ahora el odio está creciendo donde debía florecer el amor y cuando conquistamos, con dolor y sacrificio que consumieron la vida del poeta, la democracia suspirada desde la Universidad, nuestra Alma Máter, boina tremolada en azul rebeldía contra las dictaduras, parte el grito que busca sumisión a dictaduras con etiquetas importadas, dictaduras para hacer de hombres cifras apenas, máquinas de trabajo, sin libertad para pensar, sin la angustia del sueño redentor. A veces de la Universidad, en vez del grito de amor que gire en busca del corazón del pueblo, se oye el grito de odio que asesina a mansalva en cobarde emboscada a los que siembran

y a los que fabrican, hombres del campo y hombres de la ciudad, sencillos, humildes, pueblo sacrificado.

En esta tierra ardida es tiempo de que cese esta siembra de odios, es tiempo de que la Universidad asuma su función rectora en defensa de la democracia y de la libertad y de que todos, hombres y mujeres, recordando al poeta volvamos a la querencia de la paz conjugada que hace ver un hermano en el hombre que sufre, que hace ver un amigo en el hombre que ríe y que sabe extender la mano generosa para levantar a los que caen o para socorrer a aquéllos que vacilan. Aprendamos en el poeta que "el hombre es una fuerza que ama". La invitación del poeta es permanente.

*"y digo que es infame y es vil y es proditorio  
que en el jacal invente vidas el aldeano  
y el sabio asesinatos en el laboratorio;*

*y digo al estadista miope y presbiteriano  
que el que con sangre y muerte llenó su presbiterio  
no merece ni un hijo que le bese la mano;*

*digo al Adicto rojo del nuevo Falansterio  
que con la luz del día la libertad dialoga  
y el bien está en ser libres del odio y del misterio;*

*y digo al Pretoriano que se robó la toga  
que a él y al apóstol que se robó la cena  
le crece el mismo cuello para la misma soga;  
y digo que mis hijos son un grito que ordena*



*en el nombre del Padre, de la Madre y del Hijo  
respeto al alma propia sobre la carne ajena*

*respeto al bien de todos en el pan y el cobijo,  
respeto a la plegaria y al credo que se reza  
y a la palabra atea y al labio que la dijo”.*

Está el poeta en su casa, la Casa de la Cultura cumanesa, y aquí junto a él está creciendo la aspiración de un pueblo que lo tiene por guía porque él fue siempre señalador de rumbos. Acogiéndolo el pueblo en su seno, trayéndolo a su casa se hace acreedor al reconocimiento de Venezuela. El poeta, que fue siempre generoso con su tierra, paga con bondades lo que la tierra le da.

“¡Benditos sean los pueblos que no se olvidan de sus hijos! ¡Benditos sean los hijos que no se olvidan de su pueblo!” y Cumaná no olvidó a su poeta porque su poeta siempre vivió en ella y siempre para ella.

*Oriente/Revista de la UDO/Cumaná, setiembre de 1966.*





## JUICIO SOBRE DISCURSOS DEL POETA

Por José Rodríguez Iturbe

1. Posiblemente nunca se haya dado en las letras venezolanas un caso como el de Andrés Eloy Blanco. Por sus versos, posee merecidamente el título de Poeta Nacional. Su prosa, con frecuencia menos conocida que sus poemas, resulta de una belleza y excelencia idiomática que lo coloca entre nuestros mayores estilistas de todos los tiempos. Su dominio de la lengua castellana y su creatividad poética pueden gozarse siempre en su producción en prosa. Como prosista hizo de todo. O casi. Que yo sepa, sólo la novela resultó un género literario ajeno a sus empeños. Ejemplos sobran. Como ensayista nos dejó esa hermosa biografía que es *Vargas, albacea de la angustia*; como cuentista, el humor delicioso y criollo de *Las glorias de Mamporal*; como autor de teatro, la pedagogía ciudadana de *Patria que mi niño duerme*; como periodista de opinión, una amplia gama de artículos.

Para mi gusto, en el orden propiamente político, es la prosa parlamentaria de sus grandes discursos, de sus discursos de orden en el seno de la Representación Nacional, la que alcanza niveles extraordinarios. Ellos resultan siempre aljibes de aguas bondadosas, salutíferas, para calmar la sed de las angustias y reposar el ánimo cansado en los meandros sin fin del curso disímil, no lineal, de nuestro proceso de pueblo.

Si Buffon, a quien cita en alguna de sus piezas, dijo que el estilo es el hombre, en Andrés Eloy Blanco el estilo es la patria. Ningún venezolano ha hecho, como él, que yo sepa, en la prosa retórica, tal síntesis formal de poesía buena, cultura universal, ternura por lo popular, conocimiento y amor por lo positivo de nuestro accidentado proceso nacional. Nadie en nuestro pueblo ha calzado sus puntos procurando la hermosura de la sencillez, la fascinación de lo corriente visto con pupilas de amor. Sencillez que no es simplonería: es el gusto por el pan y el gozo del hogar. No conozco alguien que se le iguale ennobleciéndose de tal modo en el empeño de descubrir la nobleza profunda de lo humano nuestro, sin desconocer por ello la abundancia de nuestras escorias.

Andrés Eloy Blanco no fue simplemente un letrado en funciones de responsabilidad pública. Fue mucho más que eso. Fue un talento excepcional dotado de un gran corazón. Puede decirse que fue un varón que superó las faltas que todos como humanos tenemos, encontrando la superación del encapsu-



lamiento egoísta en la exigencia de amor cristiano de servicio a los demás. Y su servicio fue, sobre todo, pedagógico. Pedagogía, la suya, que poseyó siempre ribetes artesanos. Su enseñanza fue constante. Cada discurso de los grandes fue una lección, ni más ni menos. Y su lección fue el trabajo de un escultor de pueblo, sacando, con la agudeza del cincel, la figura que desea presentar, del mármol de su tiempo y de su gente.

Una capacidad magisterial envuelta en palabras de discurso. Eso puede admirarse en las piezas antológicas de la oratoria de Andrés Eloy Blanco. Decir bien lo que se quiere decir. Ese fue su don y su labranza. Transmitir la lección que se desea enseñar. Esa fue siempre su victoria. El orador no es un simple hilvanador de *flatus vocis*. El sentido de lo dicho se armoniza con la forma del decir. El público escucha y, al escuchar, le rinde su tributo. En la escena parlamentaria es bien sabido que el desinterés, la falta de atención, es una sanción hacia quien habla, ya sea por lo que dice, ya sea por la forma de hacerlo. La atención debe, pues, ganarse. Y no es fácil lograrla siempre. Andrés Eloy Blanco, como orador en el Congreso de la República o en la Asamblea Nacional Constituyente (que presidió con lujo de aciertos), captó como nadie, por parte de los asistentes, el seguimiento admirativo de sus exposiciones. Esa Constituyente que preparó la Constitución de 1947 sí fue un evento histórico de brillantez republicana. Y no lo hubiera sido sin un Presidente como Andrés Eloy Blanco; y sin lo medular de sus auténticos debates, seguidos por toda la nación, día

a día, por la transmisión radial (no había TV) de las sesiones.

¿Es que Andrés Eloy era un fenómeno? Era, sin duda un *fuori serie*, como dicen los italianos. ¿Cuál era su secreto? ¿De dónde derivaba su fuerza? ¿En qué radicaba su capacidad de deslumbramiento cuasi hipnótico? De su afán de verdad. De su sinceridad. De su coherencia. De ser él mismo. De su empeño por construir. De su afán de unir. De sus luchas. De su amor civilista a Venezuela. De su propio testimonio vital, que no lucía divorciado de su enseñanza. De todo eso y de algo más: porque era, la suya, una humanidad que reflejaba una de esas pocas luces paradigmáticas que la Venezuela de las sombras, la de las largas guerras y autocracias sin fin, milagrosamente gestaba y llevaba a buen parto con dolor, para que alumbrara el incierto caminar del pueblo. Ese pueblo innominado a quién él dio nombre, *Juan Bimba*, para que, al cabo, como alguien le dijera en elogio póstumo, él le quitara su apellido y fuera, en la cobija de su afecto, pura y simplemente, Andrés Eloy.

¿Cómo lo hizo? ¿Fue el suyo un empeño barroco? ¿Fue su estilo, acaso, sólo un alarde fluvial de sentimiento? ¿Fue su oratoria de maestro el instrumento para una lección de exclusas, empeño ocasional, siembra de estación, mies tardía? Comenzaría respondiendo a tales interrogantes diciendo que, como todos nuestros grandes literatos, Andrés Eloy Blanco era un notable hispanista para quien las obras relevantes de las letras de la Madre Patria no sólo le



resultaban conocidas, sino tratadas y asimiladas, familiares y amadas. Andrés Eloy Blanco puso de relieve, sin necios encasillamientos en *leyendas negras o doradas*, que la afirmación y defensa de nuestro mestizaje no podía partir de un acomplexado rechazo al ingrediente (guste o no) determinante de nuestra mezcla histórica. Andrés Eloy Blanco era un hombre culto que conocía la historia ajena y la propia; y se engalanaba no tanto con el eruditismo aplastante que da el frío y distante conocimiento de los hechos, sino con la interpretación armónica de los mismos, que permite ver, sobre los acontecimientos aislados, el desarrollo de los procesos.

Juntaba de manera deliciosa, en canoa que nunca amarraba en el cansancio, la anécdota pequeña y la lección perdurable. Hacía ver el detalle y aprehender el conjunto. En las lecciones históricas de Andrés Eloy Blanco se armonizan, así, a menudo, tanto la *historia política* como la *historia de las ideas*. Pudo hacerlo, sin saber de antagonismos académicos entre una y otra, porque su conocimiento de nuestra historia nacional no era en él producto de un simple esfuerzo libresco. Era un saber derivado, cómo no, de libros; pero no sólo de libros. Era un saber perfeccionado por sus propias experiencias vitales, en las cuales estaba el formón de una recia personalidad, tipificada por la recepción entusiasmada de una tradición civil, civilista y civilizada, que empujaba a soñar cuando parecía, en medio de la larga noche de nuestra historia inconstitucional, que era un imposible o una locura el hacerlo.

Era el suyo un saber engalanado por un conocimiento directo de nuestras distintas regiones y de nuestros distintos tipos humanos. Era, en fin, un saber de un intelectual que había asumido libremente la responsabilidad de ser conciencia educadora; y de formar, siguiendo sus dictados rectos, la conciencia ciudadana. Lo hacía Andrés Eloy Blanco con un manejo sin par de la historia, de la literatura, de la estética y de la retórica. No era la negación de las *élites*, sino su necesario cambio y mejoramiento. Era el cambio de las *élites* militares por las civiles. Era la mejoría de la calidad humana de quienes aspiraban a ser conductores, de manera que no buscaran tal sitio simplemente llevados por su ambición o por su audacia. Era, así, la postulación de un liderazgo necesario, pero no con el nefasto *personalismo de los personajes*, que anega nuestra historia. Se trataba, a su entender, de un *liderazgo cooperativo y no confrontativo*, entendido en dimensión de servicio hacia el ser común, de carne y hueso, con su esperanza a ratos raída, con sus sueños altos siempre gestando una sonrisa en medio de las pruebas más duras.

Era, por tanto, un saber para amar a su propio pueblo; y sus lecciones eran lecciones para que el conocimiento de las pasadas glorias y de las desgracias sin fin de toda nuestra historia llevaran, a los ciudadanos de su tiempo, a ser de veras tales; para que los llevaran por la ruta del dolor, hacia el amor esperanzado hacia la Patria buena, que era y seguiría siendo buena, aunque algunos hijos bellacos hicieran envejecer su ilusión o regar de llanto la siembra del futuro digno, republicano, justo y libre. Sus gran-



des discursos no son sólo, pues, piezas de museo académico. Son lecciones que siguen conservando un vigor y un atractivo, cuando no una actualidad, verdaderamente sorprendentes.

2. Dicho, lo que precede, a manera de introducción, sobre el autor, se requiere ahora un comentario parcial sobre los textos.

En su discurso sobre Carabobo, en la sesión de Congreso del 24 de junio de 1939, advierte sobre el uso ambivalente de Bolívar en nuestra historia. Estamos en los balbuceos del postgomecismo. Preside la compleja transición Eleazar López Contreras, uno de *Los sesenta*, el último General en Jefe de la historia militar de Venezuela. El país intenta recuperar el tiempo perdido (después de Castro y Gómez, según Picón Salas, Venezuela comienza en 1936 su siglo XX) procurando la creación de una urdimbre institucional, mientras el maximalismo plantea, para ya, la modernización de la nación; como si ésta se encontrara escondida a la vuelta de la esquina, dispuesta a hacerse presente ante la simple manifestación de voluntad de una dirigencia radicalizada con buena dosis de utopismo. Pero los condicionantes de la realidad están allí. Limitantes. Tremendos. Demoledores. Como el paludismo, que era, en la segunda mitad de los 30 del siglo XX, luego de la muerte del *Benemérito*, la peor de las endemias tropicales y la primera causa de muerte en Venezuela. Como el aplastante 70% de analfabetismo, según estadísticas imprecisas y dudosas. La lucha contra la malaria y la tuberculosis figura en el empeño de López.

Tejera, Gabaldón y Baldó figuran como artífices de un plan nacional de salud. También con *calma y cordura* acomete López la multiplicación de escuelas y liceos. El programa educativo a largo plazo es obra de Augusto Mijares. Y es de López, (aunque luzca muy larga la tardanza) la creación del Banco Central. Y la fundación de nuevas ciudades, como Ciudad Ojeda, en el Zulia, en la Costa Oriental del Lago. López era militar, pero entendió que había llegado la hora de los civiles y del civilismo. Desde que asumió la Presidencia vistió de civil. Se rodeó de los mejores civiles que encontró y puso a civiles a la cabeza de los poderes del Estado. El Ejército en su *hábitat* natural: en los cuarteles. El Congreso ante el cual hablaba en junio de 1939 Andrés Eloy Blanco era presidido por un civil intelectual, bien reputado dentro y fuera de nuestras fronteras: el senador José Rafael Pocaterra.

Andrés Eloy Blanco señala que a Bolívar “se le ha hecho siempre a imagen y semejanza de la intención del que lo llama”. Coincide con López Contreras, a quien cita, en buscar una orientación nueva, no tradicional, del culto a los libertadores; una orientación que constituya un factor de progreso. Pero destaca que no siempre Bolívar ha sido visto con buena intención. “También hemos visto —dice— a los depredadores invocar a Bolívar en sus depredaciones. También hemos visto a los hombres que entraron a saco en nuestra historia montar a Bolívar en el anca de su caballo saqueador”.

Resulta sumamente claro y aleccionador el consejo que sugiere: preguntar a Bolívar qué haría hoy si



viviera. Su ideal es permanente; su ideario es necesariamente mudable. Y no vacila, con sensatez bolivariana auténtica, a modo de ejemplo, en sentenciar: "Él mismo nos diría que hoy no apelaría ni a su platónica concepción del poder moral, ni a su idea peligrosa del senado hereditario". Con un bolivarianismo ortodoxo y nada oportunista, Andrés Eloy Blanco recuerda que hay que acudir a las virtudes de Bolívar para "salvar a nuestro pueblo y a nuestros hombres de sus dos vicios más antiguos: el personalismo y el peculado". Bolívar es el padre del pueblo hecho nación. La Patria es la madre. Y el poeta indica: "A la Patria la queremos con las virtudes del padre. Así como nosotros pensamos en nuestra madre, tenemos que pensar en nuestra Patria, y la queremos sin oro, pero justiciera; sin perlas, pero ejemplar; sin petróleo, pero limpia como los ojos de Minerva".

Desde tal perspectiva, la labor de los integrantes del Congreso de la República, ante quienes habla, debe ser un trabajo patriota. Y describe como debe ser éste para ser, de veras, tal: "Sirvamos a la Patria con el gozo de servirla, no con el ímpetu de asustarla (...) Que haya matices parlamentarios, indudablemente; ningún país que se precie puede decir, sin bajar los ojos de vergüenza, que tiene un Parlamento completamente unánime de la opinión".

Llamaba Andrés Eloy Blanco a entender que la construcción de la Venezuela del futuro no requería tanto la reedición de las hazañas bélicas heroicas de un ayer tardío, y menos heroicas de un ayer cercano y

lejano; cuanto la capacidad ciudadana de ganar civilistamente los retos constructivos de la paz. Después de las largas noches de las confrontaciones fratricidas; de las políticas belicistas, de los partidos con ejércitos del siglo XIX; de la ficticia paz de los sepulcros de las décadas gomeras; era llegado el tiempo de la madurez republicana, de la búsqueda de la robustez institucional y del imperio de la Constitución y de las leyes. Es decir, era llegado el tiempo de los gobiernos civiles; y del respeto y sujeción del hombre de armas al magistrado civil, tal como enseñó el Libertador.

La capacidad de respeto y convivencia entre plurales formas de querer a Venezuela, en un régimen de libertades democráticas era garantía de crecimiento de nuestra conciencia de comunidad social y política. “Los héroes —dice— están ya descansando en la sabana. La espada les nace del costado, como un río que riega la esperanza de la tierra. Sobre el pecho del soldadito desconocido, la noche de la gran Venezuela prende la condecoración de sus estrellas. Nos toca a nosotros. No puede esperarse homogeneidad; eso sería negar el albedrío. De los múltiples matices, del afán de superarse mutuamente en iniciativas fecundas, se realiza el hermoso estímulo de la lucha política y se rinde, a la postre, una armoniosa labor de intereses equilibrados”. Y añadía, atacando el atavismo disolvente de algunos, que sólo conciben su afirmación mediante la negación del oponente: “Las discrepancias, sí, son generadoras de la luz; pero que se agregue el generoso reconoci-



miento del valor de la opinión y de la honradez ajenas”.

Andrés Eloy Blanco concluía ese gran discurso del 24 de junio de 1939, señalando que el homenaje a Carabobo en la nueva edad de la República no podía ser otro que el empeño de los senadores y diputados en legislar bien, para que los hombres que con las armas sellaron para la historia nuestro destino republicano y soberano, obtuvieran, al fin, su presentida cosecha de ciudadanos laboriosos que, en cauces de paz, y sin la argumentación pretoriana de las armas, pudieran anunciar la alborada amable de la Patria digna: “Nuestro homenaje a Carabobo ha de ser la voluntad indeclinable de hacer buenas leyes. Yo no pido que hagamos diez leyes, ni veinte leyes. El número de leyes no es lo que vale, sino la justicia que ellas contengan. Hagamos tres leyes; pero tres leyes justas, tres leyes hermosas, tres leyes que se parezcan al pueblo de Venezuela, tres leyes que contengan la equivalencia de su angustia. Hagamos tres leyes que apacigüen el sueño de los desamparados; tres leyes que hagan entrar en sus casas a los trabajadores de los campos y de las ciudades, para anunciarles a sus hijos: *¡Hijos! ¡Está naciendo la justicia en esta tierra del pan amargo y de la esperanza dulce!* ”.

3. El 5 de julio de 1942 ocupó Andrés Eloy Blanco el sitio de orador de orden en la sesión solemne del Congreso de la República al cumplirse otro aniversario del formal nacimiento de la Patria, de la Declaración de Independencia por parte del Primer

Congreso de Venezuela en 1811. Porque la Patria, con rigor y con todo respeto a la verdad histórica y jurídica, no nació en Carabobo. Nació en Caracas, en la Capilla de la Universidad (restaurada en la actual sede del Concejo capitalino), donde se reunió, como debía ser, el Primer Congreso. La Patria nace del Congreso. La matriz republicana es parlamentaria. Como es también anticentralista: la Patria, la Primera República, nacía federal, o no nacía. El anti-parlamentarismo y el antipoliticismo, típico de todos los fascismos, no es patriota. Y quien sostenga lo contrario simplemente desconoce los hechos. O intenta falsearlos.

Así, pues, 5 de julio de 1942. Ceremonial de estilo. Se cuida y se prolonga la tradición republicana. Lectura del acta de Independencia y discurso especial. El Presidente Isaías Medina Angarita asiste a la sesión. Son años económicamente difíciles (“Las rutas del mar son inseguras; nuestros puertos van quedando sin barcos”, dirá Andrés Eloy Blanco en sus palabras). Son los años de la Segunda Guerra Mundial. Son los tiempos del terror bélico y de la esperanza de vida digna, que tiene que luchar contra la cultura de la muerte para afirmar la cultura de la vida, el inalienable derecho a forjarse —personas y pueblos— una existencia respetable.

Andrés Eloy Blanco no elude las referencias a la confrontación mundial, ubicándose abiertamente al lado de las democracias en la lucha contra los totalitarismos. Y llama, en nuestra América, a vivir con madurez civil los desafíos de la hora. Hace referencia a los héroes de este hemisferio de los sueños in-



conclusos (Bolívar, Washington, Morelos, Santander, Artigas, O'Higgins, Martí). A todos los considera *ciudadanos de América* y patrimonio común. Los califica de "artífices de lo que tenemos que defender ahora". Defensa en la paz y en el progreso, librando las batallas del trabajo y del convivir civilizado. Destaca que esos héroes "ya bajaron del caballo" y que ahora su función es distinta, familiar, vecina, ciudadana; alejada de verticalismos y jerarquías rígidas, de voluntarismos cuartelarios: "que deben hacerse más caseros, de modo que el héroe se eche al bolsillo sus batallas y juegue con los niños de América, y Sucre caiga, y Ribas pierda el gorro colorado, y los niños sean sobre los hombros charreteras vivas, y el pecho del guerrero se cruce de entorchados de carne, y el soldado camine coronado de niños, como un árbol coronado de cantos". Y agrega con fuerza derivada de nuestra propia tragedia histórica: "Y malhaya quien intente legar a nuestros hijos el remanente de pasión, que no fue más que la espuma de la cresta de la ola; que no fue más que el bagazo de aquellas grandes almas molidas en el trapiche de la gesta emancipadora, porque tenemos la gestión de la América una y la visión clara de lo que fue la epopeya, como expresión del imperio sagrado de la naturaleza en aquellas horas en que los pobres se dormían en la paz del Señor y los ricos en la paz del señorío".

El 4 de mayo de 1945 sube de nuevo a la tribuna de honor, como orador de orden en el homenaje que el Congreso tributa a José Gregorio Monagas. Un oriental costeño hablando de un oriental llanero. El cumanés veía en su poesía al Caribe como un "llano

azul para sembrarle quillas”, un mar de ayer “para inventar banderas / coloradas, azules y amarillas”. José Gregorio Monagas era llanero oriental, de tierra adentro, de Aragua de Barcelona. De los Libertadores de América, igual que su hermano José Tadeo, pero sin las máculas de su hermano en el ejercicio del poder. *El libertador de los esclavos. Monagas, el bueno*. Andrés Eloy Blanco menciona a Lincoln, pero entiende que sería una exuberancia pretender un paralelismo que fuese más allá de la alusión circunstancial.

Hermosa la visión que nos deja de *la primera lanza de Oriente*. “Y allá viene José Gregorio puntero entre las nubes de oro de las sabanas despiertas por la caballería de la República. Allá viene la primera lanza de Oriente, tragando el polvo de su tierra, untado del aroma de los libres mastrantales. Allá viene, baquiano de las albas que nacen de aquel costado de la tierra venezolana. Viene de once campañas y treinta y nueve combates a pecho limpio; abiertas las narices del potrero pajarero que va a tragar llanos y montes hasta amanecer un día detenido frente al azul del grande océano, cuando, elegido por Páez, el llanero de la División Auxiliar del Perú ofrezca al bravo Salom horas de la llanura, frente al llano sin paralelo del Pacífico. Allá viene punteando, tejedor de horizontes, cosiendo con la aguja de la lanza, por el amarillo de los caminos, el rojo de la sangre y el azul de los vientos. Allá viene de El Alacrán y de El Juncal y de El Arao. Allá viene en la carga, allá viene del horror de Urica. Allá viene del milagro de Maturín, donde vio chisporrotear sobre la cabeza de Bermúdez el gorro de fuego de la patria.



Allá viene de la carga magnífica de Boyacá... de Bocachica..." Y termina esa parte, emocionado: "Perdonádme, señores, pero la carga es tan cerrada que me va atropellando las palabras".

Hermosa, también, su descripción de la quema del antiguo uniforme del Ejército Libertador que José Gregorio Monagas realiza al enterarse del fallecimiento de Bolívar.

Andrés Eloy Blanco sabía historia. Y tenía una interpretación coherente de ella. Se coincida o no con sus perspectivas y sus tesis, es de admirar su dominio de nuestro complicado devenir de pueblo. Cuánta falta hace hoy una *élite* civil para quien la historia patria no sea *terra incognita*, como se titulaba en los mapas antiguos a los espacios desconocidos; que sepa de donde venimos, para que pueda con madurez proponerse y proponer con patriotismo a dónde ir. Tuvo, además, la valentía honrada de no disfrazar la verdad, ni de mutilarla, ni de deformarla, para desarrollar sus puntos de vista. A modo de ejemplo, cito solamente su visión de la independencia. Ella resulta la antítesis de las artificialidades de los mercachifles ideológicos, que, recurrentemente, aparecen en nuestro escenario nacional, pretendiendo rehacer el pasado a su capricho. Es un párrafo que, a mi entender, no tiene desperdicio: "Pero los criollos eran dueños de hecho y quisieron serlo de derecho. La libertad de la tierra era necesaria a la libertad de los siervos; pero ellos eran los amos. La tierra era de ellos; los siervos eran de la tierra. Por eso, el pueblo en sus comienzos no vio con buenos ojos la independencia; porque los señores mantuanos

eran los más próximos tiranos que ellos tenían. Boves no tenía haciendas: ofrecía la de los otros; por eso seguían a Boves. ¿Cómo vio el pueblo su independencia en la Independencia? En una lucha entre señores y señoritos. Acaso la vio en la Guerra a Muerte, con la separación radical de dos especies humanas; acaso la vio en el ascenso de hombres como Páez, iguales a ellos en principio. Yo creo más: que la verdadera patria la encontrarán después en las luchas de aldea, porque antes de encontrar patria, encontraban patriecita. Así, municipal, esquinera, aldeana, nació primero que para todo el horizonte de la tierra, el concepto de patria en el horizonte de la aldea”.

En ese discurso está una síntesis magistral del obsceno irrespeto del guzmancismo a los ideales por los cuales se había combatido de norte a sur y de este a oeste, en nuestra amplia geografía, en los años terribles de la Guerra Federal. El proceso de desintegración continuó, dice Andrés Eloy Blanco, porque con cipayazgos provinciales y un señor central todopoderoso, “la federación de provincias se convierte en una federación de caudillos”. Y agrega una explicación de cómo del sufrimiento sin cuento de los pretorianismos, de las autocracias y de las guerras, contra el deseo de los opresores, se fue fraguando la unidad civil, civilista y civilizada: “Pero es en la autocracia, precisamente, y en la dictadura, donde comienza la integración de los pueblos: es en las cárceles, es en el destino común de la revuelta; es en las migraciones, es a lo ancho y a lo largo de Venezuela: es en los batallones facciosos donde los hombres se mezclan con la conciencia de la tie-



rra. Y luego llega la libertad civil y nos encuentra menos extranjeros acaso, después de la danza de las hegemonías regionales”.

Y al final, su sincera petición de brújula para marchar en el tiempo por venir por el camino bueno. Debemos pedir a los libertadores “su luz y sus virtudes y hasta su experiencia de muertos libres”. Se veía, entonces, el poeta llegando, junto con los demás integrantes del liderazgo civil del Congreso, a la plaza de Aragua de Barcelona para rendir homenaje al héroe libertador de los esclavos en su patria chica: “Y le diremos: puntéanos un poco hacia la hora de vencer este retazo de esclavo en venta y este retazo de capitán negrero que nos queda todavía en la conciencia; danos el vado de los caños sospechosos; rumbéanos la marcha en la sabana tejida de preguntas sin respuesta, viejo grande, viejo bueno, compadre José Gregorio de la lanza florida”

4. El último discurso de los aquí recogidos es el del Acto de descubrimiento de la estatua de Bolívar en México. Presentes estaban el Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, Miguel Alemán, que comenzaba su mandato, como sucesor de Miguel Ávila Camacho; y el Presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno de Venezuela, Rómulo Betancourt, quien encabezaba el gobierno de facto surgido del derrocamiento de Isaías Medina, operado por la alianza de los jóvenes oficiales del Ejército con un sector del partido Acción Democrática. La que pasaría a la historia como la *Revolución de Octubre* no había cumplido todavía un año. La insurrección contra Medina había estallado

el 18 de octubre de 1945; y el acto de México se realizó el 24 de julio de 1946. Era el cumpleaños del Libertador. Ese México que tanto quería Andrés Eloy Blanco y que califica de “refugio de la democracia perseguida” y “pueblo de la trinchera contra las usurpaciones domésticas y contra las codicias internacionales”, era el recipiendario de la estatua ecuestre de Bolívar. Bolívar a quien compara con el pan que se negaba a nuestros pueblos por las autocracias, aunque se lo repartían en bronce con frecuencia, porque así podían verlo aunque no lo pudieran comer.

Andrés Eloy Blanco considera que “en la primera hora de la emancipación” el hombre del pueblo “no se ve, ni se llama, y apenas se le invoca de manera que él no lo escuche bien”. Considera que entonces se operó sólo un “cambio de dominio”, el “traslado desde un señorío español a un señorío criollo”. Ese comienzo fue, para él, “una tropicalización del privilegio, una domesticación de la corona”. Y ejemplifica: “La revolución de Manuel Gual y José María España no tuvo apoyo, porque sabía a pueblo; la revolución de Miranda no tuvo ayuda, porque olía a Inglaterra”.

Destaca como todo el empeño de Bolívar se cifra en luchar contra los dos barrancos por donde podía rodar nuestra recta andadura de pueblo: los barrancos de la anarquía y de la tiranía. Y subraya cómo, en medio de la tragedia venezolana, siempre se ha intentado instrumentalizar al Libertador: “los pueblos se movían, isleños, bajo la sombra de Bolívar, el hombre que servía para todo, como las constituciones”. Añade que



“de Bolívar sacaban astillas para hacer alegorías y astillas para hacer cadalsos”. “Y con la sombra de Bolívar —continúa— disimularon su sombra los sombríos. Y el pueblo lo que necesitaba no era cobijarse bajo la sombra, sino bajo la luz de Bolívar; pero esa luz se perdía en los fogonazos de las entradas triunfales, cuando tan simple hubiera sido encontrarla en la sed de los sedientos y en la receta de los estandartes: luz y agua, agua y luz, la fórmula del iris”.

Cuenta poéticamente cómo en las horas más amargas el pueblo huérfano buscó refugio en el culto a Bolívar, arrimándose a su estatua, “casi con miedo de espantarle el caballo”. Dice con claridad que “la revolución venezolana se realizó y perdura bajo el signo del ejército y que ese hecho está en contradicción con una gran frase de Bolívar: *El hombre armado no debe deliberar*”. Justifica en tierras fraternas pero extrañas el 18 de octubre de 1945, diciendo que se hizo para asegurar “el sufragio efectivo” y “la definitiva realidad venezolana del hombre armado que no delibere ni entorpezca en el porvenir el rumbo de la libertad civil venezolana”.

Andrés Eloy Blanco dice en ese discurso de México que resulta “urgente abandonar el camino de *altareros* históricos para unir definitivamente los tesoros que nos son comunes a los americanos y a los españoles en el designio de nuestros grandes hombres y nuestros grandes hechos”. Pedía que “ellos sean soldadura y no rivalidad”. Pedía, también, “cosechar a los héroes”. “Sembremos —decía— el petróleo, pero sembremos el

bronce; sembremos a Bolívar y a Martí y a Hidalgo y a Morelos. Y cosechémoslos en estatuas que anden y no en estatuas de sal que se disuelven, en simpatía humana y no en recelo, en amor y no en querellas". Y con la sincera fuerza de su voz honesta añadía: "Quiero decir a todos aquellos que me escuchan y sientan la palabra democracia, tengan o no en sus manos oficio de gobierno, que yo he venido aquí, en nombre de mi pueblo y en la severa presencia de Bolívar, a reclamar la cancelación de los odios y la derogación de las pasiones (...) lo que quieren los pueblos es que su pan tenga el tamaño de su hambre, su gobierno la forma de su justicia y su olvido la dimensión de su misericordia".

5. Sigue Andrés Eloy Blanco dándonos lecciones de patriotismo bueno. Sigue el poeta con su tarea pedagógica, arrojando las semillas de su amor a Venezuela en los fértiles surcos de la mente y del corazón de una Patria joven, que, aunque sepa que los tiempos son distintos, intuye que es necesario velar siempre para evitar involuciones trágicas. En Andrés Eloy marchan parejas la razón y la emoción venezolana. Su lenguaje de poeta acorta las distancias, resulta un puente tendido entre las generaciones, porque la honradez de las tesis, la pureza del sentimiento y la hermosura de la forma hacen del lenguaje castellano vía de entendimiento y de comunión de sueños entre venezolanos de distintas hornadas.

La edición de estos discursos coloca más cerca de una Venezuela en momentos de cambio, en cruce de siglo y de milenio, a la brújula y la luz de uno de sus mejores



hijos, en su lección sobre nuestro proceso y nuestros héroes. La Patria del mañana llegará a su palabra con la alegría del sediento que descubre, más allá de algunos limos, la cristalina fuente.

Caracas, febrero 2000.

LOS DISCURSOS y ESCRITOS

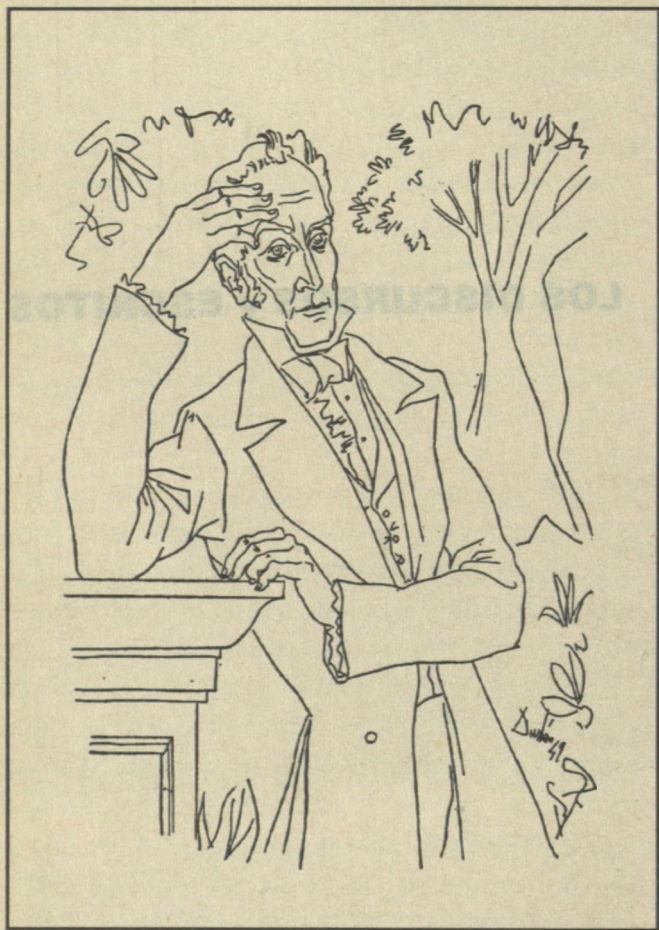




## LOS DISCURSOS y ESCRITOS

Entre los días diez, once y doce de agosto de 1968, en la Casa de la Cultura de la ciudad de La Habana, se celebró el primer congreso de la Asociación de Escritores de la Habana, en el que se discutieron los problemas de la literatura y la cultura en la ciudad de La Habana, y se adoptó la siguiente resolución:

El congreso de la Asociación de Escritores de la Habana, en su primer congreso, que se celebró en la ciudad de La Habana, el día diez, once y doce de agosto de 1968, en la Casa de la Cultura, y en el que se discutieron los problemas de la literatura y la cultura en la ciudad de La Habana, y se adoptó la siguiente resolución:





## **ANIVERSARIO DE CARABOBO**

Como diputado, en la sesión solemne del  
Congreso Nacional, el 24 de Junio de 1939

*Ciudadano Presidente del Congreso,  
Ciudadanos Senadores,  
Ciudadanos Diputados.*

Hace pocos días, cuando se sometió a la consideración de la Cámara Baja la admisión del proyecto de Ley Orgánica del Ejército y de la Armada, invité a mis honorables colegas a que pusieramos todo nuestro esfuerzo en dotar a nuestras instituciones armadas de un estatuto legal digno de su función actual y de su tradición gloriosa.

Dije en aquella ocasión que, al hacer esto, Venezuela cumplía con un deber de depositaria, porque, si bien el ejército venezolano es el baluarte de nuestras instituciones y la defensa de nuestra soberanía, también puede decirse de una manera simbólica que nos pertenece de un todo a Venezuela.

Venezuela guarda, con respecto a él, una especie de depósito sagrado. Por eso ha de presentarlo siempre brillantemente, ya que el ejército venezolano es la guardia de honor de todas las tumbas gloriosas de América. Si se pudiera concebir un hombre que le escribiera una carta al ejército venezolano, se vería en apuros el remitente, porque no sabría adónde dirigirla: lo mismo podría dirigirla a Ayacucho que a Junín, lo mismo a Boyacá, lo mismo a los helechos y a las piedras por donde se va al desaguadero. Pero estando Carabobo ubicado en Venezuela, y siendo la función carabobeña totalmente venezolana, es por eso que es la sabana de Carabobo el domicilio histórico del ejército venezolano. (*Aplausos*).

Por eso he celebrado el que se haya elegido este día para consagrarlo como día del ejército. La emoción producida por el brillante discurso de nuestro ilustre Presidente, acaso haya desviado un poco mi primera intención; acaso me haga fantasear. No es toda la culpa sólo mía: la mayor parte de la culpa será del mismo ilustre orador que me ha precedido, porque el entusiasmo es como el fastidio y la emoción es como el bostezo: se contagian. (*Aplausos*).

Ahora bien, ¿qué homenaje podríamos nosotros rendir hoy, sino uno que estuviera encuadrado en el marco de nuestras funciones? Es por eso por lo que me permito molestar la atención de los honorables legisladores, para hacer algunas consideraciones acerca de la naturaleza de los hombres que tienen el encargo de hacer leyes.



Antes, en las horas primitivas de los pueblos, era muy fácil legislar. Era un acto de fuerza ratificado por la maza o por la lanza. Bajo el imperio de la justicia, ya es otra cosa. Las leyes representan, ante todo, una victoria sobre la naturaleza o un equilibrio con la naturaleza.

En su vida alucinante, Bolívar representa estos dos momentos del nacimiento de la ley. Primero, en la plaza de San Jacinto, a la hora del terremoto, cuando dice: "Lucharemos contra la naturaleza y haremos que nos obedezca", representa el dominio sobre la naturaleza. Y luego, en la plenitud de su gesta, cuando quiere demostrar la pureza de la obra, dice que la emancipación americana constituye el imperio sagrado de la naturaleza: ésta es la hora del equilibrio con la naturaleza. (*Aplausos*).

Pero, ante todo, hay que contar con nuestra propia naturaleza, y en tal sentido, la ley empieza por ser una victoria sobre nuestras pasiones, sobre nuestros propios egoísmos, sobre nuestras propias impaciencias. Si pudiéramos ver la carne de la ley cuando ella acaba de nacer, cuando está todavía envuelta en el licor amniótico, que tiene en las manos el legislador, podríamos verle ciertas salpicaduras. Es la limadura de las mutuas concesiones, es el polvo de las aristas limadas de nuestros propios egoísmos. (*Aplausos*).

Para lograrla, hay que lograr pues, una condición previa: la mutua fe, la mutua confianza. La Patria es de todos: nadie se ha ganado el derecho exclusivo

de amar a su Patria. Hay que presumir en todos el derecho de amarla y la voluntad de amarla. La obra consiste en compaginar de una manera útil los dos postulados fundamentales: democracia y eficacia. (*Aplausos*). La obra, pues, del equilibrio boliviano, del equilibrio que infunde el recuerdo boliviano en nosotros, ha de ser ante todo la revalorización de los conceptos, la revalorización del concepto de la función política, la sustitución de la vieja creencia de la caridad por la nueva creencia de la reparación, la sustitución de las viejas teorías del providencialismo por el nuevo concepto del deber, y el recuerdo de que el único don digno de hacer de América la esperanza del mundo es el don de la libertad: América es el imán de los pueblos descontentos. (*Aplausos*).

Para esa obra, tenemos un enemigo principal: nuestro rezago de pereza, alternada de pasión; nuestro rezago de entusiasmo, alternado de desaliento; nuestro rezago de vanidad, alternada de timidez; y nuestra mutua desconfianza. Queremos que se nos crea, pero no queremos creer en los demás.

Esto crea en los hombres cierta especie de manía persecutoria, que es lo menos propicio a la buena colaboración. Pero hay un hecho cierto, un hecho que podemos comprobar en nuestro actual parlamento: hay una zona común, hay un acuerdo. El acuerdo consiste en la mutua fe que tenemos en las ventajas de la libertad civil, en la mutua preocupación que tenemos por la necesidad de la pureza administrativa. (*Aplausos*). No



hay, pues, ninguna razón para no juntarnos en eso, para no estar juntos y sobre eso.

Precisa, pues, estar sobre las pasiones. Estamos en presencia de Bolívar, en una de sus horas de meridiano histórico, y en este momento pido un acto de comprensión nacional. En este momento fundamental, como intelectual de Venezuela y como hombre de pensamiento americano, reclamo de los hombres de mi tierra un compromiso con la naturaleza, un compromiso que reconozca la realidad del espíritu americano. Estamos en presencia de Bolívar. Nuestra propia tradición podría sernos peligrosa o salvadora, según se realice en nosotros como estancamiento contemplativo o como clásica interpretación de las necesidades de la hora, tal como la vieron nuestros padres.

Es verdad que los muertos hacen a los vivos. Esto se realiza en Grecia. Homero hace sus héroes: los griegos los imitan: Homero ha hecho a Grecia. Pero también es cierto, dolorosamente, que los vivos hacen a los muertos.

A Bolívar se le ha hecho siempre a imagen y semejanza de la intención del que lo llama. (*Aplausos*). A mí me complace repetir aquí las palabras que en un documento memorable estampara el actual Presidente de Venezuela: "He procurado con empeño creciente exaltar el culto a los libertadores, dentro de una orientación nueva, que saliéndose de lo tradicional, constituya un factor de evolución y progreso". Este es Bolívar. (*Aplausos*). Este es Bolívar, visto

a través de la buena intención de un hombre. Desgraciadamente, no todos lo han visto así. También hemos visto a los depredadores invocar a Bolívar en sus depredaciones. También hemos visto a los hombres que entraron a saco en nuestra historia montar a Bolívar en el anca de su caballo saqueador.

Precisa, pues, en la hora de pensar en él, mensurarlo y situarlo en su posición de hoy, en su posición actual, porque Bolívar está en función en Venezuela. (*Aplausos*). Y preguntamos: ¿qué haría él si viviera? Tendríamos que distinguir siempre entre su ideario y su ideal. Su ideario, él mismo a veces lo cambiaba, según las necesidades del momento. Él mismo nos diría que hoy no apelaría él ni a su platónica concepción del poder moral, ni a su idea peligrosa del Senado hereditario. Él nos diría que hoy no tendría necesidad de hacer lo que la necesidad misma le impuso en 1828, de unificar en su mano todas las acciones, para sofrenar un tumulto de doctores encabitados y una legión de generales retrecheros. (*Muchos aplausos*). Bolívar sería el clásico, en la acepción de clásico que nos da el maestro Ortega y Gasset: el hombre de la hora, el hombre de su momento. Sería el clásico de hoy.

El ilustre escritor español Gabriel Alomar, en el libro *La Formación de Sí Mismo*, nos, dice que Bolívar era un clásico aventado a una aventura romántica; y nos dice que murió Bolívar con un rubor de mocedad eterna.

Ahora su ideal sí es inmutable. Yo concibo que si se pudieran someter a leyes, si se pudieran someter a un



régimen de economía los tesoros espirituales, como se someten los tesoros materiales, nosotros tendríamos que meter a Bolívar en nuestra ley de minas; porque él ha sido el refugio de nuestro pueblo en sus momentos de desaliento; porque él es un tesoro inagotable de nuestro pueblo; porque él ha sido la sombra que ha impedido que nuestro pueblo se hundiera en la mayor de las perversiones, cuando todo empujaba a convertirlo en eso. Fue Bolívar quien ganó más batallas después de muerto que las que ganó durante su vida, como dijo un gran orador.

Y su ideal, en sí, está concebido en sus dos virtudes máximas: el sentido de conjunto y el desprendimiento. Su sentido de América total y su desprecio por la riqueza; esto es, las únicas dos virtudes que pueden salvar a nuestro pueblo y a nuestros hombres de sus dos vicios más antiguos: el personalismo y el peculado. (*Aplausos*).

La evocación de Bolívar nos impone, pues, una revalorización, que debemos enseñar en nuestro pueblo: sustituir en él aquel viejo valor hazañoso, aquel viejo valor de riesgo, de peligro, de gesto singular, por éste que el insigne escritor Pocaterra acaba de resumir en una frase estupenda: la hazaña es el acto de justicia hecho ley. (*Aplausos*). Es preciso infundir en nuestro pueblo el nuevo concepto del valor para la paz, contra el concepto antiguo de valor para la guerra, de valor para el gesto.

Lo supremo en Bolívar es el ideal de América, como ejemplo de justicia del mundo; es pensar que la supre-

ma dicha de su Patria era su suprema justicia. A la Patria la queremos como a la madre. A la Patria la queremos con las virtudes del padre. Así como nosotros pensamos en nuestra madre, tenemos que pensar en nuestra Patria, y la queremos sin oro, pero justiciera; sin perlas, pero ejemplar; sin petróleo, pero limpia como los ojos de Minerva. (*Aplausos*). Esa ha de ser nuestra misión, una misión desvelada. Para todo dará la vocación democrática de nuestro pueblo. Hemos tenido duras enseñanzas en los comienzos; algunas veces se han tomado unas cosas por otras; y es que los pueblos, como los hombres, han de vivir tres momentos: la hora de pasión, la hora de pensamiento y la hora de acción. Ha pasado la hora de pasión, y estamos llegando a la hora de pensamiento. (*Aplausos*).

Ya es la hora en que el idealista se convierte en realizador. Ahora hay que hacer venezolanos.

Otra cosa, ciudadanos legisladores: he de hablaros de la gravedad de la función legislativa. Es algo serio hacer leyes; pero no ha de confundirse esto con la seriedad de un proceso. A veces, cuando se asume demasiada gravedad, parece que estuviéramos sometidos a la acción de las mismas leyes que estamos haciendo. No ha de ser una gravedad almidonada. Es preciso poner optimismo, poner cordialidad, poner alegría en la labor. A veces se corre el peligro de que estemos haciendo una ley penal y la violemos antes de terminarla.

Paul Adam hablaba de la edad del alma como la edad de los pueblos. Nosotros somos los representantes de



un pueblo adolescente. No es "rochelera" el alma democrática, no: ella sabe ser crítica, ella sabe contener y mantener toda la severidad que cabe en el alma de un republicano; pero se necesita aliento juvenil, cordialidad. Y entiéndase que no hablo de lo juvenil por la edad física, sino por la edad del alma, a que me he referido. Es necesario ver las necesidades y remediarlas. Es necesario, además, crear necesidades, porque hay muchas necesidades naturales que se van perdiendo por falta de uso. Necesidades fundamentales, cuando no son satisfechas durante mucho tiempo, son olvidadas. No se sienten. Recuerdo la fábula del pastor Eumeo, cuando Ulises está sentado a su mesa (en el canto V de la *Odisea*), y el divino cuidador de puercos le decía que a un hombre que ha estado tanto tiempo sufriendo no le gusta hablar de otra cosa que de su dolor. Las necesidades, si se pierden, ya no hacen falta al cabo de cierto tiempo. Es la historia del llanero, que en plena sabana, en la mañana fría, estaba, desnudo, el pecho contra el cielo, y al preguntarle si tenía frío, contestó: "Y yo, ¿qué voy a hacer con frío, si no tengo cobija?". (*Aplausos*).

La nuestra, pues, ciudadanos, es una labor vigilante y creadora. Nosotros somos "lo que se necesita" para alentar la creación de una fuerte economía nacional. Por eso hemos preconizado la protección y el amparo de una fuerte economía agraria. Es necesario que de nuestro suelo salga, no el pan mismo para el pueblo, pero sí la forma fácil de dar el pan. Algunos piensan que es preciso educar primero al pueblo, para después alimentarlo. ¡No! ¡No hay una sola madre que espere a que el hijo aprenda a leer para

abrirse el corpiño y darle el pecho! (*Grandes aplausos*). Primero hay que darle su pan para comer, su traje para vestir, su campo para sembrar; y después, a la hora del descanso, bajo la luz del pórtico, frente a la siembra alegre, el libro entre sus manos será la mejor flor de su cosecha. (*Más aplausos*).

Vamos a hacer, pues, leyes. Este es nuestro homenaje a Carabobo; esta es nuestra función. Leyes acordes con el “ama a tu prójimo como a ti mismo”; leyes, pero que se hagan pensando en nuestros llanos, pensando en nuestras cordilleras, pensando en nuestros campos; leyes, pensando en que por los llanos enfermos va la Patria; en que por allí, por cualquier rincón de Venezuela, pasa una virgen vieja, que está esperando un varón que la fecunde. (*Aplausos*). Leyes que vayan diciendo a la gente que ya no pensará la mujer, que tiene una ilusión de maternidad, cuando mira contemplativa su preñez de lombrices. (*Más aplausos*).

Para llegar a eso, legisladores, hemos de echar por la borda lo agrio y lo espinado. Pongamos alegría en el trabajo. Sirvamos a la Patria con el gozo de servirla, no con el ímpetu de asustarla. Sirve a la Patria el que sonríe; sirve a la Patria el que trabaja con optimismo y con cordialidad. Una mujer que pasa, alegrando los ojos del transeúnte preocupado, le está sirviendo a la Patria y a la humanidad. (*Aplausos*). Que haya matices parlamentarios, indudablemente; ningún país que se aprecie puede decir, sin bajar los ojos de vergüenza, que tiene un parlamento completamente unánime de la opinión; pero que haya



más fe, más vida, más sentido optimista del deber, del deber que desde 1830 nos está reclamando este pueblo venezolano, sin el cual el mismo Bolívar no hubiera sido en América. Ese pueblo, que hizo sonar sus alpargatas por todos los cuartos y por todos los corredores de América, limpiándole la casa; ese pueblo que no nos pide sino tranquilidad y alimentación física y espiritual, porque desde hace cien años los hijos de Venezuela no se han muerto sino de dos enfermedades fundamentales: del estómago y del corazón: de hambre y de susto. (*Aplausos*).

Es hermoso nuestro parlamento. Si no estuviéramos metidos en él podríamos encontrar las bellezas que quizás la historia le encuentre. Es por la primera vez que ha venido aquí todo el color local de nuestro pueblo. Está la juventud en todas sus formas, y está también el reflejo de esa juventud batalladora, de esa juventud que ayuda a la Patria; a esa juventud, yo la defiando, yo la defenderé siempre, porque fue ilustre en el martirio, es honrada en la intención y será un emblema en el corazón de la Patria. Y la defiando, señores, porque no quiero morir; porque, poeta al fin, si llego a viejo, hasta mi último traspiés quiero darlo apoyado en una rama verde de mis campos. (*Aplausos prolongados*).

Los héroes están descansando ya en la sabana. La espada les nace del costado, como un río que riega la esperanza de la tierra. Sobre el pecho del soldadito desconocido, la noche de la gran Venezuela prende la condecoración de sus estrellas. Nos toca a nosotros. No puede esperarse homogeneidad; eso sería negar el albedrío. De los múltiples matices, del afán de supe-

rarse mutuamente en iniciativas fecundas, se realiza el hermoso estímulo de la lucha política y se rinde, a la postre, una armoniosa labor de intereses equilibrados. Pero eso no indica que esos sectores hayan de verse siempre con áspera disposición adversativa. Yo he venido aquí, y así hemos venido casi todos, a ver corregido nuestro error cuando erremos, y a ver triunfar la justicia cuando pida nuestra ayuda.

La finalidad, es el encauzamiento del esfuerzo y el encauzamiento del beneficio. Las discrepancias, sí, son generadoras de luz; pero que se agregue el generoso reconocimiento del valor de la opinión y de la honradez ajenas. (*Aplausos*). Elevemos el alma sobre todo egoísmo, suspendamos la conciencia sobre consideraciones de menor cuantía, seamos naturales en la obra, seamos nosotros en la intención, seamos cordiales en el trabajo. Habrá lucha, pero ¿no será peor la lucha de volver a empezar? ¿Será preciso que vuelva un día como aquéllos, para que volvamos a juntarnos en la defensa? O Venezuela tendrá que repetir las palabras de Bolívar: “¿Tendré que ser como Mahoma, a quien la tierra adoraba y sus hijos combatían?”.

Habrá lucha, es cierto. Habrá amargura y habrá balbuceos: no importa. Sólo de amarga sal y rumbo incierto se hacen el pulso y la voluntad de los pilotos. Pero quedará algo; quedará un compromiso con Venezuela y con América: el compromiso de que cada vez que en este recinto surja una proposición o un proyecto injusto, será rechazado y cada vez que venga aquí un proyecto, del ejecutivo o de no-



sotros que signifique un paso atrás de la barbarie y un paso adelante de la cultura, Venezuela, representada en nosotros, saludará la iniciativa con la señal de costumbre. (*Aplausos*).

Aquí me detengo. Esto es todo cuanto tenía que decir, y creo que es bastante. Nuestro homenaje a Carabobo ha de ser la voluntad indeclinable de hacer buenas leyes. Yo no pido que hagamos diez leyes, ni veinte leyes. El número de leyes no es lo que vale, sino la justicia que ellas contengan. Hagamos tres leyes; pero tres leyes justas, tres leyes hermosas, tres leyes que se parezcan al pueblo de Venezuela, tres leyes que contengan la equivalencia de su angustia. Hagamos tres leyes que apacigüen el sueño de los desamparados; tres leyes que hagan entrar a sus casas a los trabajadores de los campos y de las ciudades, para anunciarles a sus hijos: “¡Hijos! ¡Está naciendo la justicia en esta tierra del pan amargo y la esperanza dulce!”. (*Grandes aplausos. El orador recibe las felicitaciones de diputados y senadores*).





## **EL DÍA DE CARABOBO**

(Desde el exilio, en Cuba, en 1949)

En esta fecha —24 de junio— se conmemora en Venezuela la batalla de Carabobo. Durante los años de la dictadura gomecista, nuestra pobre batalla tuvo que cargar con la comandita obligada de otra conmemoración. Era día de San Juan y Gómez se llamaba Juan Vicente. La fecha, pues, estaba consagrada a Bolívar y a Gómez. El dictador sentía predilección por cierta forma de castigo. Consistía en “apersogar” o “enyugar”, con una sola barra de grillos, a dos presos que fueran enemigos entre sí. Durante mi cautiverio pude ver cómo “enyugaban” prisioneros que estaban distanciados por cuestiones personales o ideológicas. A veces, una disentería obligaba al hombre sano a acompañar al enfermo en todos sus desvelos y horrores. Unidos por los pies, muchas veces terminaban por juntar sus manos.

Gómez no perdonó la gloria de Carabobo. La “apersogó” con su San Juan, tan distinto al Bautista como él a Bolívar.

Después, se declaró el 24 de junio "Día del Ejército". Fue noble idea. Ante el Congreso de la República tuve ocasión de decir, en la sesión solemne celebrada el 24 de junio de 1939, estas palabras: "Si se pudiera concebir un hombre que le escribiera una carta al Ejército Venezolano, se vería en apuros el remitente, porque no sabría a dónde dirigirla: lo mismo podría dirigirla a Ayacucho que a Junín, lo mismo a Boyacá, lo mismo a los helechos y a las piedras por donde se va a Desaguadero. Pero estando Carabobo ubicado en Venezuela, y siendo la función carabobeña totalmente venezolana, es por eso por lo que es la Sabana de Carabobo el domicilio histórico del Ejército Venezolano".

El mejor de los sueños que los hombres que aman la dignidad de Venezuela han acariciado desde hace mucho tiempo, desde hace más de un siglo, ha sido el de ver al Ejército Venezolano en su función institucional absoluta, sin servir de respaldo a dictadores o a grandes electores, ganando las batallas del deber, únicas dignas de igualar a Carabobo.

Algunos creyeron que ese sueño ya estaba realizado o a punto de realizarse y que la Patria que produjo a Carabobo, Junín, Boyacá y Ayacucho podía confiar ya en el respaldo armado y silencioso de su grandeza civil. El Ejército de las grandes batallas americanas podría salir de sus panteones y mirar claramente a los ojos fraternos de los nuevos soldados de la República.

Pero contra el 24 de junio, hace un siglo, tuvo Venezuela un 24 de enero. Y ahora ha tenido un 24 de noviembre. Por obra de un grupo de sus jefes, el Ejér-



cito de Venezuela ha marchado contra los ideales que defendió en Carabobo. Sus soldados, fieles a la disciplina, no han hecho más que cumplir órdenes, conforme a la costumbre del soldado. Los únicos culpables son los jefes, que ordenaron a los cuadros marchar contra la voluntad del pueblo y derrumbar, junto con las columnas de la soberanía popular, el mejor de los sueños de la Patria civil.

Por eso, mientras el sueño se reanuda, el 24 de junio será el día de Carabobo. Y el día del Ejército que Venezuela espera.

Porque este 24 de junio de 1949, por obra de una docena de jefes militares, es el día de Carabobo "apersogado" a la Noche del Ejército.

Tomado de *El Mundo*. La Habana, 24 de junio de 1949.





## **HOMENAJE AL GENERAL JOSÉ ANTONIO PÁEZ**

Sesión solemne del Congreso Nacional  
el 25 de julio de 1941

*Ciudadano Presidente del Congreso;  
Ciudadano Ministro de Relaciones Interiores.  
Ciudadanos Legisladores;  
Señores.*

El honroso encargo que me ha dado el Congreso de la Nación no os va a obligar a seguirme en un dilatado discurso. Mejor que una larga oración y más en armonía con el aire matinal de este jardín predilecto de los niños, será la evocación ante este bronce de una simple clase de historia, donde la historia llegue a transformarse era desnuda geografía. Así, en breve tertulia de los seres y las cosas, lograremos un tono de escuela al aire libre; así, como en la escuela los discípulos estudian cuerpos y luces al través de cristales nosotros miraremos una tierra al través de un hombre.

Y así, de golpe, hemos llegado al hombre. Y en llegando a él, hemos llegado a la tierra. Porque al

través de Páez se llega inmediatamente a Venezuela. No hay un personaje que se haya parecido más a su autor; no hay un patriota que se haya parecido más a su patria; no hay un guerrero que se haya parecido más a su campo de batalla.

De oscuro comenzar, de infancia desamparada y desnuda, él, como ella; como ella, él, de suelta y arriesgada adolescencia; ambos de trance en trance, de atajo a travesía, de limpia carga al sol a sigiloso lance, de faja llena y “dragoneo” a marcha triste y escotera. Ambos, a ratos incansables, a ratos perezosos; un día, flecha de carne, el hombre en el caballo, flecha de voz, la patria en el clarín; otro día, péndulo de nostalgia, el hombre en el corrido, péndulo de abandono, la patria en el chinchorro.

Y el ascenso a la luz igual en ambos; nacidos de la hazaña, rudos, agrestes, tuvieron claro instinto de la luz. Veamos cómo de contrabando, empieza ella a esclarecerse; veamos cómo él va por sí mismo esclareciéndose.

Viene alborotando sargazos la proa del navío “Santa Bárbara”, en una mañana sin nubes allá por el año 1750. En esa hermosa nave de la Real Compañía Guipuzcoana, irá preso, dos años más tarde, para no volver a su casa de Candelaria ni a su hacienda de El Guapo, el canario Juan Francisco de León. Ahora navega el gran bajel abarrotado de géneros, rumbo a Puerto Cabello. De allí regresará a España con el cacao y el añil de la Capitanía. En el tope de un mastelerillo danza el pendón de dos puntas de



Peñaflorida; en la sobrepuerta de la cámara vela, en altorrelieve, la efigie del gran Ignacio, patrono de la Compañía. Trae el brisote a pope y festone de algas el mascarón, metiendo agua por los escobenes. Viene el navío del Monopolio, quebranto del mantuanaje criollo, carcelero de la autonomía; pero no es de sedas y zarazas, de armas y cubiertería, de cristales y damasquinados, de tallas y perifollos todo su cargamento. En las cajas claveteadas vienen las reales cédulas. Con ellas los papeles que traen noticias de Europa, luz de nueva inquietud; bien envuelto y cruzado de cintajos viaja el esperado expediente de hidalguía o la cédula de gracias al sacar que alisará las pasas al último canastillero enriquecido. Pero un viajero del alcázar ha dejado sin cerrar su baúl forrado de cuero negro con clavos de roseta, de manera que asoman, imprudentes, su Polibio y su Molière y más abajo se muestra a los ojos espantados del Ignacio de roble, entre calzas y camisolas, un haz de libros olorosos a azufre; porque allí vienen Séneca el estoico y Teofrasto el aristotélico; y vienen Calderón y La Fontaine, Solís y Ulloa y crónicas de México y del mar tasajeado de inquietudes viajeras; y un libro en francés, oloroso de nuevo y era su tape de vitela, historiada inicial y negro texto, un título y un nombre: *El Espíritu de las Leyes*, por Carlos de Secondat, barón de Montesquieu. Ya se ve cómo lo primero que se enfrenta a las fragatas y corbetas de la Real Compañía son las fortalezas de pensamiento las vagas artillerías ideológicas que esas mismas embarcaciones trajeron entre tapas de vitela y brocado. Se hicieron los hombres de la costa de las armas que venían envueltas en las páginas de Diderot y de

Lucrecio En su aislado sopor, la Patria empieza a esclarecerse con aquellas ideas liberales que venían entre sedas y “filipichines” en las cámaras de los reales navíos. Iban a servir a la autonomía contra la Compañía y contra España. Para unos, las ideas fueron semilla de sincero arraigamientos para otros fueron falsas vestiduras del designio oligárquico; para unos íntima sábana y posterior mortaja; para otros, oportuna bandera; para unos, la derivación de estatutos ideales; para otros, no más que sabrosos terrones disueltos en las tazas de café de las tertulias del señorío. Pero la Patria así se esclarecía.

Ahora viene el hombre, entre dos horas de batalla; entre Carabobo y Puerto Cabello. Es todo fuerza, es todo índole, es todo temperamento. Y baja del caballo. El caballo es la guerra. Y el caballo de Páez es la guerra venezolana. Si en una hora pudo probarse más que en ninguna otra el genio militar de Bolívar, fue en la hora en que trasladó la guerra, apeándola de las montañas, como si la apearse de un caballo; y precisamente para montarla a caballo. Mientras los españoles pudieron disponer en absoluto de las caballerías, Bolívar mantuvo la guerra en la cordillera. Muerto Boves, surgido Páez, Bolívar lanza a la Patria al lomo de los potros. Y Páez viene a ser la guerra de Venezuela, su color y su esencia, su estilo y su velocidad. El gran jinete va a ser el puño de los golpes y el ritmo de los sucesos; la larga espera de la tierra estará reflejada en el paso de su caballo; la angustia de las marchas en su cansado pasitrote, la furia del encuentro en sus galopes resonantes



y el gozo de los pueblos a la noticia de los triunfos, en el repiqueteo de su alegre volatería.

Pero allí, como de contrabando, apretado entre el fuste y la coraza o enrollado en las prietas capoterías, el hombre de la guerra lleva un libro. Y entre dos horas de batalla se detiene a leer. Son horas robadas a la hazaña, son abejas cazadas al colmenar de la epopeya. Y un día, después del último combate, el hombre baja del caballo. Nunca un hombre ha bajado más completamente del caballo, que este llanero que viene de San Pablo en una mañana de 1835 a restablecer en el solio mancillado la encarnación civil de la magistratura. Esclareciéndose estaba él, robando noches al sueño y tardes al divagar, para irse iluminando en los libros. De llanero ignorante, ha ido elevándose a letrado; mientras espolea su corcel se siente espoleado por su estímulo. Y así como la patria ayer, de criolla colonial fue iluminándose a retazos con los libros hurtados a la confianza de la Compañía, así el más íntimo guerrero de su guerra, así la carne más derivada de su terrón, autodidacto en la tierra autodidacta, va a sentarse a la mesa para escribir su propia vida. Y puede asegurarse que, fuera del título de Libertador, en esta tierra tan amiga de sobrenombres personalistas, nunca se ha logrado tanto acierto como cuando a este llanero que bajó del caballo a esclarecerse, se le dio el sobrenombre de Ciudadano Esclarecido.

Toda esta evocación de una clara mañana de escuela nos está contando una historia de democracia. Porque Páez es todo democracia. No penséis en lo que él fue en instantes de pasión política; desechad el

momento en que aparece afrontando a la aspiración federal. Recitad el último párrafo de su Autobiografía para terminar sus recuerdos donde ha debido terminar su vida pública. Pensad que fue su propia condición democrática, su sentido igualitario de capitán pampero lo que forjó su prestigio entre las masas y precisamente lo que indujo a la segunda oligarquía a arrimarse a su sombra; yo os podría contar cómo a su finca de La Trinidad iban las gentes del pueblo a ordeñar las vacas y a tomar la melaza, sin pagar nada al dueño, por lo que el caudillo refería que en La Trinidad corrían la leche y la miel todos los días; yo os podría hablar de su profunda raíz de caudillo municipal; yo os podría exhibir al demócrata que nos pinta Cunninghame Graham; a quiera llamara Kipling "llanero de ojos azules"; pero os quiero mostrar al demócrata en función de su origen humilde y de su propio esclarecimiento; en función de su esfuerzo por la superación, en virtud de su ascenso de grado y de claridad; y así no haría otra cosa que hablaros de nuestro pueblo visto al través de un hombre.

Hoy es el Día del Ejército. Como el pueblo, el ejército se ve al través del héroe; como él, de hazaña y de inquietud, como él, de gesto inmarcesible, como él, de dolorosos y apasionados tránsitos, como él, de espolearse y esclarecerse para la final superación. Ya os he dicho una vez que si se tratase de enviar una carta al ejército venezolano, sería difícil concebir adónde enviársela o cuál su domicilio; que bien pudiera ser a Carabobo, a Boyacá, a Ayacucho. Así os dije del ejército en su función de ayer. Así un día diremos de su función de ahora, como su domicilio histórico ha de



estar donde la democracia esté. No son ejércitos aquellas hordas comedoras de patrias; ejército es brazo, escudo y lanza de la libertad, baluarte de la soberanía, respaldo de las garantías fundamentales de los pueblos, depósito impersonal y vivo de la fuerza de las patrias. Cuando las hordas hacen crujir el esqueleto mismo de las culturas, los ejércitos de la justicia mantienen limpias sus banderas y a cada día de horror los soldados de Carabobo y Ayacucho, de Querétaro y Maipú, son más y más la esperanza de los justos. En la cuesta de la superación, nuestros soldados enfilan ya la altiplanicie donde el ejército es, como Israel, el portador de un destino de respeto y de confianza donde los pueblos puedan medir un día la equivalencia de la justicia con la eficacia y de la fuerza con la fraternidad. Lo mejor de la nube es el llover. Lo dicen los labriegos en voz y las campiñas en verde. Y la democracia es nube que hace vivir los campos. Y adentro tiene un rayo. Es el ejército. Es pueblo uniformado: y se esclarea para esclarecer; cuando no tiene por que herir, alumbra, completando la función de la nube: luz y agua, agua y luz, la fórmula del iris.

Sabéis que La Viñeta era la casa del Caudillo. ¿No veis en ello un símbolo de superación democrática? ¿No os parece que el héroe sembró su lanza en el patio y la lanza retoña con la flor de la escuela? La Escuela Gran Colombia surgida en el solar del hombre de la separación ¿no os parece la estrella subida de la lanza de Diómedes dormido? Y aquí mismo lo veis, en esta plaza; cuando llegan las noches más negras de la tierra, él sabe que la luz esta allí detrás de la coraza negra, él sabe que la luz hay que buscarla y con

su propia lanza de jinete de bronce pincha el negro cielo raso y hace luceros para quedar esclarecido.

Así termina Ovidio al referirnos la muerte de Quirón el centauro sabio, maestro de Aquiles: "Tu cuerpo, Quirón, quedó rodeado de dos veces siete estrellas". Así cubra dos veces al centauro el estandarte que tremoló en su lanza.

Pero he de terminar considerando lo bueno que sería que se pudieran hacer estatuas de voz así como se hacen estatuas de mármol o de bronce. Porque podríamos hacer una estatua al grito más hermoso de este hombre. Y alzaríamos la estatua en un punto en que todos la oyéramos. De manera que cada vez que quisiéramos recaer en vicios de servidumbres la estatua gritaría "¡Vuelvan Caras!", y cada vez que intentáramos reincidir en delitos de personalismo clamaría la estatua: "¡Vuelvan Caras!". Y cuando ya todos esclarecidos, marcháramos compactos a la cumbre de la esperada democracia, la estatua desprendida, caracoleando bronces inefables, iría a nuestro lado, vuelta la cara al sol.



## **ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL**

Sesión del Congreso Nacional,  
el 5 de julio de 1942

*Ciudadano Presidente de la República, ciudadano Presidente del Congreso Nacional, ciudadanos ministros del Despacho, ciudadanos ministros de la Alta Corte Federal y de Casación, honorables miembros del Cuerpo Diplomático, representantes del ejército y del episcopado, ciudadanos Legisladores, señoras y señores:*

Cuando el Presidente del Congreso redactaba el proyecto de programa para la celebración de este acto solemne, me preguntó si preferiría que al redactar el número que él quería, me correspondiera (y por cuya aprobación doy las gracias a mis honorables colegas), se escribiera “discurso de clausura” o “palabras de clausura”, y le respondí rogándole escribir “palabras de clausura”. Y no fue por modestia, sino porque quería yo dar al vocablo “palabras” un contenido que se salía de mí, de modo que mi voz fuera vehículo, y cuanto yo dijera, fuera tam-

bién comentario de palabras que me venían de la calle, con ese hablar del pueblo que él llama "palabreo". En tal forma he querido contribuir al homenaje que hacemos este día. En este recinto se juntan hoy las tres encarnaciones del Poder Público, todos los modos de pensar de la Nación, y en la representación diplomática, el sentir de los pueblos hermanados en la angustia y la resolución. Y yo pensé traer aquí, ya no la representación del pueblo (que no me es exclusiva), sino un poco de su hablar propio, de sus sentencias llanas, a fin de que su viejo palabreo, un poco peripuesto y aplanchado por mí, se metiera entre los trajes de etiqueta y actuara redondeando el homenaje. Por eso, mis palabras serán glosa de la gran voz que fue como el fondo y esqueleto de las grandes voces de 1811, porque el hombre del 5 de Julio, que levantaba el brazo para aprobar el Acta memorable, de manera consciente o inconsciente levantaba dos brazos: el suyo propio y otro, inmaterial, hecho de fuerzas múltiples y múltiples destinos, suerte de brazo astral o fantasma de brazo, que estaba levantándose del ensueño remoto de los pueblos dormidos. Si en el designio emancipador entró gran parte del propósito de autonomía económica de los mantuanos, Bolívar y los hombres de la segunda etapa vinieron a probar que había mucho más que todo aquello y que era de los más hondos y oscuros estamentos de donde emergerían la palabra y la acción definitivas. Y es así como los hombres de la declaración fueron entes vivos de un proceso de colaboración del ser con la naturaleza, con la razón del mundo nuevo descubierto por los descontentos para la empresa de una



vida más justa; y si no ¿cómo explicar esa estupenda coincidencia de haber nacido simultáneamente, en lo relativo del tiempo, uno en Caracas, y otro en Buenos Aires, otro en Bogotá, otro en México, otro en Chile y otro y otro y otro por todos los rincones de América incomunicada, los hombres excepcionales en espíritu y en fervor, como hechos de encargo por el destino de América, como hechos a la medida del sueño del dormido, para llevar adelante, conduciéndola en los campos, la obra emancipadora? ¿Sabía cada uno de ellos que habían nacido los otros? ¿Se realizó entre las grandes madres la gracia de la visitación y el anuncio alado? Era la razón de los pueblos que se incorpora en su día y se expresa con el sonido misterioso de una hora. Y aquí está ante nosotros, oportuna, por lo traída y llevada, y lo mimada en unos y maltratada en otros la palabra “colaboración”.

La colaboración de los pueblos de América en su magna epopeya no fue precisamente un hecho convenido: fue un hecho fatal, fue un instinto de Patria, fue un movimiento de economía orgánica, fue un sacudimiento fisiológico y espiritual que respondía al subconsciente mismo de la defensa de los pueblos: ser o morir. Y América ha dado un salto de 130 años.

Ahora está en posesión absoluta de su conciencia. Ha sonado la hora de alarma; con cíclica exactitud los pueblos vuelven a agruparse, como lo hicieron en aquella epopeya. ¿Estará predominando en ellos la conciencia, la deliberación? No de un todo. El

acuerdo existe, pero si no existiera, la colaboración surgiría espontánea, fisiológica, como salta la mano cuando se acerca al fuego. Y lo que ocurre de patria a patria ocurre dentro de cada patria. No es a la luz de los cordiales mentideros o a la penumbra de los agrios corrillos, como ha de contemplarse la colaboración. Es triste considerar que cuando en horas como la presente, los gobiernos piden la unificación, algunos piensen que los gobiernos hacen demagogia. Y es penoso pensar que cuando los partidos independientes, en la conciencia del momento, ofrecen colaboración, aquél que sólo tiene el horizonte de hueso de su cráneo, traduzca semejante oferta en el anhelo de llenar puestos en las filas de la administración, cuando la realidad es llenar puestos en las filas de la defensa. ¿De la defensa de qué? De una cultura, de una tierra, de una libertad, de un derecho a la vida, de un patrimonio que es tan sólo del ser como el agua del mar sólo es del mar.

Y esa colaboración emerge de las mismas razones de la historia. No depende de nosotros el estar o no unidos; depende de algo que es la raíz de nosotros y el argumento sin voz de los que no han nacido. Y es lo que obligó a nacer a los padres de América: ¡El enemigo! La fuerza contra la dulce patria y el dulce Continente. Lo que lo borra todo, como no sea el querer defenderlo, porque aunque no quisiéramos ser uno, lo seríamos, entre el anhelo de un abuelo muerto y la arenga inefable de un hijo por venir. Y de allí el sentido que damos los hombres de mi partido y de mi grupo y el jefe del Estado, que me oye, al verbo "colaborar". Y aquí viene el resumen en



voz de palabreo. Todo esto lo dijo un viejo artesano de mi parroquia, refiriéndose, no sólo a Venezuela, sino a América toda y a Inglaterra estoica y a Rusia impertérrita y a China milagrosa: "Mire, amigo, si no colaboramos todos, nos colaboran a todos".

Hay mucho por hacer. No hay brazo que no tenga que actuar. Todos tienen su puesto, porque para tener su puesto, no es necesario que se tenga un puesto. Por eso es hermoso este momento, en que estamos aquí, hijos de Venezuela, hijos de América, hijos del mundo que se quiere salvar, tremolando un propósito de desprendida fe. Nosotros venceremos, pero hay mucho que hacer, y es penoso, muy penoso el camino. Las rutas del mar son inseguras, nuestros puertos van quedando sin barcos, la perspectiva económica no puede ser más negra. Viejo artesano, viejo compadre de los campos, ¡cuántos puntos le correremos al ancho cinturón! Pero no serán muchos si queremos, y hasta puede que no se corra un punto, si toda actividad se pone en juego; a la acción del gobierno ha de sincronizarse la acción particular. Se es optimista cuando se ve al Estado saliendo de esa política de sombras para entrar en una de diafanidad. La última exposición al público del ciudadano ministro del Trabajo y de Comunicaciones, es un signo elocuente. Faltan materias necesarias a las industrias y a la alimentación. El malestar de las empresas repercute en malestar de los trabajadores; pero todas las fuerzas han de lanzarse, empujando el fomento de nuestra producción nacional, para enfrentarse a la escasez y al alto costo de la vida; regulando los artículos de consumo y el

precio de los alquileres; reformando nuestro sistema tributario; echando las bases de una mejor política arancelaria; de una política de tierras; de una política ejidal; de una política colonizadora; de una política de créditos al pequeño agricultor; de un estudio que simplifique el costo ingente de nuestra maquinaria administrativa; de un mayor beneficio venezolano, de sus grandes riquezas extractivas. Y todo en un clima que propicie todas las voces y todas las iniciativas, llegando hasta la sustitución del actual sistema de elecciones por el de la representación proporcional de las minorías. Mientras la opinión, representada en los partidos, en los organismos sindicales, en la prensa, en todas las expresiones del sentir general, vaya dando el estímulo o la crítica, que no es oposición sistemática, la crítica sin bilis pero sin complacencia, oída y estimada en su sinceridad colaboradora por un gobierno que sabe que el que hace patria es colmenero y unas son de aguijón y otras de miel y que cada garantía tiene un complemento inseparable, porque afirmada como está la libertad de hablar, afirmada quedó la obligación de oír. Si ante esta perspectiva me coloco, desde ella he de alzarme, afianzada la fe para decir en palabreo: "Viejo compadre, tal vez no haya que correr muchos puntos al ancho cinturón".

Las rutas del mar son inseguras; nuestros puertos van quedando sin barcos; pero tenemos algo que no se necesita pedir al exterior, lo tiene cada pueblo de América: un pueblo y una gran labor por hacer, cuya significación es tan grande como la de los elementos materiales para la eficacia de la defensa. Ya es



hora de pensar en que la verdadera colaboración de los pueblos de América no sea el producto transitorio de una situación de emergencia, y para ello, como primera etapa de diferenciación, hay que lograr el estilo de cada pueblo; como segunda etapa, el estilo continental, y como etapa final, el estilo del mundo por venir.

Los grandes pueblos han tenido un arte y un estilo. El estilo es el hombre, pero el estilo es también el pueblo. Estilo de su arte, de su política, de su presencia en la vida. De la unión de lo ambiental con lo histórico y lo económico, surgen vocaciones colectivas. Hay que lograr el estilo social y político de nuestros pueblos. Ni los malos artistas ni los pueblos inferiores tienen un estilo, porque él es el "imprímase", que la humanidad le pone a la naturaleza. La estética es la decencia de la política, ya lo dijo el viejo Eugenio Verón: Los pueblos con un estilo, ven el lado grande de las cosas pequeñas; los pueblos sin estilo ven el lado pequeño de las cosas grandes. Impreso el sello de un pueblo a su política, a los gobiernos les es más fácil la labor, según la sentencia de Thore: "El arte propone, la ciencia expone, el trabajo dispone".

Pero se me dirá: ¿Qué tiene que hacer esto con la defensa? Tiene que hacer y mucho. La suprema causa, que es la causa económica, tiene sus determinantes; no nos estamos defendiendo de alguien, pero estamos defendiendo algo. Es una mística contra otra mística. Y nosotros debemos poseer el estilo de la mística nuestra. La del enemigo es muerte: la nues-

tra es vida. El estilo que afirmemos en nuestros pueblos, ha de ser un estilo vital de democracia. Un ejemplo nos servirá mejor. Un trabajador americano aspira a una vida más cómoda con mejor comida, con radio, teatro y libertad del individuo; y si tiene creencias, su cielo es de justicia y de bondad. El nazista asesina al individuo en las manos de un Estado monstruoso; busca la vida mediante la muerte de la personalidad, y mientras el nuestro es, *porque vive*, el nazista patea la más hermosa flor de la filosofía para que el hombre diga: *no soy, luego existo*. Nosotros buscamos la mejor manera de vivir; ellos tienen la mejor manera de morir. Nosotros tenemos una gran aptitud para la vida; ellos tienen una gran aptitud para la muerte; y a ellos se junta ahora la mística del japonés de ojo oblicuo y cultura de travesía, que vive con un yen, viste como un enfermo de hospital y sueña, millonario de la muerte, con un cielo amarillo, poblado de arcángeles bombarderos y serafines en picada. Para combatir aquella mística es preciso que estemos cada día más adentro de lo que queremos salvar y cada día más implacables con los que quieren atacar, hasta seguirlos en todas sus actividades, y hacer del estilo de nuestra mística, algo vivo y actuante; algo que tenga una pedagogía; hacer de la educación cívica, educación democrática; alentar al maestro, superar su condición mediante leyes de estabilidad, escalafón y seguro, para que ellos vayan a las escuelas a arraigar el estilo de la democracia, no a hacer lo que los nazis hacen en sus escuelas, no a hacer lo que los nazis quieren hacer en las nuestras. Consecuencia primera de esa labor, será encontrarnos conque el estilo nues-



tro es comunicativo, y tropezamos con el problema de nuestra soledad; para salvar la tierra hay que poblarla; donde no hay mucha gente, hay muy pocos caminos que tomar, y muy pocos que digan por dónde se ha de ir. ¡Qué triste es el camino con un hombre sediento, sin tener a quien preguntarle, por dónde ha de tomar para llegar, adónde ha de llegar para tomar! Triste es para el camino el no encontrar un hombre a quien preguntarle. ¿Adónde va nuestro camino? Triste es para el camino que el caminante no le diga adónde va la tierra. Y es que lo peor de las marchas es la soledad; y lo peor de la muerte es el silencio. La tierra es hermosa porque la gente va y vienen por ella; la tierra sin gente no es hermosa; la tierra es bella por nosotros, lo dice el palabreo:

*¡La montaña de Alcaraz  
cómo reluce  
cuando suben y bajan  
los andaluces!*

Y todos seremos artistas de ese estilo hecho de vibración y simpatía, artistas de la constancia. Para Buffon, el genio no es otra cosa que una larga paciencia; y el arte mismo saldrá de la nueva vida, así como el gótico nació de la liberación de los municipios. Al estilo español de dinastías, sustituyó Bolívar con el estilo americano del imperio sagrado de la naturaleza; pensad si hay un estilo, cuando penséis en las guerras de Bolívar: mientras que la caballería estuvo en manos españolas, Bolívar llevó la guerra a las montañas; cuando la caballería de Páez

estuvo en sus manos, Bolívar bajó a los Llanos con la guerra. Bolívar contenía el medio; así, nosotros debemos llegar a la unidad por la conciencia de nuestro depósito; a la unidad, para conservar el medio que tenemos adentro; es como si el vaso alcanzara la conciencia de vaso. Dentro de nosotros, el agua es el destino humano; el vaso ha de alcanzar su conciencia de continente, si no quiere perder el contenido, porque vaso en pedazos es agua por el suelo.

Y lograda la etapa diferencial, ha de escribirse el arte de ser americano, como tránsito hacia el tratado de ser humano. Lo que se haga en venezolano, ha de hacerse en americano, y lo que se haga en función de América, ha de hacerse en función de humanidad. Para ello, lo dije en otra ocasión, surge la solidificación y el acoplamiento, no sólo de nuestro material actual, sino también de nuestro inagotable material histórico, de nuestro Bolívar y nuestro Washington, de nuestro Morelos y nuestro Santander, de nuestro Artigas, de nuestro O'Higgins y de nuestro Martí, artífices de lo que tenemos que defender ahora, que ya bajaron del caballo, que ya no tienen divergencias, que no son más que América, y que deben hacerse más caseros, de modo que el héroe se eche al bolsillo sus batallas y juegue con los niños de América, y Sucre caiga, y Ribas pierda el gorro colorado, y los niños sean sobre los hombros charreteras vivas, y el pecho del guerrero se cruce de entorchados de carne, y el soldado camine, coronado de niños, como un árbol coronado de cantos. Y malhaya quien intente legar a nuestros hijos el remanente de pasión, que no fue más que la



espuma en la cresta de la ola; que no fue más que el bagazo de aquellas grandes almas molidas en el trapiche de la gesta emancipadora, porque tenemos la gestión de la América una y la visión clara de lo que fue la epopeya, como expresión del imperio sagrado de la naturaleza en aquellas horas en que los pobres se dormían en la paz del Señor y los ricos en la paz del señorío.

Muchos historiadores de antes se complacían en poner a pelear a Bolívar con los de afuera; después algunos han querido ponerle a pelear con los de adentro; pero nosotros le queremos padre nuestro y hermano de todos. Cien años hace ya que para todos se habla de la sombra de Bolívar. ¡La sombra de Bolívar! Eso no era lo que él quería. El quería algo más vivo. No es la sombra de Bolívar la que debe ayudarnos. ¡Es la luz de Bolívar! ¡Que se meta en todas las rendijas! Más cerca de los pueblos, más familiar, más asequible, más humana, más de acuerdo con la mejor de sus biografías que es ese palabreo con que el pueblo lo nombra:

“¡Más abajo pisó Bolívar!” Porque la altura con que él soñó, no pasaba de ser la altura del corazón del pueblo.

Mucho nos falta por hacer en lo económico, en lo social, en lo político; pero no se debe negar lo que se ha hecho; la bandera está limpia en un cielo de libertad; tiene las alas libres para volar mejor; dos signos nos alientan: el pueblo, en sus jornadas, consciente de su responsabilidad y el ejército, cuya tra-

yectoria culmina en las palabras que un oficial pronunciara el 24 de junio en la sabana del prodigio; ese discurso del teniente-coronel Ruperto Velasco, es un regalo para el corazón de Venezuela; por falta de palabras como éstas hubo tanto calvario en esta tierra; si esas palabras se hubieran pronunciado hace ochenta años, Venezuela tendría doble población que ahora, porque habrían sido imposibles las usurpaciones. Cai-gan esas palabras sobre el desfile de los muertos líricos: desde los fieles a Vargas, hasta los *camisoludos* de Zambo y Medio; hasta los bobitos de los nueve décimos sin premiar, que gritaron en Queipa y siguieron al Mocho y se tragaron los turpiales para saber a qué sabía el canto. Y al hablar de Vargas, recordemos, de paso, que hoy se celebra el centenario del colegio Chávez. Cuando Carujo tendía al patricio la renuncia para hacerlo firmar, Juan Nepomuceno Chávez le arrebató el papel, lo echó por la ventana y gritó: “¡Viva Vargas! ¡Viva la Constitución!” Su bandera es la bandera de Venezuela libre, que cuando va sobre los hombres de la gente civil, es una tricomía del ensueño, y cuando va sobre los hombres del ejército de América, es una venda sobre la cicatriz más gloriosa ganada por el género humano en su lucha por la libertad.

Mucho falta por hacer, pero no se ha de negar lo que se ha hecho. Y a nosotros, los hombres de la minoría unificada del Parlamento, a los hombres del partido en cuyas filas tengo el honor de contarme, nos complace consignarlo, no en mezquino murmullo o en tacaña cortesía, sino aquí entre los representantes de las naciones amigas y ante el mismo jefe del Estado, para quien no deseo sino que a la hora



en que termine su gobierno, yo no pueda decir si le quiero más que le admiro, o si le admiro más que le quiero.

Pero falta mucha sed por aplacar; mucha hambre hay que calmar en esta tierra; lo dice el palabreo; lo dice la voz culta; el pueblo todavía está entrando en la luz; el puerto está sin barcos; todos sabemos que el momento es trágico; queda mucho dolor por esas calles, queda mucho dolor por esos campos; pero en el día de hoy, amarremos la angustia, viejo compadre de la vida difícil: hoy es 5 de Julio, hoy es fiesta de América, hoy es el cumpleaños de la dama de corazón; hoy es el onomástico de la justicia. ¿No es verdad, ciudadano Presidente del Congreso, que en el 5 de Julio toda palabra amarga está fuera del orden del día?

¡Paciencia y apretar, viejo compadre! Van a ocuparse de ti; tenemos fe. De otra manera, a correr puntos en el cinturón. ¡Pero no! ¡Estamos en marcha! ¡Venezuela será! Ya está siendo, y en el día más grande de sus días, nos acercamos al Padre a palabrearle: ¡Padre, ya nos estamos saliendo de tu sombra, para bañarnos en tu luz! (*Grandes aplausos*).





## **HOMENAJE AL GENERAL JOSÉ GREGORIO MONAGAS**

Sesión del Congreso Nacional,  
el 4 de mayo de 1945

*Ciudadano presidente del Congreso Nacional, ciudadanos representantes del Poder Ejecutivo, ciudadanos representantes del Poder Judicial, honorables miembros del cuerpo diplomático, señores miembros de la Academia Nacional de la Historia, señoras, señores, honorables compañeros de Congreso:*

Se me ocurre que comentar al héroe cuyo nombre nos congrega esta tarde, es historiar un poco la extraordinaria aventura de la lanza y la ley; aventura de coloquio y desvío, de querella y querencia. Y, en realidad, ¿cómo se hace una lanza? Se corta de un árbol un gajo recto y duro que al través de sus caminos, si quiere conservar limpia su trayectoria, ha de guardar siempre histórica consecuencia con la tierra que le dio savia y raíz. Y, ¿cómo se hace una ley? De igual manera: precisa derivarla de la tierra

que ella traiga su vocación de tierra y la índole y condición del habitante. Y yo os vengo a decir que la vida de José Gregorio Monagas es algo que de la tierra sale y se busca y se encuentra como vegetado de ella, en la sinceridad de la tierra que le marca su ley y que en ella se confina y de ella se sale y a su ámbito regresa. Quizá está ella en un poema que intenté concebir y apenas he alcanzado a esbozar: es el de la consecuencia del hombre con la tierra, de la consecuencia de la ley del hombre con la ley de la tierra. Concibo al hombre primitivo en la aurora de la humanidad. Salía él, torpe, oscuro de la caverna, desnudo en la naturaleza desnuda; al salir, el sol le da; sorprendido mira cómo su sombra se refleja en la piedra caliza; toma un carbón y sigue la silueta de su sombra sobre la piedra; se encierra dentro de los linderos del carbón; pero al moverse, la sombra se escapa de la ley que se ha trazado sobre la piedra, y se pinta de nuevo al lado, y la sombra se vuelve a escapar, y quiere asirse y atarse y confinarse, y no encuentra asidero a la sombra movediza; y entonces allí tenéis al hombre, desesperado: el hombre de la tierra que se busca en la tierra. (*Aplausos*).

Salgamos al encuentro del hombre, pero pensad en la tierra. Algunos grandes niños nos llegan por la historia metidos en cestos de mimbre, aguas abajo, por un río sagrado. Éste no, éste nació a caballo. Viene niño en un caballo niño, pequeño como él. Trae en la mano una lanza verde; es casi un niño verde en un caballo verde con una lanza verde; es un gajo tierno de un roble que estaba a la puerta de su casa. Va creciendo el caballo, va creciendo el niño, va creciendo la lanza. El caballo cobra remos, el niño cobra músculos, la lanza cobra



empuje. El caballo es el llano. No creáis que el llano es el ganado. El llano es el caballo. Esto lo aprendió Bolívar en la Campaña Admirable, y esto es lo que nos demuestra más que nada el genio militar de Bolívar. Pensad en que mientras Bolívar no tuvo el caballo, llevó la guerra a las montañas, donde la caballería no podía moverse sino difícilmente. Cuando Bolívar tuvo el caballo, tenía la llanura; tenía la Patria y a la llanura fue a buscar la Patria.

Nuestros viejos textos nos muestran a José Gregorio Monagas naciendo en Maturín. No. El error nos viene de que si su hermano, el más altivo, nació en Maturín, él, el más dulce, debía nacer también en Maturín. No. El nació en su vieja casa. Aquí debe estar presente entre nosotros un maestro de escuela venezolano, Luis Arreaza Matute. A él se le debe en gran parte este homenaje. Él ha luchado por la gloria de José Gregorio Monagas, y él fue de los primeros en gritar ¡No! El nació en Aragua, en Aragua de Barcelona, en el sitio de El Roble. Acaso a la puerta de su casa había un roble, y de allí digo yo que él arrancó la lanza. El nació en Aragua de Barcelona, en el sitio de El Roble; se juntó luego a su hermano, y ambos se dieron a galopar por la libertad con que hermano y hermano, uno amargo y otro dulce, juntaron lo dulce con lo amargo y todo resultó Patria. (*Aplausos*).

Él llevó vida de llanero, vida de ganadero, vida de trabajador. Yo no vengo a hacer aquí su paralelo con Abraham Lincoln. Pero si no vengo a hacer su paralelo como gran estadista, como gran diplomático, como hombre de letras, sí lo vengo a hacer como libertador,

porque tenía para libertador lo bueno: tenía la bondad, que es la virtud suprema de los hombres; era, como Lincoln, como el buen viejo Abe, el gran hombre medio, el gran hombre natural y parecido a la tierra. Se parece a Lincoln en que venía del trabajo, en que era trabajador, en que era valiente y en que era bondadoso.

Y ahora recordad, señores, que al querer hablaros de la primera salida de la lanza y de la primera consecuencia con la tierra, de la primera salida de la lanza y del llanero, hoy, en este mismo día que conmemoramos, se conmemora también el aniversario de la incorporación de Margarita al grupo de las provincias emancipadas. Y esto nos trae una ocasión de recordar la eficacia y el rendimiento de la tierra oriental en la obra venezolana y americana de la emancipación del Continente. Eso nos trae a colación el esfuerzo de aquella tierra. Los Sucre, Bermúdez, Mariño, Arismendi, Monagas, Freites, Parejo, Anzoátegui y tantos y tantos más y mil y mil más y las tres cuartas partes de sus hombres y sus familias asesinadas en las sabanas, y todos sus ganados, y Oriente era el panal de las tropeías de Antoñanza, de Chepito González, de Pascual Martínez, de Zuazola, de Cervériz; y después fue el banquete privilegiado de Boves; y allá se quedó Boves en Urica, cruzado por una lanza de Monagas, mientras, al lado del maestro de Bolívar caminaba hacia el sueño definitivo el vencedor de los tiranos de La Victoria. (*Muchos aplausos*).

Y allá viene José Gregorio puntero entre las nubes de oro de las sabanas despiertas por la caballería de la



República. Allá viene la primera lanza de Oriente, tragando el polvo de su tierra, untado del aroma de los libres mastrantales. Allá viene, baquiano de las albas que nacen de aquel costado de la tierra venezolana. Viene de once campañas y treinta y nueve combates a pecho limpio; abiertas las narices del potro pajarero que va a tragar llanos y montes hasta amanecer un día detenido frente al azul del grande océano, cuando, elegido por Páez, el llanero de la División Auxiliar del Perú ofrezca al bravo Salom horas de la llanura, frente al llano sin paralelo del Pacífico. Allá viene punteando, tejedor de horizontes, cosiendo con la aguja de la lanza, por el amarillo de los caminos, el rojo de la sangre y el azul de los vientos. Allá viene de El Alacrán y de El Juncal y de El Arao. Allá viene en la carga, allá viene del horror de Urica. Allá viene del milagro de Maturín, donde vio chisporrotear sobre la cabeza de Bermúdez el gorro de fuego de la patria. Allá viene de la carga magnífica de Boyacá... de Bocachica... Perdonadme, señores, pero la carga es tan cerrada que me va atropellando las palabras. (*Grandes y prolongados aplausos*).

Era un hombre bueno. Sus enemigos mismos lo confiesan. ¿Qué era la hora personalista? Dígalo la tierra, de donde ella venía; dígalo la escuela en que se hizo y la tierra de donde floreció la lanza. Era la ley del personalismo, la ley de la hora. Esto lo daba la tierra, y esto lo aumentó la disolución de Colombia; pero a él algo le estaba reservado, y alguna flor había de cortar en el huerto del personalismo.

Vayamos al coloquio de la isla antillana entre el libertador errante y el negro libertador. Allí fue el pacto y la

promesa; aquí está, para la libertad de Venezuela. “Yo espero la libertad de los negros” esto dijo Petión; esto ofreció Bolívar, y esto quedó como cláusula del albaceazgo para la empresa de la lanza y del lancero. Y después, hasta la casa de la lanza, emblema de lo libre, llegó la noticia de la muerte del Libertador. Allá en la casa oriental, el viejo lancero fue a su habitación; abrió el viejo baúl; allí estaba entre espliego y vetiver y melaleuca y romero, doblado y conservado, su uniforme de libertador de Colombia. Allí le tomó en sus manos: oros, azul y peto rojo; a un costado, más al frente que a la espalda, el costurón de un lanzazo. Llevó el uniforme a la mitad del patio, allí lo puso y ahí le encendió fuego: se iba Colombia en los humos. Y él recordaba aquellos días en que Bolívar, ajustado el casaquín, marcaba el paso de las danzas y, a riesgo de la noche, saltaba por una ventana en lances de libertad y de “conquista”. (*Risas*). Ardía el uniforme; crepitaba el viejo paño; se retorcían los oros y se hinchaba el escudo de los botones; y allí, por una lengua azul de fuego, el alma de Colombia saltó por la ventana del lanzazo. (*Aplausos*).

Y estamos en la segunda salida de la lanza: la ley. Es Presidente de Venezuela. Vosotros sabéis que la ley fue una lucha entre los derechos de patrimonio y los derechos de libertad. No hemos de escatimar elogios a aquéllos que propugnaron la ley: Larrazábal y Toro y Planas y todos los demás. Se dice también que la ley fue un pretexto para quitarle la bandera a una revolución naciente; pero nada de esto ha de menguar las glorias de Monagas. Recordemos, señores, ante la influencia de Planas, de Toro, de Larrazábal, recorde-



mos el sistema presidencialista de Venezuela para que nos convenzamos de que, dentro de la índole de nuestra naciente y remota democracia, es la palabra del presidente la palabra de toque en todo movimiento de renovación. (*Muchos aplausos*).

No hay que menguar la gloria de Monagas. Recuérdese, además, que el señor Planas había sido nombrado ministro de Interior y de Justicia apenas el 29 de marzo del 53. Recordemos, además, que ya se incubaba el movimiento de Cumaná, que debía terminar por el terremoto del mismo año 53. Recordemos, además, que en el año 52, un año antes, la diputación provincial de Caracas pedía al Congreso de la República la libertad de los esclavos. Recordemos, además, que un año antes todavía la diputación de Barquisimeto hacía la misma solicitud. Y recordemos, además, que antes, mucho antes, ésta es una historia vieja, que va del Negro Miguel al Negro Primero, y de éste al que todavía está marchando por un camino largo hacia la tierra que lo llama con desolada voz de vieja y virgen. Aquello fue simplemente el encuentro de la ley con la tierra.

Señores, no es un secreto para nosotros que la Guerra de la Independencia no modificó en forma alguna las bases de la economía nacional. Vosotros sabéis que el sistema político y social adoptado después de la emancipación, reproduce fielmente los contornos de la economía semifeudal que nos había legado la Colonia. Recordemos que aquel traje que heredó la República no se ajustaba al progreso de su pueblo, por lo menos al ansia de su pueblo. Una sociedad es como un árbol; pequeña, poco compleja, poco desarrollada; se siem-

bra en un tiesto; el árbol crece; si el tiesto sigue siendo el mismo, hay un momento en que ese tiesto no puede sostener el equilibrio del árbol.

Vosotros conocéis la situación de los indios y los negros de la Colonia. Vosotros sabéis que las rebeliones de negros y de indios, tuvieron mucho de racistas; pero tuvieron mucho de servidumbre. Recordad la hora del Negro Miguel. Hay mucho de espíritu colectivo en aquellos negros que saben juntarse con aquellos indios, porque hubo gentes indias entre las tropas del rey Miguel. Recordemos también que después de él, los jirajaras se alzaron. Recordemos también que él tuvo de la libertad aquella concepción fastuosa propia del negro y del minero. Recordemos que ellos, negros e indios, eran el diezmo del trabajo, el complemento del valor del dominio territorial. Recordemos que los mantuanos tenían también el dominio de los cabildos; que compraban los cargos de regidores; que escatimaban la educación como peligro; que tenían la prohibición del comercio. Recordad el feudalismo español, y recordad que la clase dirigente de estas tierras, no supo o no quiso ser lo que debía ser: una burguesía; prefirió ser una nobleza de canastillas.

Lo que de la Revolución Francesa se puede traer para compararla con la nuestra, no es sino la doctrina aislada, abstracta, separada de los hechos. La revolución era el movimiento de una burguesía contra una clase noble y latifundista. La revolución sudamericana no podía ser eso, porque ellos venían de una nobleza, pero querían ser una nobleza, y ellos



no podían romper la vinculación de la tierra y el dominio de los instrumentos de producción, y por eso, la revolución de la independencia tenía tierra, y, al plasmarse en la tierra, regresaba a la servidumbre del hombre.

No os hablaré de la historia de ese sistema semifeudal, de la casa de contratación, de los sistemas de asientos mediante los cuales nos llegaron también los espesos mercados de negros. No os hablaré tampoco de cómo aprovechó Europa con su sistema mercantil el oro de España. Allí nació precisamente la revolución industrial; allí nació la avidez de los mercados; allí nació la manera, como decía un italiano, de transformar en oro español las cosas hechas por la industria.

Pero los criollos eran dueños de hecho y quisieron serlo de derecho. La libertad de la tierra era necesaria a la libertad de los siervos; pero ellos eran los amos. La tierra era de ellos; los siervos eran de la tierra. Por eso, el pueblo en sus comienzos no vio con buenos ojos la independencia; porque los señores mantuanos eran los más próximos tiranos que ellos tenían. Boves no tenía haciendas: ofrecía las de los otros; por eso seguían a Boves. ¿Cómo vio el pueblo su independencia en la Independencia? En una lucha entre señores y señoritos. Acaso la vio en la Guerra a Muerte con la separación radical de dos especies humanas; acaso la vio en el ascenso de hombres como Páez, iguales a ellos en principio. Yo creo más: que la verdadera patria la encontrarán después en las luchas de aldea, porque antes de encontrar patria, encontraban

patriecita. Así, municipal, esquinera, aldeana, nació primero que para todo el horizonte de la tierra, el concepto de patria en el horizonte de la aldea.

Pero siguió la guerra después de la Independencia. La patria en ruinas. ¿Guerra contra quién? Ya sabéis; no había cambio alguno en las relaciones de producción; además, venía el premio a los héroes; arruinado el país, la mayor hacienda era la política; era el momento de la tiranía doméstica. Bolívar propone el reparto de tierras; Bolívar intenta el abolicionismo; pero Bolívar no podía hacer dos guerras. Bolívar estaba haciendo la Guerra de la Independencia. De otra manera, Bolívar hubiera tenido que hacer una guerra contra España y otra contra los poseedores de esclavos.

Luego, ya sabéis, pasó la Independencia. La agricultura arruinada, se eleva la burguesía del comercio, y surgen los partidos: de un lado, oligarquía rica; del otro lado, agricultores, pequeños industriales, burguesía intelectual arruinados: es el origen de los partidos. En este momento, señores, sin haber cambiado en forma alguna el régimen de economía semifeudal, sin que hubieran sabido concebir su verdadero rumbo los estamentos que dirigieron la emancipación, llega la libertad de los esclavos. Es la segunda salida de la lanza. Es el encuentro de la lanza y la ley. Es el cumplimiento del albaceazgo. El llanero levanta la lanza juncaleña; la levanta a lo azul; la empata en el clamor de humanidad que regaba los campos, y la dobla, tierna, y la hunde en la tierra y la moja en tinta negra y firma la libertad de los esclavos. (*Muchos aplausos*).



Pero la ley abolicionista es una ley que no ha tenido el «cúmplase», es una ley que no ha tenido el «ejecútese»; el «ejecútese» que ha de venir desde la tierra para la consecuencia de la lanza y la ley. Libres los esclavos, disolviéronse; pero la tierra seguía concentrada y concentrándose más; y se dio aquel fenómeno del regreso de los siervos a las casas de los amos, porque los esclavos no habían hecho otra cosa que ascender a una categoría superior de esclavitud, porque, si para la libertad del hombre es preciso la libertad de la tierra, y si la tierra era de los señores, ellos, que eran de la tierra, tenían que ser de los señores.

De nada y para nada cambió el sistema económico durante la Federación. Se igualaron los hombres en política y en los campos. Había coroneles que tenían en las filas de sus batallones a hombres mejor nacidos que ellos; pero la entraña económica, el «cúmplase» de la ley, la liberación no llegaban; y todavía, al correr de los años, aun cuando sí sacudió profundamente los estratos sociales de la Nación la libertad de los esclavos; aun cuando sí, combinada con la Federación, removiό en sus raíces más profundas el sistema feudal en lo que tiene de social y político; aun cuando ya hombres venidos de las viejas y odiosas leyes de manumisión, lograban para ellos y para los suyos buena posición social, todavía florecía en los labios del oligarca que hablaba de «tadeístas» y «gregorianos» y recordaba sus viejos pergaminos de «gracias al sacar», todavía resonaba en sus charlas la frase con que quisieron condenar el decreto abolicionista: «José Gregorio Monagas ha traído dos cosas: los centavos negros y los negros con centavos». (*Aplausos y risas*).

Pero la separación de España, que no fue sino el traslado a las manos de la nobleza criolla de los instrumentos de producción y de la hegemonía económica de esta tierra, tuvo su repetición en la separación de Colombia. Económicamente la separación de Colombia seguía el mismo rumbo y tenía la misma índole que la separación de España; y económicamente también, por una indecible fatalidad, la Federación tomó el mismo rumbo; era una ley fatal: era la desintegración para la integración. Unidos de manera inconsciente estos pueblos necesitaban desintegrarse para conocerse; como socios que forman compañía, necesitaban primero saber quién era cada uno de ellos; separados de Colombia, la desintegración produciría la diferenciación para el arribo posterior de la integración consciente.

En virtud de la revolución federal, las provincias empiezan a separarse. Habría seguido su rumbo la revolución social si no hubiera surgido el mismo inconveniente que tuvo la guerra emancipadora: que las castas dirigentes del movimiento se pasmaron; no siguieron adelante desde el momento en que se trataba de la eliminación de ciertos privilegios. Y así, el Tratado de Coche es un pacto entre los hegemones contra las aspiraciones del pueblo; ya, después del movimiento federal genuino de Falcón y de Zamora, movimiento vegetado como consecuencia entre la lanza y la ley de la tierra, la Federación pierde la "c" y adquiere una "t", se hace francesa. Surge la federación de tipo bonapartista de Guzmán Blanco. Ya no es Maracaibo con Coro y Coro con Cumaná y Cumaná con Los Llanos; ya es Pulgar con Colina y Colina con Acosta y Acosta con Avendaño; vieja sucedanía a la orden del



señor central; y la federación de provincias se convierte en una federación de caudillos. Y así continúa el proceso de desintegración. Pero es en la autocracia precisamente, y en la dictadura, donde comienza la integración de los pueblos: es en las cárceles, es en el destino común de la revuelta; es en las migraciones, es a lo ancho y a lo largo de Venezuela: es en los batallones facciosos donde los hombres se mezclan con la conciencia de la tierra. Y luego llega la libertad civil y nos encuentra menos extranjeros acaso, después de la danza de las hegemonías regionales. Y, ¿adónde hemos de llegar después de este largo paseo por la Historia? ¿Se ha de dar o no se ha de dar el “cúmplase”, el “ejecútese” a la ley abolicionista? ¿Se ha de dar o no se ha de dar la tercera salida de la lanza? Detrás de la historia de la integración, de diferenciación y de confabulación de oligarquías y de hegemonías, el pueblo de Venezuela espera la llegada de una reforma agraria idónea, que ha de ser precisamente, el “ejecútese”, el “cúmplase” de la ley de abolición de la esclavitud; que ha de ser la razón definitiva de la extraordinaria aventura de la lanza y de la ley en el connubio del hombre y de la tierra. Yo la espero. (*Aplausos*). Yo espero esta reforma y ojalá que ella corresponda a todo este largo sacrificio, y no venga a ser un “cúmplase” o un “ejecútese” a medias, porque de ser así, se escapará de nuevo hacia rumbos de porvenir remoto el ansia de superación de estos pueblos, expresada en los viajes sin descanso de la lanza y de la ley. (*Aplausos*).

Señores: Hay algo más que le da un sentido noble a la hora de este centenario. No se pueden negar las coincidencias indudables que existen en la guerra por la

superación de una odiosa etapa de esclavitud realizada en nuestra tierra y rematada bajo la pluma de gobernante de José Gregorio Monagas; la coincidencia, repito, con lo que el mundo está presenciando ahora; el derrumbamiento de un odio racista; la derrota de un concepto de humanidad superior; el aplastamiento definitivo de la idea del superhombre sobre el éxodo de las razas perseguidas. Coincide este centenario, que aquí celebramos en familia, con la hora en que las familias de los hombres celebran la liberación de las gentes que no pertenecieron a la raza suprema. Se hermana la intención de este homenaje con la esperanza de los perseguidos de Europa, y es por eso, que en la hora luminosa de la victoria, hacemos la tercera salida de la lanza que se empina y se sale de lo nacional y se va al mar y lo cruza y se clava en el corazón del nazismo. Perdón. He dicho en el corazón del nazismo; ¡no!: en una piltrafa oscura que odia y que agoniza, porque el nazismo nunca ha tenido corazón. (*Aplausos*).

Y arribamos a las últimas horas del lancero. Ha llegado a Caracas Julián Castro; Monagas está en Oriente, su hermano asilado en una legación de Caracas. José Gregorio Monagas no hace resistencia, entrega las fuerzas a su mando y pide al general Justo Briceño las garantías necesarias. Briceño las ofrece. De regreso a su casa el general Monagas dice a su hijo, con esa vieja malicia que en el mejor de los sentidos la llaman los llaneros bellaquería: "Tengo mucha desconfianza del general Briceño, porque una vez, allá en Lima, él y yo cortejábamos a una misma muchacha, y el general Briceño me 'maleó', le dijo a la familia de la niña cosas que no eran verdad y que no eran buenas, y allí nos



encontramos y yo fui más ligero y él rodó por unas escaleras". Y hay quien diga que hubo en el general Briceño algo también llanero, que fue aquello de la espera en la bajada. Pero lo cierto es que se cumplió el presentimiento de Monagas y que Monagas fue preso y que pasó al Castillo de Puerto Cabello y de allí a Maracaibo y allí enfermó, y allí estaba muy mal, y el señor Serrano, gobernador de la provincia, noblemente impresionado, pidió al Gobierno que le permitiera darle asistencia médica, traerlo a la ciudad de Maracaibo y el Gobierno se negó; y desde un cuatro de marzo hasta un catorce de julio siguió el Gobierno sordo a los dolores de un libertador de América.

Y ahora estamos en la noche que precede a la muerte. Es un llanero y está preso, preso el niño, el caballo y la lanza, preso todo lo libre y todo lo verde, pero el alma va montada en su Pegaso transparente y la lanza apunta el Ojo del Toro, cárdeno Aldebarán; y después la cabeza se reclina en el filo del rincón y mis angelitos negros cantan a su lado o maman leche de epopeya en los lirios que cuelgan de la lanza dormida.

Y es al día siguiente; ya le desembarcan, ya le llevan al puerto y ya está allí sobre la playa de Maracaibo, y allí muere; y poco antes de morir dice a su hijo, el hombre libre que libertó los esclavos: "No hay humanidad para mí". ¡Sí hay humanidad, viejo guerrero, sí hay humanidad para ti! Ahora estamos en guerra; acaso no vayamos a los campos de batalla de Europa; pero debemos aprovechar esta guerra para declararnos un poco la guerra nosotros mismos, para declararnos la guerra un poco a lo de mezquindad que tengamos, a lo pe-

queño que nos quede en nosotros, para que aprovechemos un momento de guerra, porque la guerra es pura cuando la guerra es buena, para superar nuestra Patria; vamos a expresarla así como para él, en una negra, en nuestra selva inviolada, en nuestra selva que todavía le dice "su merced", a los caminos. Vamos a decirle que sí hay humanidad; sí la hay. En una plaza de Aragua de Barcelona, en una plaza mañanera de domingo, vamos a alzar su efigie en bronce, a caballo o a pie, o un busto apenas, pero con los ojos bastante hondos, que le quepa la mirada y el pecho bastante ancho, que le quepa el corazón y allí vamos a decirle que sí hay humanidad.

Llegará la hora de afrontar de veras a nuestros libertadores, su luz y sus virtudes y hasta su experiencia de muertos libres. Y ahí llegaremos, en la plaza de Aragua, a pedirle su bondad, su generosidad, y su malicia llanera, a buscar sus ojos de baquiano para la cuarta salida de la lanza en la guerra final por la gloria de la noche libre y la liberación de la selva manumisa.

¡Y le diremos: puntéanos un poco hacia la hora de vencer este retazo de esclavo en venta y este retazo de capitán negrero que nos queda todavía en la conciencia; danos el vado de los caños sospechosos; rumbéanos la marcha en la sabana tejida de preguntas sin respuesta, viejo grande, bueno, compadre José Gregorio de la lanza florida! (*Prolongados aplausos*)



## **BOLÍVAR EN MÉXICO**

Acto de descubrimiento de la estatua  
del Libertador en el Paseo de la  
Reforma, en México, D. F.  
el 24 de julio de 1946

*Excelentísimo señor Presidente de los Estados Unidos Mexicanos; excelentísimo señor Presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno de Venezuela, excelentísimos representantes del Cuerpo Diplomático; señores miembros de los Altos Poderes de la Nación Mexicana, excelentísimos señores Cancilleres de México y Venezuela, pueblo de México:*

Desde hace más de un siglo y medio, no se han separado ni un instante ese hombre que está allí sobre ese gran caballo, y ese hombre que está allí bajo ese gran sombrero. Y porque he venido aquí a hablar del primero en nombre del segundo; y porque relataros, siquiera en forma condensada, la vida entera de cualquiera de los dos, sería repetir lo que sabéis y gastar todo el sol de este gran día, quiero limitar mis palabras al comentario de las relaciones

actuales entre el hombre del sombrero de palma y el hombre del caballo de bronce.

Primero he de recordar la entrañable identidad del hombre con el hombre; después, he de contaros la heroica relación del hombre con la estatua; y después os diré lo que le falta a las estatuas para llenar su función entre los hombres.

En la primera hora de la emancipación, el hombre del sombrero de palma no se ve, ni se llama, y apenas se le invoca de manera que él no lo escuche bien. Se trataba simplemente de un cambio de dominio, del traslado desde un señorío español a un señorío criollo, de la plenitud de los elementos, de las formas y de las relaciones de producción. Era una simple variación del coloniaje, un cambio de manos del control, una tropicalización del privilegio, una domesticación de la corona. La cultura filtrada de contrabando se servía en las buenas vajillas y no alcanzaba para las totumas. La revolución de Manuel Gual y José María España no tuvo apoyo, porque sabía a pueblo; la revolución de Miranda no tuvo ayuda, porque olía a Inglaterra. Y es Bolívar el primero en denunciar la ausencia de las masas productoras, cuando bautiza aquellos intentos de mudanza del dominio con el nombre de "tiranía doméstica". Y con Bolívar aparece el pueblo en la Revolución. Y al aparecer ambos, comienza el parecido. Parecido con el pueblo, semejanza con la tierra. Los que hayáis viajado en un avión sobre los Andes y los Llanos, de Caracas a Bolivia, habréis mirado, allá abajo, el mejor retrato de Bolívar. Ese mapa de la dificultad se parece más a él que una estatua. Allí podéis



mirarlo y medirlo, mirando y midiendo el retrato de su esfuerzo. ¡Cuántos viajes de descubrir y descubrirse! ¡Cuánto Bolívar de acción, de pensamiento y de pasión, desde el Orinoco, de brisote caliente, hasta el Cuzco, de viento adelgazado!

Allí podéis mirarlo, pero tendréis que aterrizarle un poco el pensamiento. Porque él es parecido a la tierra, pero no a la tierra que parece un desierto, sino a la tierra con su habitante. Llegaréis a medirlo, si miráis y pensáis en el trabajo de andar y combatir, a mejor, en un hombre trabajando. Entonces recordaréis que en Bolívar aparece por la primera vez el pueblo, porque en Bolívar aparece por primera vez en nuestra lucha el signo de la naturaleza.

Evocad su primera frase fundamental, entre el polvo del terremoto de Caracas y frente a la superstición blandida como instrumento político: "Si la Naturaleza se opone a nuestra Independencia, lucharemos contra la Naturaleza y la venceremos". ¿No está allí, resumido en Bolívar todo el pueblo? ¿No están allí, la tierra y los hombres, no está el ir y venir del humano combate? ¿Qué es Colón, qué es el descubrimiento, qué es la Conquista, qué es el mundo medioeval inconforme que se echa al mar? ¿Qué es el hombre que salta de la carabela y se mete en la tierra y rompe selvas y esguaza ríos y derrumba Tlaxcalas y alza templos y tortura Cuauhtémocs y agarrota Atahualpas? ¿Qué es si no esa frase?

¿Y qué es esa frase, si no la humanidad entera en lucha sin descanso con la naturaleza, empeñada en que ella

le obedezca, para lograr su independencia económica, su independencia política y su independencia espiritual? Antes de que un gran hombre le dé a un pueblo su propia fisonomía, ya ese pueblo lo ha hecho a él a su imagen y semejanza.

Y después, cuando ya ha enamorado a la naturaleza y la ha vencido, brota su segunda frase fundamental. Dominando el obstáculo, quiere al hombre acordado con el obstáculo mismo, en comunión de rendimiento y de salud; y proclama que el objeto de su lucha es reconstruir "el imperio sagrado de la Naturaleza". Y esa es la segunda etapa de la lucha del pueblo, cuando vencido el medio, las fuerzas del egoísmo oligárquico se interponen entre el hombre y su vida, contradiciendo a la naturaleza misma. Y aquí vuelve a estar condensado en Bolívar el hombre del sombrero de palma. El es el primer trabajador del pueblo. Mirando al mapa y a las realidades de la historia, encontraréis en él las justicias inmediatas y las justicias remotas contenidas en las aparentes injusticias de la muchedumbre.

Lleguemos a la vera del camino que va de Venezuela a Colombia. De Caracas, del seno de la Sociedad Patriótica, sale, camino de Bogotá, un adolescente de madurez precoz; viene de hacer el elogio de la anarquía y de invocar las virtudes de la demagogia. Va a declarar la guerra a muerte; va a decir "triunfar" a la vuelta de cada derrota; viene de increpar a un fraile y de dar puntapiés a un terremoto. De Bogotá, camino de Caracas, marcha un hombre maduro, de anticipada ancianidad, viejo como un dolor y descar-



nado, como un principio. Viene de firmar decretos dictatoriales y de incluir a un obispo en el consejo de estado de Colombia.

A la mitad del camino se encuentran el adolescente y el anciano. Simón Bolívar de 1810 y Simón Bolívar de 1829. El primero casi todo brazos; el segundo casi todo frente. Ambos, en uno solo, un hombre chaparrito, que, como dije una vez a los peruanos, pesaba cincuenta kilos: cuatro de carne, seis de hueso y cuarenta de corazón.

Se miran y el Simón Bolívar de Caracas increpa al Simón Bolívar de Bogotá; pero al lado de éste surge Juan o José, el del sombrero de palma, y ante él habla el hombre de la frente de mapa.

“Yo soy el hombre de las dificultades. No he trabajado contra el pueblo sino contra el caos. Entre el pueblo y su destino hay una fila de grandes guerreros y de grandes doctores. Grandes togados y grandes condecorados. Es el regreso de la obra a aquel viejo momento de la tiranía doméstica. Es el fuero militar de los héroes y el merecimiento de los leguleyos. Es la hora del reparto de premios y la traslación del señorío de las manos de los conquistadores a las manos de los libertadores. Y por eso quiero una tregua de poder, en la que intento detener el caos. Es contra los insignes oligarcas, y no contra el pueblo, es por afrontar la avalancha del cacicazgo heroico e ilustrado, por lo que he querido enmendar el paso para asegurar mejor la marcha”.

El ideario está sometido a las variaciones temporales de la necesidad. Pero el ideal es uno e inmutable. Tengo más fe en el pueblo que en sus jefes. Una espada gloriosa es un peligro y "el talento sin probidad es un azote". Por eso, en esta hora de abandonar el campo, no está a mi lado el gran guerrero, no me acompaña el gran doctor. Toda mi marcha cabe en esto que le digo a este hombre del pueblo: "Vámonos José, que de aquí nos echan".

Y así fue como empataron sus caminos el hombre de 1810, que había querido ser un santo de la demagogia y el hombre de 1828, que había querido ser un demagogo de la santidad.

Y así fue como hasta en la hora misma de la marcha definitiva, Bolívar representa al pueblo en su modo y en su relación con la naturaleza y en su angustia anterior, contemporánea y actual. Su concepción es de conjunto; el ritmo de su idea es colectivo; el compás de su voz es orfeónico; y va de Colombia a Panamá, del orfeón de hombres al orfeón de naciones; y desde su hora final, aquella semejanza con el pueblo empieza a hacerse viva; el genio busca encarnar en el pueblo; el verbo ansía renacer en la carne de la humanidad sin descanso. Y éste es el compromiso que hicieron pueblo y genio, de reconstruir el equilibrio de la Naturaleza. Porque el grande hombre singular difícilmente se repite. Un Morelos, un Bolívar, un Martí, un San Martín, un Washington, son una puja de un siglo de concepción humana; el inmortal no es flor silvestre. Pero cuando el genio se reproduce ya no en otro genio, sino en un pueblo entero,



hecho de hombres que nacen todos los días, el hombre se asegura en su obra y camina para siempre en el inmortal innumerable.

Desde ese momento, el genio y su pueblo van a estar buscando por la historia. La historia, que muy pocos historiadores han sabido hacer. La hazaña rebosó hasta inundar la tierra, cortada la raíz del nacimiento; quedaron las muchedumbres hundidas en la épica doméstica; en el centro del mapa clavó su tienda el mito. Pescando en el río encrespado, la oligarquía buscaba al soldado afortunado para arriarse a él. Se miraba hacia atrás, como si Venezuela hubiera muerto en Carabobo y América en Ayacucho; y los pueblos se movían, isleños, bajo la sombra de Bolívar, el hombre que servía para todo, como las constituciones; de Bolívar sacaban astillas para hacer alegorías y astillas para hacer cadalsos. Y con la sombra de Bolívar disimularon su sombra los sombríos. Y el pueblo lo que necesitaba no era cobijarse bajo la sombra, sino bajo la luz de Bolívar; pero esa luz se perdía en los fogonazos de las entradas triunfales, cuando tan simple hubiera sido encontrarla en la sed de los sedientos y en la receta de los estandartes: luz y agua, agua y luz, la fórmula del iris.

Y desde ese momento se prolonga en el tiempo melancólico la relación entre el hombre y la estatua. Y como lo prometí, trataré de decir lo que les falta siempre a las estatuas, que nunca es culpa del artista, porque siempre ha de hacerse cuando ya él ha terminado.

Lo más parecido a un hombre es su cadáver. Y si a esculpir muertos vamos, saludemos a la muerte, que hace cadáveres perfectos. Pero la función de la estatua ha de ser función de vida, en la memoria, en el ejemplo y en la guía de la conducta; colocamos a un agente de la policía en una esquina para que dirija el tránsito de la actividad municipal; colocamos la estatua de un hombre en una plaza, para que dirija el tránsito de la dignidad nacional. Pero, después de colocada la estatua, falta algo, y es entonces cuando el pueblo empieza a colaborar con el escultor; hace un trabajo de emoción, una talla de aire entre la estatua y nosotros, y esa talla es su estado de comunicación reflejado en la conducta, leal a los ideales del hombre que está metido en la estatua.

Pero en mi tierra, el hombre del sombrero de palma estuvo más de un siglo buscando su Bolívar; se lo daban en historia mitológica; se lo ofrecían en semidiós y se lo negaban en hombre; se lo daban en sombra y se lo negaban en luz; se lo daban en bronce y se lo negaban en pan, y el bronce no se come.

Pero el hombre, si no se lo daban, lo intuía; iba a él casi en secreto. Y por él, únicamente por él, no llegó a corromperse. Bolívar salvó a mi pueblo, día por día, durante un siglo de tentación y servidumbre. Cuando ya iba a caer, llegaba la hora de la fiesta nacional, y el pueblo se refugiaba en el culto de Bolívar. En las horas de miedo, se arrimaba a la estatua, tal vez sin comprenderla, gozoso de tenerla allí, pero casi con miedo de espantarle el caballo. Y al declinar el día, venía,



como sangre pura y nueva, por las venas de sus calles, del corazón de sus plazas.

Pero, ¿qué Bolívar le hacían para dárselo? Difícil es decir de qué es un hombre cuando asume la calidad monumental.

Lo que les falta a las estatuas para ser hombres es, precisamente, lo que les sobra a los hombres para no ser estatuas.

Y por eso le daban de la estatua, la inmovilidad. Unos tenían el Bolívar de oro, que servía para comprar conciencias en las horas electorales, y otros el Bolívar de mármol, bien muerto, tan bien muerto que daban ganas de darle el pésame a la tierra por la defunción de la piedra; para otros, era el Bolívar de nieve, inaccesible, como los páramos. Pero el pueblo, en la noche, cuando nadie lo miraba, se llegaba a la estatua del hombre a caballo, lo desmontaba y se lo llevaba a su casa. Y allí hizo el Bolívar de pan para sus hambres, el Bolívar de cristal para sus espejismos y el Bolívar de aire para sus agonías.

Un escritor colombiano dijo en alta ocasión que, en cierto modo, Bolívar perjudicaba a Venezuela; porque, decía él, Bolívar es tan grande que no deja ver todo lo demás de grande que tiene Venezuela. Pero es que este gran escritor no sabía que mi pueblo se estaba haciendo su Bolívar de cristal, transparente, de modo que por grande que fuera, se viera a Venezuela a través de él.

Hasta que pudo verla. Mientras él se adormecía en el coloquio estático, medraban unos cuantos, tremolándolo a él y a Bolívar; mientras él se aletargaba en su culto, ellos elegían por él; a veces se lo llevaban a una guerra taciturna, sin fe, y al regreso le cobraban presidencias y le pagaban cicatrices, y pregonaban al gran Bolívar y al bravo pueblo.

Es condición de domador pregonar la bravura del león para lucirse más, haciéndolo saltar y hacer la estatua y pasar por el aro de fuego; y la patria era la niña de circo, en el trapecio, linda y pobre. Pero la niña cobraba agilidad; y el león a veces devoraba al domador; pero después era un león triste, que no podía vivir sin domador, y no encontraba exactamente la posibilidad leona del león.

Y se repetía el número de circo; bravo el pueblo, glorioso el domador. Y mientras tanto, llegaban las fiestas nacionales y por calles embanderadas, cohetes, inauguraciones y discursos, iba tejiendo el hombre, mientras hacía su Bolívar, tequilitas de hazaña, marihuanas de olvido.

Y al ir haciendo su Bolívar, el pueblo se iba haciendo a sí mismo, accesible, comunicativo y humano. Y un día de octubre, soldado y miliciano, se fueron a las calles con su fusil en las manos y su Bolívar desmontado. Y la niña del circo, la patria, hermosa y pobre, amarga y trapecista, le saltó al caballo en el anca y volaron del pedestal.

Octubre es y debe ser ante todo, el punto de partida para el cumplimiento del compromiso entre el hombre



y la naturaleza. La tarea capital de la revolución venezolana, tiene que ser y lo será, la efectividad del sufragio universal, que liquida, por la primera vez, la suplantación de la voluntad nacional por la voluntad de un hombre; y que consuma la desaparición del hombre de buena voluntad para sustituirlo por la buena voluntad de un pueblo.

Esa será precisamente la respuesta a los que alegan, resentidos, que la revolución venezolana se realizó y perdura bajo el signo del ejército y que ese hecho está en contradicción con una gran frase de Bolívar: "El hombre armado no debe deliberar".

Porque el hecho venezolano de un siglo se resume en un hombre armado que delibera y ejecuta y un pueblo indemne que calla o se rebela. Y la responsabilidad de ese hecho la estaban sintiendo en carne viva los jóvenes militares de Venezuela. Y la revolución se hizo para asegurar con el sufragio efectivo, el acto de soberanía del pueblo deliberante y la definitiva realidad venezolana del hombre armado que no delibere ni entorpezca en el porvenir el rumbo de la libertad civil venezolana.

Para ello, lo esencial es el sufragio, limpio de truco y de piratería. Que tenga los ojos para ver, la patria que, durante más de un siglo, sólo tuvo los ojos para llorar o para velar la vuelta del hijo que le llevó otro hijo. Y detrás del sufragio, la revolución significa lo demás; la educación racional, que abarca toda la conciencia y carga niños y hombres como frutas y se los lleva al maestro nuevo para que los madure; y que

ofrece a las madres, en cambio de todo lo que dieron el regalo de un pueblo sin pecado; el control efectivo del pueblo sobre el manejo de su riqueza; la suficiencia de la producción y el saneamiento de la economía; la equidad en las relaciones de trabajo y la salud y prosperidad del trabajador; el cultivo del niño y de la madre como finalidad generosa del hombre; la seguridad de la tierra y sus gentes; inspirarse en la advertencia histórica de que a Patria rica y a mujer hermosa precisa darles buenas uñas con que defenderse; la plenitud de la mujer en la función política y civil; la afirmación de una conciencia de colaboración entre el destino de cada uno y el destino general, de modo que la alpargata se teja, no sólo como buen calzado, sino también como intención de caminar un honesto camino, y la hamaca y el chinchorro se hagan, no sólo para descansar una honrada conciencia, sino también para soñar un noble sueño; la definición de una actitud constante que nos haga vivir al día la vida de nuestros hermanos de América y del Mundo, preocupándonos con sus preocupaciones, dando aliento a los españoles que luchan contra sus verdugos y a los americanos que luchan contra sus dictadores; la estabilización del concepto perdurable del deber como sustantivo, contra el concepto conjugado del deber por no pagar; la realización de un estilo de vida y de relación venezolanos, como colaboración y enlace con un estilo de vida y de relación americanos; y, en resumen, contra la vieja idea patrimonial del gobierno, la resuelta defensa de la libertad en una patria donde unos digan tierra, otros digan aire, otros digan mar y todos digan: somos libres.

Y al mismo tiempo que se acometa una mejor administración del potencial económico y una mejor economía



del potencial humano, precisará intentar una mejor economía y una mejor administración del potencial histórico teniendo siempre en la conciencia la frase de Bolívar: "Mientras haya algo por hacer, nada se ha hecho"; porque la realidad está diciendo que, si comparamos la frecuencia de la estatuaría con la mezquindad del cumplimiento y la fidelidad del culto con la eficacia del servicio, Bolívar todavía es un hombre a caballo con la esperanza a pie.

Pero en aquella vieja lealtad de pueblo y héroe con la naturaleza, se cumplirá el propósito de la confluencia del hombre de bronce en el hombre del sombrero de palma. Bolívar y sus compañeros de empresa son actuales en el pueblo. Y es urgente abandonar el camino de "altareros" históricos para unir definitivamente los tesoros que nos son comunes a los americanos y españoles en el designio de nuestros grandes hombres y nuestros grandes hechos. Que ellos sean soldadura y no rivalidad. Administremos a los héroes para una común economía del ejemplo. En la superación y unión de las naciones, la soldadura de bronce no es mala soldadura; hagamos de Morelos, de Bolívar, de San Martín, de Juárez, de Hidalgo, de Morazán, de Martí, de los padres, colaboradores actuales, accesibles, familiares. Un economista venezolano resumió en una hermosa frase todo un programa de liberación económica: "Sembremos el petróleo", esto es, transformemos las ganancias del petróleo en agricultura, en ganadería, en industria, en escuelas, en higiene, en seguridad futura. Pues bien, antes del pozo de petróleo, México y Venezuela tenían en su Morelos, en su Hidalgo, en su Bolívar, en su

Madero, en su Andrés Bello y en todo su gran tesoro histórico, su pozo de Jacob. Sembremos el petróleo, pero sembremos el bronce; sembremos a Bolívar y a Martí y a Hidalgo y a Morelos. Y cosechémoslos en estatuas que anden y no en estatuas de sal que se disuelven, en simpatía humana y no recelo, en amor y no en querellas. Quiero decir a todos aquéllos que me escuchan y sientan la palabra democracia, tengan o no en sus manos oficio de gobierno, que yo he venido aquí, en nombre de mi pueblo y en la severa presencia de Bolívar, a reclamar la cancelación de los odios y la derogación de las pasiones. Porque lo que quieren los pueblos es que la fuerza de la humanidad tenga como condición indispensable, la humanidad de la fuerza; lo que quieren los pueblos es que se le dé a la tierra el sembrador que pide y al sembrador la tierra que reclama; lo que quieren los pueblos es que su pan tenga el tamaño de su hambre, su gobierno la forma de su justicia y su olvido la dimensión de su misericordia.

¡Pueblo de México! Refugio de la democracia perseguida; pueblo de la trinchera contra las usurpaciones domésticas y contra las codicias internacionales: aquí te dejamos tu Bolívar de bronce; hecho de hoy para mañana; tiene el olor de las muchedumbres costeras, tiene el aroma de las altas altitudes montañosas, tiene el perfume de las profundas llaneradas. Hazlo bien tuyo, útil y familiar; alguna vez desmóntalo de ese caballo alto, recordando que el pueblo de Venezuela, para resumir a su Libertador, lo expresa siempre en una vieja frase que le alivia de cada pisotón:



“Más abajo pisó Bolívar”. Alguna vez desmóntalo y llévalo a tu casa y que tus hijos jueguen y suban a sus hombros, mientras les hablas de su primera carta, que él escribió de Veracruz a Caracas, con su espantosa ortografía de niño y con aquella frase tan de pueblo: “Ha sido el tiempo muy corto para hacerme más largo”. Hazlo tuyo, de tierra, de cristal, de aire, de pan, de luz; hazlo de modo que su estatua no te obligue a torcer el camino; hazlo de modo que puedas pasar todo por dentro de la estatua. Y con tu Hidalgo, tu Morelos, tu Juárez, tu Madero, tu Obregón, con tus héroes y con tus apóstoles, dale oficio de trabajador a cada estatua. Mil estatuas que tengas, mil bronces que poseas, sean las mil campanas de tu Cholula histórica; de bronce a bronce, sacude tus efigies a la hora de tus grandes somatenes; y cada vez que se reclame una convocatoria del espíritu americano, como el badajo de las campanas, repique el corazón de las estatuas.

Y hagan su oficio para las patrias que queremos. Estén ellos, bien metida la cabeza allá arriba, en los cielos azules, pero bien metido y faenero al pie en los surcos que todavía tienen que sembrar. Y caminen con nosotros para hacer esas patrias como las querían los hijos de Bolívar y los hijos de Hidalgo, los lanceros de Páez y los gauchos de Martín Güemes, los federales de Ezequiel Zamora y los surianos de Emiliano Zapata.

Como las quieren, santo México, los llaneros de mis llanos y los rancheros de tus ranchos; con los arribas de gloria y los abajos de justicia.





## **DENUNCIA ANTE LOS SOLDADOS DE AMÉRICA**

Escrito en el exilio en Cuba, en febrero de 1949

*"¿De dónde has sacado tú,  
soldado, que te odio yo?"*

NICOLÁS GUILLÉN

Hemos estado hablando, desde que se inició el reciente proceso de cuartelazos americanos en serie, de la traición contra los gobiernos constituidos, por parte de individuos pertenecientes a la Institución Armada de los países respectivos. Pero nada se ha dicho en relación con la traición consumada por estos individuos contra la misma Institución Armada. Y es hora ya de denunciar ante los soldados de América el crimen que, por etapas, conducirá a la completa desnaturalización del concepto histórico del Ejército americano, en connivencia con el histórico desconcepto de la horda americana.

Porque aseguro con todas mis fuerzas que la significación americana de la palabra "Ejército" en virtud

del destino universal de América, debe seguir siendo la de "Ejército Libertador", y, porque me sobraba desconfianza con respecto a las intenciones de algunos militares venezolanos, escogí los mismos días en que Rómulo Gallegos tomaba posesión de la Presidencia de mi país —repetición del ensayo civil de Vargas en 1835— para dar a la luz mi libro *Vargas, Albacea de la angustia*. Y a petición de un americano insigne, que para hacer más significativo el pedimento, es americano de los Estados Unidos, renovaré en esta página retazos de lo que en aquel Ensayo estampé como alerta a los militares honestos de mi Patria y del Continente:

Vargas no le temía al Ejército; le temía a la Horda. Para explicarse a cabalidad las características del militarismo en Venezuela, hay que partir de la base fundamental, aunque parezca ilógica, de que la excesiva abundancia de guerreros en Venezuela se ha debido, principalmente, a la falta de militares. La fecundidad bélica del país estaba en razón directa de su infecundidad técnica. La riqueza torrencial de Generales y Coroneles correspondía a la carencia de un verdadero ejército.

La primera promoción militar del país es la del Gesto. América los dio en singular coincidencia telúrica; sorprende en realidad el hecho de que, en la misma generación, con pocos años de diferencia, nacieran en diversos lugares de América hombres aptos y acordes para la misma empresa: Bolívar, San Martín, O'Higgins... Pero la sorpresa desaparece cuando caemos en la realidad de que el tiempo, las ideas y América los dieron a la hora de darlos, como fenómenos naturales de un proceso vital. Y durante la lucha de



Independencia, los conceptos de militarismo y civilismo se confunden. En la cabeza y en el brazo de Bolívar hubieron de confundirse y hermanarse ambos conceptos para trabar la armazón y mover en plenitud el espíritu del Fundador de naciones.

Y al lado de Bolívar, hombres como Soublotte, como Salom, como Sucre, como el Padre Blanco, como Santander, como tantos otros, tenían, por escuela y por numen, el íntegro concepto de su papel en la guerra y de su papel en la paz. Pero cerca y lejos de ellos, la guerra trajo a la brecha común montoneros insignes o gloriosos mayores. Sin escuelas los más, o surgidos los otros de escuelas de señorío, no sabían, o no podían, o no querían reconocer la frontera que la salud nacional reclamaba imponer entre su acción guerrera y su acción ciudadana. Y como no había medios ni tiempo para la organización de un Ejército consciente de su verdadera misión, ocurrió que de aquellos héroes sin cultura, los que quedaban con las tropas vivían requiriendo su presencia en las cosas de Gobierno; y los soldados licenciados que se iban a sus casas, llegaban a su rincón como valientes, hasta el día en que su renombre los llamaba de nuevo. Y el Ejército de turno, formado por los nuevos reclutas veía con temor la perspectiva de cruzar sus bayonetas con la lanza de Farfán, pregonada de punta a punta de la Patria.

De ese primer rezago necesario de guerreros libertadores, agregados a la vida civil, surge el pequeño caudillaje. Y de la codicia del grupo de militares absolutistas unida a los manejos oligárquicos y a la carencia de tropas de espíritu constitucional, nacen, mue-

ren y se reproducen en triste sucesión los pronunciamientos. Van muriendo los héroes de Colombia; se van reproduciendo los guerreros. Y comienza el momento que nos va a definir aquello que he nombrado dos párrafos atrás: las características del militarismo en Venezuela. Desde la llamada Revolución de las Reformas hasta los primeros años de la organización de nuestro Ejército, no se podía decir dónde terminaba el militar y dónde empezaba el civil en un venezolano corriente. Porque el fusil y el sable eran puertas que se abrían a veces ante un buen hombre de trabajo, como el único camino de salvación. Accidentalmente, por huir de una persecución o por vengar una ofensa, o por ayudar a un jefe que prometía fortuna, hombres civiles empuñaban las armas. De la guerra volvían olvidados o desdeñosos de su oficio anterior. No se avenían a criar ganados o sembrar café, cuando más daba la tierra de galoparla que de sembrarla.

Y era extraño que en cada familia hubiera un hombre que no supiera de campañas y no quisiera aprovecharse de ellas. A su vez, el Ejército, sin noción constitucional, seguía dando jefecitos para los caseríos. Cada Revolución traía una nueva carga de acreedores al temor. Y el pulpero había sido oficial de Sotillo y el Juez había sido abanderado de Acosta y el que regaba las flores y el que cargaba los niños y hasta el que tocaba las campanas y encalaba por Pascua la espadaña y renovaba el agua de Jesús en las pilas de la capilla, guardaban el rejón o la "morocha" con que un día tiraron boca arriba a un hijo de su tierra en la tierra que está pidiendo hijos.



¿Qué es el Ejército? Es el Pueblo uniformado que marcha hacia una idea o que reposa, custodiándola. Es la guardia armada de la Constitución. Y como la Constitución, se parece a sus autores. Su autor es el Pueblo, debe parecerse al Pueblo más que a un hombre. Cuando el Pueblo, celoso de su soberanía, cuando la Nación celosa de su integridad, alzan el brazo, el Ejército es su Espada. Cuando Pueblo y Nación descansan en la siesta fecunda, han de dormir con un ojo cerrado y otro abierto; el Ejército es el ojo abierto que vigila. La organización del Ejército Libertador giraba alrededor de la idea; la fuerza organizadora de Bolívar se fundaba en el ideal. La huella de los soldados de Carabobo y Ayacucho lleva el cuño de las marchas del espíritu colectivo.

Por eso, el Ejército Libertador fue el Ejército. El Ejército no es la horda nazi, que al romper la Línea Maginot lo que quiebra es la varilla de cristal iluminado de la Enciclopedia; ni es la horda fascista, que al esguazar la cinta del Kalama, lo que rompe es la línea del espíritu griego; ni, es el respaldo de un hombre contra un pueblo. El Ejército es la guardia del Congreso chileno frente a Balmaceda; el Ejército es el Marne; el Ejército es Ayacucho; el Ejército es Stalingrado. El Ejército es la zarza ardiente, atravesada en el camino de los usurpadores.

Concluida la Gran Obra, el Grande Ejército Libertador fue lento y solemne, a acuartelarse en los Panteones. Pedazos suyos, dispersos y desarticulados, pedazos que no eran el Ejército, formaban aquellos núcleos

en discordia, movidos por los personalismos y las oligarquías.

En las nuevas y distintas filas, la idea se había roto; ahora, la huella de los soldados, en las marchas del rencor disolvente, no llevaba el cuño del espíritu colectivo, sino el perfil de un hombre. Por turnos se cambiaba el perfil, por turnos se renovaban las montoneras, sin que alcanzaran a reflejar la fisonomía del Ejército. En un momento histórico, surgió de nuevo. Presentaba dos frentes contrapuestos, pero encarnaba dos ideas. Fue en la hora federal. De un lado, representó el pensamiento unitario, bajo la dirección militar y consciente de Páez, de De Las Casas, de Pinto, de Febres Cordero. Del otro lado, tradujo la expresión armada de la Revolución Social; el Pueblo que se integraba e igualaba en los campos, y en partidas errantes o en piquetes mal vestidos, bajo la mano de Zamora, iba siendo cada día más el Ejército, hasta plasmarse en un orden, en una técnica, en un acto, que fue la realización consciente de una idea, en los asombros de Santa Inés y de Curbatí. Después, la Federación de pueblos sofisticada por la Autocracia; la Federación de Jefes bajo la hegemonía del Jefe. El Grande Ejército Federal vuelve a tomar el camino de los Panteones. De allí en adelante, la idea va agarrada a la grupera del Caudillo. Aquello ancho y largo, con friso de bayonetas y cimera de tres colores, no es el Ejército. Y sin embargo, hay más soldados que nunca: porque de todas las casas han salido los hombres, alguna vez siquiera, a combatir; porque a vuelta de la campaña, el jornalero se paga más del dragoneo que



de la artesanía. Porque el caballo, base del trabajo llanero, ya no es un animal civil sino una bestia militar. Y entonces, ¿cómo saber quién es civil en una tierra de guerreros domésticos?, ¿quién es militar en una tierra de bachilleres a la orden? Si para tener todo un concepto de civismo había que estudiar algo y para engrosar una patrulla no había más que voluntad propia o ajena, ¿cómo no iban a ser casi todos guerreros? Y, ¿quiénes eran los civiles? Casi todos. Y, ¿quiénes eran los soldados? Casi todos. Y, ¿quiénes eran los militares? Casi nadie.

Un grupo de hombres insignes conservó siempre el culto de lo civil. Estudiando y preocupándose, esfuerzo heroico del ejemplo y amargo gusto de la oscuridad fueron su sino. No podían contra la realidad de un país sin escuelas; contra la realidad de un país sin cuarteles; porque los cuarteles eran casas de familia con dos soldados en la puerta y las casas de familia tenían casi siempre dos coroneles en la mesa. Junto a ese grupo de civiles insignes, un grupo de militares honrados perseguía la misma finalidad. Ahogándolos y arropándolos, imperaban los híbridos: los civiles guerreros. Y sin amparo ni orientación, roto de marchas, pero intuyendo la verdad, yendo siempre engañado en busca de la verdad civil, para volver armado, el Pueblo creyó siempre que apoyaba lo justo.

Ríos de Generales, mares de Coroneles. Casi sin uniformes, casi todos sin despachos; con el tiempo, ya no les fue preciso ir a la guerra. ¿Cómo se hacía entonces un General sin guerra y sin escuela? Se toma-

ba un hombre que tuviera cien vacas, corpulento, gallero, hijo de un General predominante. Ya se tenía un Coronel. Cuando ese Coronel llegaba a las mil vacas, echaba vientre, perdía a su padre, negociaba, perdiendo, con el Presidente de la República; sacaba, por su influencia, a un hombre de la cárcel, o lo metía en ella, que es lo mismo, llegaba a General.

De los grandes guerreros de la baquía, de la experiencia y del valor que produjera, no la escuela militar, sino el feudalismo militante, pueden formarse cuatro grupos perfectamente definidos: el de los que olvidaron su raíz civil y, transformados en estupendos guerreros, quedaron siendo los puntales de la vieja escuela, traducción criolla de Pirro, detrás de la cual el Ejército se disolvía en un rebaño; en segundo lugar aparece un tipo terciado de ciencia y jefatura, a quien he prometido un ensayo especial: el "Doctor y General"; en tercer lugar aparecen los guerreros de simple vocación, buenos o malos, violentos o aplacibles; fueron el apoyo valiente de los grandes prestigios y quedaron, ya en cargos privilegiados, ya al frente de los cuerpos, ya en la sombra subalterna, para constituir la madera de donde podía edificarse el Ejército. Y en cuarto lugar, por fin, aquellos oficiales que, nacidos en la vieja escuela, pero letrados o estudiosos, tenían o aprendieron la noción del Ejército, y, tras lograr su fama en los campos de la guerra empírica, se dedicaron a su propio cultivo, en plausible emulación, completando en ellos su propio concepto del soldado.

Bajo Gómez, el oficial no ha llegado a meterse bien bajo las presillas. Con él se instala la Academia Militar:



se establecen la Escuela y la Técnica. Pero continúa el imperio de la horda, aunque ya se vislumbra el nuevo Ejército en generosos ejemplos de sacrificios y de conciencia militar que nos traen a los labios los nombres de Luis Rafael Pimentel, Rafael Alvarado Franco, y muchos otros que son orgullo de nuestra institución armada.

El proceso democrático iniciado al morir el Dictador repercute en las nuevas promociones militares. Pero todavía bajo López Contreras pretende confundirse el respeto a la Institución con el "tabú" encarnado en cada hombre de uniforme. La razonable medida de no permitir ofensas al Ejército de la República se llevaba hasta no permitir críticas meramente personales contra quien vistiera el arreo castrense; así fue llevado a la cárcel, entre otros, el doctor Silva Tellería. Pero, con todo, la evolución del sentido institucional del cuerpo armado daba razones para el optimismo.

Para octubre de 1945, el Presidente Medina, a cuyo Gobierno no pueden negarse aspectos democráticos, cometió un error consigo mismo, que se traduciría en una violación del Pacto Constitucional: Medina imponía un candidato suyo a la Presidencia de la República; esto era la suplantación de la soberanía nacional; la Institución Armada, representada por la mayoría de sus oficiales jóvenes invitó a un partido político a la realización de un golpe que debía representar para siempre dos cosas: la devolución de la soberanía a su residencia natural que es el pueblo y la eliminación definitiva del concepto de horda me-

diante la institucionalidad del Ejército, que ya no debía ser el respaldo de un hombre que quita y pone Presidentes. La función civil emanada del golpe fue cumplida por nosotros; el pueblo votó sus representantes y su Primer Magistrado. Si los militares hubieran cumplido su parte, el Ejército sería apolítico e institucional, y lo hecho contra Medina, por lo que atañe a los militares, estaría bien hecho. Pero al ocurrir lo ocurrido, los militares facciosos del 24 de noviembre, no sólo han traicionado el 24 de noviembre, sino que destruyen los fundamentos constitucionales de su acción de octubre y confiesan sin palabras haber traicionado a Medina.

La Junta Militar pretende que los civiles de Acción Democrática tenían armas en sus casas y hasta en escuelas. Los hechos han demostrado la falsedad de tal declaración. Las armas que había en manos de civiles fueron entregadas por las autoridades militares para la protección de hogares amenazados por los reaccionarios conspiradores; el número y calibre de esas armas hace risible la posibilidad de que ellas pudieran oponerse al parque nacional; pero lo cierto es que, dentro del concepto de lo constitucional y de lo popular, habría sido de desear que las escuelas venezolanas y las casas de los buenos venezolanos hubieran estado llenas de tanques, de aviones y de ametralladoras; porque en ese caso, ¿quién y contra quién hubieran usado esas armas? Pues la verdad es que mientras los personeros de la fuerza pública usaban las armas del pueblo, confiadas a su custodia, para derribar al Presidente Constitucional que el pueblo había elegido, encarcelar a los representantes parlamentarios que el pueblo se había dado y fusilar la voluntad soberana



que el pueblo había consignado en las urnas electorales, las armas de las escuelas, de los hogares y hasta de las casas de maternidad, de los hospitales y de los manicomios, habrían salido, en las manos del pueblo, para deshacer el atropello inconstitucional, devolver a su labio natural el atributo deliberante e impedir que por el hecho de unos pocos el Ejército se transformara en horda. Más constitucionales, más leales a la misión honesta de las armas eran las que estaban escondidas en las casas de la Opinión que las que estaban apuntadas contra ella.

El Ejército venezolano no es culpable de lo que acaba de acontecer. Una docena de sus jefes se han confabulado, no tan sólo para hacer regresar a Venezuela al tutelaje político sino también para hacer regresar a su Ejército al estado de horda, traicionando así la evolución superadora que él llevaba y continuará llevando. Aquí dejo consignados algunos hechos recientes que constituyen signos trágicos, elocuentes presagios para una sintomatología de la Horda: en Venezuela, a raíz de las grandes conmociones políticas, se ha producido con frecuencia el fenómeno vergonzante del saqueo; ha sido siempre un hecho de plebe irresponsable; un hecho de horda civil. Pues bien, a raíz del 24 de noviembre, los saqueos se han realizado en nuestras casas sin la intervención inmediata de un solo hombre civil; los saqueadores han sido soldados; casas hay de donde se han llevado las ropas de hombres y mujeres, las vajillas, las sábanas y hasta la juguetería de los niños. Cuando un soldado hace eso es porque no teme el castigo de sus superiores, aún más, es porque tiene superiores que no se cuidan de conservar la dignidad

del soldado y más bien procuran su relajamiento. A más técnica debería corresponder más responsabilidad institucional.

La mayor parte de los libertadores eran empíricos; así mismo los generales de nuestras guerras civiles. Cuando la mujer o la hija de un preso político, violentada por el dolor insultaba a un militar del Gobierno, ese insulto le era cobrado por los carceleros al esposo de la ofensora. Pero llegó a suceder, tal como lo recuerdo, que Clodomiro Sánchez, general empírico del gomecismo, insultado por una dama, se negara violentamente a que se castigara al marido prisionero, recordando a sus colegas aquella frase citada alguna vez por el más puro de nuestros guerreros, Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho: "Castigar a ese hombre, es como pegarle a esa mujer; y a una mujer no se le pega ni con una flor".

Pues bien, a una violencia verbal de una dama acongojada de ausencia y de infortunio, los oficiales técnicos del 24 de noviembre responden apretando la penosa condición de preso contra el doctor Alberto López Gallegos. De manera que para la delicadeza de un técnico de hoy casi habría que enmendar la plana al Mariscal para decir a las mujeres que pegan con la palabra: "A un capitán no se le pega ni con una flor".

Y es, soldado de Venezuela, soldado de América, que cuando se tiene índole de horda no se es buen depositario de conciencia de Ejército. Cuando se es buen médico y se va a Europa o al Norte a perfeccionar estudios, se regresa más médico; cuando se es pianista



y se va a los grandes Conservatorios a perfeccionarse, se regresa más pianista; cuando se es técnico y se va a las grandes escuelas, se regresa más técnico, cuando se es un bruto y se le da la vuelta al mundo, se regresa más bruto; y cuando se es traidor y se va a ganar cultura, se vuelve más traidor.

Esto digo al soldado de América con palabra de fraternal llamada a la reincorporación de la conciencia. Porque el Ejército de mi Patria, no es culpable, sino que ha sido víctima de la maquinación de unos cuantos depositarios de su confianza. Porque el Ejército de mi patria, en el que se encuentran muchos hombres, pero muchísimos hombres dignos de conducir la responsabilidad de una institución, ha sido traicionado por un grupo de dirigentes con mejores posibilidades de control y en connivencia con el desconcepto histórico de la horda americana que hoy campea en las divisas de sus cómplices de la América Latina.

Esto digo, soldado oscuro de las letras, al hermano de las armas, desde una tierra donde un poeta le dijo así a un soldado:

*"Caramba, si yo soy tú,  
lo mismo que tú eres yo".*

Revista *BOHEMIA*, La Habana, Cuba, 13 de febrero de 1949.





## **CANTERAC Y BOLÍVAR**

Hace pocos días se cumplieron ciento diez años de haber muerto trágicamente en Madrid el general José de Canterac, vencido en Junín y Ayacucho. Estas líneas que escribo van dedicadas a un amigo español, poco versado en la historia de la guerra emancipadora de América. Por esa misma ignorancia, mi amigo se figura que toda nuestra guerra grande fue guerra a muerte y que la hidalguía, la nobleza y la cortesía estuvieron ausentes de aquella cruenta empresa. Hoy traigo el recuerdo de Canterac; su solo nombre nos recuerda la capitulación otorgada por Sucre; ella basta para comprobar el error de mi amigo. Pero ocurre que sólo a Sucre concibe él como poseedor de esas virtudes de señorío en la guerra. Y vengo a decirle a él solo —que no a los de mi tierra ni a los de la suya que conocen la historia— quién era Simón Bolívar después de una victoria.

José de Canterac nació en Francia. Cuando el general Valdés, ya derrotado en Ayacucho, pronunció su célebre terno: “Estamos pagando las portuguesadas de Canterac”, ignoraba probablemente que su jefe

había nacido en la Guyena, en la vieja Aquitania, arriado a Gascuña. Si lo hubiera sabido, no habría tenido que mencionar a Portugal. Seguramente, su frase hubiera sido esta:

—Estamos pagando las gasconadas de Canterac.

No busquen ustedes la biografía de Canterac en los diccionarios enciclopédicos españoles. Verán cosas como esta: que combatió bravamente durante la guerra de la Independencia española; que fue herido cuatro veces en Pla, que su valor era proverbial entre sus compañeros de armas y que vino como Jefe de Estado Mayor del general La Serna en el Perú. Todo eso es cierto, pero una vez que el general llega al Perú, los biógrafos dicen cosas así: que allí —en el Perú— reconquistó la costa de Güiría y tomó a Cariaco, a Porlamar y a la isla de Santa Margarita.

Lo cierto es que Canterac, segundo de La Serna, hizo prodigios de valor en el Perú; que su sagacidad militar pudo conservar durante mucho tiempo la bandera española en América del Sur; que volvió a España y allí figuró en grandes cargos, hasta llegar al de Capitán General de Castilla la Nueva. Ejerciendo ese cargo, ocurrió una sublevación en la casa de correos. Canterac, valiente como siempre, salió a someter a los sublevados; llegó a la prevención absolutamente solo y desarmado. Una descarga lo dejó tendido a la entrada del cuartel.



Dos datos quiero ofrecer a mi amigo español. El primero tiene que hacer con el pueblo de España; el segundo, con Bolívar. Medite un poco mi amigo acerca de una circunstancia: El Virrey La Serna y el general Canterac fueron los dos últimos adversarios de Bolívar en la guerra emancipadora de América; el Virrey y Canterac fueron los dos últimos representantes de Fernando Séptimo en la parte meridional del Continente; La Serna y Canterac, defensores de la libertad de España contra los franceses, fueron los dos caudillos de Ayacucho contra la libertad de estas tierras. Pues bien, con el correr del tiempo, demostradas en España las tendencias reaccionarias de Canterac y de La Serna, las canciones populares y la voz de las masas españolas decían a todos los vientos que los tres enemigos de la libertad en España eran Fernando, La Serna y Canterac. Los tres vencidos de Ayacucho.

Y ahora, sepa mi amigo el español quién era Simón Bolívar después de una victoria. Lea mi amigo la carta que Bolívar dirigió a Canterac en diciembre de 1824, cuando, después de Ayacucho, le enviaba los pasaportes para su regreso a España:

“He recibido la favorecida carta de Ud. con infinita satisfacción. Ud. me cumplimenta por los sucesos de nuestras armas. A la verdad, este rasgo es generoso y digno, por lo mismo, de gratitud. Yo no puedo hacer a Ud. la misma agradable congratulación, pero puedo decir que la conducta de Uds. en el Perú como militares merece el aplauso de los mismos contrarios. Es una especie de prodigio lo que Uds. han hecho en este país. Uds. solos han retardado la

emancipación del Nuevo Mundo, dictada por la Naturaleza y por los destinos. En fin, querido general, Uds. deben consolarse de que han cumplido gallardamente su deber y de que han terminado su carrera por una capitulación gloriosa en el Perú. Suplico a Ud. se sirva ofrecer mis sinceros respetos al señor general La Serna, cuyas heridas, aunque dolorosas, lo cubren de honor. Al señor general Valdés y demás generales españoles hágaless Ud. de mi parte la oferta de mis servicios y de mi consideración. Mando los pasaportes que se me han pedido en los términos correspondientes. Soy, etc. Bolívar”.

A Canterac hidalgo, que felicita al vencedor, responde el vencedor con glorias al vencido. Ya sabe mi amigo el español quién era Simón Bolívar después de una victoria.

Caracas, 20 de marzo de 1945.



## LA LECCIÓN DE SUCRE

En este día de Sucre, la devoción me mueve a decir pocas cosas de mi propio pensar. A ser vehículo de aquella gran palabra, digna de aquella gran espada; a hacer de mi voz cauce de la suya; a trasladar al mundo de los nuevos la lección de su verbo.

Lección de Sucre, al través de los tiempos; lección que llega, fresca y puntual. Escrita en una carta a Bolívar, desde Quito, en un 7 de octubre, un año antes de Santa Marta, unos meses antes de Berruecos. Lección de severa vigencia en ésta y en cualquier hora de Venezuela y de América. Lección a los políticos y a los pueblos; lección que dice que la sinceridad, por dura que ella sea, es la única prueba de la amistad; lección a los prosélitos y a los incondicionales; lección al pueblo y a sus gobernantes.

“Según la carta de Ud. de 28 del pasado, que recibí antenoche, parece que no es cierta la venida de Ud. aquí, tan pronto como se anunciaba. Con todo, se habla de esta venida y yo me alegro, porque quizás servirá el ruido para algo en la reunión de la asam-

blea electoral. Dios quiera que en ella no se haga un mal, o mejor dicho, que el mal sea menor, pues indudablemente, tendrá, con el tiempo, muy mal efecto la medida de Ud. por la reunión nueva de esa asamblea, y como suele decirse, tan sin son ni ton. Aunque Ud. crea que de ella saldrá algo bueno, yo no lo pienso así; y ya es un mal cierto el que las gentes opinen con mucha generalidad que Ud. ha vuelto al país, con la circular esa, al estado que tuvo en 1827. Sus enemigos dicen que es un premeditado desig- nio de mantener las cosas en desorden para conser- var el poder discrecional”...

“Yo no me niego a servir. Lo que trato es de servir sabiendo el sistema y el objeto, pues desde hace mucho tiempo no hay objeto ni sistema y ya estoy un poco cansado y enfermo para trabajar a la aven- tura”.

“No recuerdo que en cosas de mi familia haya pedi- do otro favor que el que el gobierno recibiera un poco de dinero mío en Guayaquil para reintegrarlo a mis hermanos en Venezuela; y este servicio fue tan bien desempeñado, que habiendo el gobierno tomado mi dinero desde los años 25 y 26, es esta la fecha en que no ha pagado sino parte, no obstante los reclamos de los interesados”.

“En cuanto a mí, permita Ud. decirle que jamás lo he atormentado ni para contentarme ni para meter- me en el buen camino. Mis grados militares los debo a regulares servicios en la guerra de la Independencia; y mis recompensas pecuniarias han sido las



designadas por las leyes. No he pedido más, no obstante que otros, con menos títulos, han agotado el bolsillo del gobierno. Y usted sabe que he preferido algunos ratos de indulgencia al disgusto de incomodar a Ud. con demandas de gracias y complacencias. Dispense Ud., General, este lenguaje, si acaso le fuere enfadoso. Los amigos son tanto más nobles en sus proceder es cuanto son más ingenuos para explicarse”.

Y después de esos párrafos duros, resentidos y plenos de dación de todo el pensamiento, la carta concluye, natural, cotidiana, como la de un hombre que ha dicho lo que ha sentido y sabe a quién se ha dirigido:

“Yo soy siempre, mi muy querido General, su apasionado amigo”.

Su apasionado amigo. Apasionado de su gloria y apasionado de su justicia. Apasionado de la verdad, que es la pasión que hace las amistades grandes.

¡Oh! ¡Teniente sin paralelo!, ¡oh! ¡Capitán sin mancha! Estoy, en esta víspera de tu día, pisando la tierra de nuestra ciudad; y mientras el fervor de América desemboca en nuestro río, doy a los aires de la patria tu lección, que resume, como en los cauces hondos, tus Ayacuchos de justicia.

Cumaná, 3 de febrero de 1945.





## **SIMONA, LA HIJA DE SUCRE**

Acaso no sea conocida sino de muy pocos la anécdota que voy a referir. Pero eso no quiere decir que esos pocos la guarden como una conseja cualquiera. Es una historia que consta en documentos fehacientes y que, naturalmente, no llega a conocimiento de las Academias de la Historia sino cuando se lo dicen los que no son historiadores.

Lo interesante de la anécdota es la definición que ella hace, por sí misma de la opinión que abrigaba el Mariscal de Ayacucho en materia de hijos naturales. A lo mejor andan por allí muchos pseudopróceres o pitipróceres mucho más rígidos en materia de reconocimiento de bastardos que los próceres mismos de cuyas glorias están viviendo ellos. Muy interesante resulta conocer el criterio de un grande hombre, criado entre pergaminos, acerca de problema tan atribuido en estos tiempos a meras pretensiones subversivas de las izquierdas o rabiosas terquedades de algunos jurisconsultos jacobinos.

Antonio José de Sucre tuvo en su matrimonio con Marianita Carcelén y Larrea una sola hija, llamada Teresa, nacida en el año 29 y muerta por accidente dos años después. Teresa fue un paréntesis de gracia que se abrió un año antes y se cerró un año después de la muerte del Mariscal. Y Teresa llevaba el nombre de la esposa de Simón Bolívar.

Pero Antonio José de Sucre tuvo otra hija, o juzgó que la había tenido. Y creyó de su deber protegerla, aun cuando no estaba seguro de ser su padre. Tiene grandeza y hasta humor, gracioso humor, la carta del Mariscal al coronel Vicente Aguirre, en Quito: "...en Guayaquil tengo una niñita que, *sea o no sea mía*, su madre lo decía así y he llegado a creerlo. Su madre, Tomasa Bravo, ha muerto... la chiquita es mi deber y mi deseo recogerla. Abuso de la amistad de usted para rogarle que me haga llevar esta niñita a Quito y la ponga en una casa en que la críen y la eduquen con mucha delicadeza y decencia, la enseñen cuanto se puede a una niña y en fin, me la haga tratar tan bien como espero de usted. Todo gasto lo pagará Ud. de mi cuenta..."

Según la carta, Sucre no conocía a esa niña. Supo la muerte de Tomasa Bravo, por referencias; tenía acerca de su paternidad, no una seguridad, sino una probabilidad. Tenía la fe en lo que había dicho Tomasa. Y tenía la conciencia de que él había podido ser el padre.

Pero tenía algo más. Tenía la conciencia de sí mismo y de su papel en el mundo de América. Si él no



era el padre de esa niña, cualquiera otro que lo fuera no habría acudido a educarla, a alimentarla. El correría con eso. El era Antonio José de Sucre, Soldado de la Justicia.

Pero había algo más, que ignoran muchos historiadores, probablemente. Había algo que juntaba más a la niña con el presunto padre venezolano. Porque así como la hija del matrimonio de Sucre se llamó Teresa, esta hija de Tomasa Bravo, por voluntad del Mariscal, se llamó Simona.

Simona Bravo y Teresa Sucre; toda la casa del Padre de la Patria en el corazón de su Teniente.

Don Cristóbal de Gangotena se pregunta: ¿Qué fue de Simona Bravo? ¿Habría en algún rincón descendientes del Abel de Colombia?

Es muy difícil responder a eso. Pero al gesto de Sucre, no será difícil que los hombres de corazón respondan.

Caracas, 26 de febrero de 1944.





## SUCRE EN CUBA

El pueblo y el gobierno de Cuba han conmemorado el sesquicentenario del natalicio del Gran Mariscal en forma digna y calurosa. El acto realizado en el Ministerio de Estado fue, al decir de un diario habanero, “un torneo de señalamientos histéricos”.

Una grande y valiosa concurrencia se congregó en el salón de la cancillería. Diplomáticos, intelectuales, trabajadores, se dieron cita para el homenaje, bajo la presidencia del canciller Cuervo Rubio. El mismo canciller pronunció el primer discurso; en él, Cuervo Rubio toma como “lied” de su oración una frase de Bolívar, aquélla en que el Padre de la Patria contempla a su teniente predilecto con un pie en el Pichincha y otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco Cápac y contemplando a sus pies las cadenas del Perú, rotas por su espada. Declara a Sucre el canciller cubano, un ciudadano egregio de esta parte del mundo, no sólo propiedad de Venezuela, sino de todo el Continente, “por la propia amplitud de su genio militar y político y por el codicioso reclamo de todos nuestros pueblos

agradecidos". Hermosa es en verdad esa frase del doctor Gustavo Cuervo Rubio; hermosa también su evocación de la frase de Martí, en la que el apóstol llamó a Sucre "Hombre Solar" y aquella otra en la que el mismo maravilloso don José exclamaba: "La prosa que lo cante ha de ser apretada y movable, como sus batallones cuando daba en ellos el sol".

Después del canciller habló uno de los más ilustres escritores de Cuba: Emeterio S. Santovenia. El discurso de esta gran figura de las letras cubanas resulta demasiado corto, por lo hermoso, y nos deja con las ganas de seguirlo por nuestra cuenta, pero hemos de abandonar, por pretenciosa, la empresa. Recordemos una de sus frases: "El nombre de Sucre no cesará de ser repetido como uno de los más ínclitos de la comunidad de naciones de que el prócer fue precursor con las potencias de su cuerpo y su espíritu y es mantenedor con la acción heroica de sus luces y afanes".

En seguida del Senador Santovenia —senador por Pinar del Río— habló nuestro Ministro el doctor Carlos Álamo Ibarra. Conceptual por momentos, el discurso del doctor Álamo fue más que todo una pieza de lírica emotividad; llega a encontrar una similitud sorprendente, "en su esencia pura" entre la conducta de Martí y la de Sucre, similitud que comprueba plenamente en el alcance generoso de la estrofa inmortal del apóstol: "Cultivo la rosa blanca..." y la magnanimidad de Sucre ante sus adversarios vencidos.



Fue un digno acto el de la cancillería; digno de Sucre y de Cuba. A su terminación, los cañones de la fortaleza de La Cabaña saludaron con veintiuna salvas el nombre del vencedor en Ayacucho.

No se concretó la conmemoración a ese hermoso acto. Debo también recoger —para que lo sepan los que lean estas campanadas— que a las doce del día del 3 de febrero, todas las campanas de la arquidiócesis de La Habana se echaron al vuelo en un repique general en honor del mariscal, por sugerencia del arzobispo doctor Manuel Arteaga. Y es bueno recordar que este arzobispo de La Habana fue durante algún tiempo cura de la iglesia de Santa Inés de Cumaná.

A las cinco de la tarde del día tres se bautizó con el nombre de Antonio José de Sucre la escuela primaria superior del Vedado, situada en las calles 23 y 24. No estaría mal que nuestro despacho de educación regalara algunos libros a esa escuela.

Finalmente, debía surgir del estudiantado la idea más generosa: La Federación de Estudiantes Universitarios, que preside ese dinámico y talentoso Manolo Castro, ha lanzado la idea de erigir un monumento al Mariscal, en la ciudad de La Habana, costeadado por los estudiantes de toda la América; y se ha dirigido al presidente del Senado para que someta ese proyecto a la consideración del Cuerpo; al mismo tiempo, se ha puesto en comunicación con todas las organizaciones estudiantiles del continente, pidiéndoles cooperación al logro de ese homenaje de amor

de la juventud americana a quien fuera el primer discípulo del genio.

Me es muy grato dar estas reseñas a mis compatriotas, de cómo se rindió homenaje a nuestro mariscal de América en la tierra de nuestro apóstol.

Caracas, 27 de febrero de 1945.



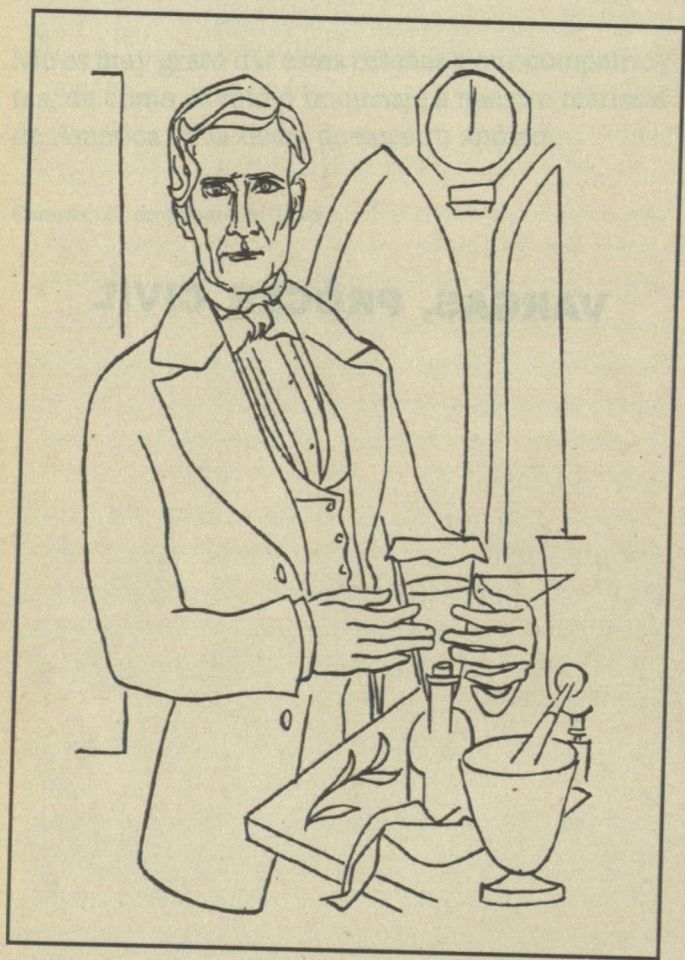
## **VARGAS, PRÓCER CIVIL**

El doctor Vargas, quien ha sido uno de los hombres más importantes de la vida política y social de la Argentina, ha fallecido a las 10.30 horas de la mañana, víctima de una enfermedad que lo aquejaba desde hacía algunos días. Su muerte ha causado un profundo dolor en el corazón de todos los argentinos, quienes lo recordarán como un hombre de gran valía y de gran corazón. Sus restos mortales serán velados en la casa de su hijo, el doctor Carlos Vargas, y serán sepultados en el cementerio de la Chacarita.

El doctor Vargas nació el 10 de marzo de 1884 en la ciudad de Buenos Aires. Fue uno de los hombres más importantes de la vida política y social de la Argentina, y su muerte ha causado un profundo dolor en el corazón de todos los argentinos.

El doctor Vargas fue uno de los hombres más importantes de la vida política y social de la Argentina, y su muerte ha causado un profundo dolor en el corazón de todos los argentinos.

El doctor Vargas fue uno de los hombres más importantes de la vida política y social de la Argentina, y su muerte ha causado un profundo dolor en el corazón de todos los argentinos.





## **VARGAS: UN SÍMBOLO CLÁSICO Y UNA FÓRMULA ACTUAL**

Plaza Vargas, La Guaira,  
3 de marzo de 1937

Cuando acepté la misión que se me ofrecía de venir aquí, a comentar frente a ustedes la vida del mejor hijo de esta casa, realicé un acto de conciencia. Yo sabía desde hace tiempo, lo que tenía que decir hoy. Ni siquiera tuve necesidad de buscar las palabras en mí. No hice más que abrir los oídos y tender las manos para recogerlas. Ellas estaban en el aire de Venezuela, llovían de los tejados y de las hojas de los árboles, iban empolvadas por todos los caminos y destilaban, como una sentencia, de la lengua sin pactos de la historia. Vengo lleno de voces que redondean mi voz. Vengo a la casa de Vargas y en el zaguán encuentra mi palabra un millón de palabras vestidas como ella, con el pañuelo color de viento, las alpargatas color de marcha y el camión color de patria.

Pero, antes de venir aquí, quise enfrentarme al hombre con el temor de no poder con él. ¡Y me fue tan

fácil, tan liviana la carga! Porque eso es característico de esa clase de hombres grandes: mientras más densos en el contenido, más fáciles de contener. Decía un místico, que cuando él se sentía más lleno de la grandeza de Jesús andaba más liviano, sus pies marchaban ágiles y sus pulmones se llenaban de brisa. Porque la presencia de la virtud plena en el corazón infunde seguridad, limpia y orea; se realiza la comunión del modelo y el alma que lo contempla, y realizada ella, luce el espíritu esa honrada seguridad de las casas que duermen con las ventanas abiertas.

Al enfrentarme al hombre, fui a sus estatuas, y a sus retratos, para fijar en mí la imagen del patricio. Pero el retrato y la estatua son instantes inmovilizados. Sólo frente a su bronce de la Universidad creí entreverlo en su momento fundamental. Me miraba el hombre de bronce y yo sentía su mirada y sus palabras irse fundiendo en bronce, a medida que caían de la boca del inquebrantable sobre la cabeza, del sargento sublevado. Entonces recordé la lección que he recibido varias veces con voluntad cordial de rectificar. Recordé la crítica acertada que muchos compatriotas han hecho de esa manera paupérrima que hemos tenido algunos de enfocar a ciertos hombres virtuosos aislándolos en una nube de virtud impoluta, despojándolos, por ignorancia o entusiasmo místico, de su magnífica fuerza espiritual. En mi adolescencia pequé y lo que es peor, me sentí orgulloso del pecado, cuando colgué a mi terrible paisano, al terco y rectilíneo Mariscal de Ayacucho, de la nubecilla de un palomar poético, confiriéndole la categoría de querubín avicultor:



*"El blanco Mariscal de las Palomas  
y el agudo Simón de las espadas..."*

Poema de adolescencia que recomiendo no leer a los adolescentes de hoy. El que eso escribió ignoraba el valor indomable, la tranquila majestad, la robusta beligerancia de esas virtudes de pie. ¿Qué valor, qué potestades, qué fusiles de Voltígeros, qué puñales de Canijo podrían desviar la mirada de ese hombre, clara como el agua, derecha como la justicia, y terrible como la verdad?

Decía que frente a su bronce de la Universidad creí entreverlo en el momento fundamental. Pero no era allí donde podía encontrar todo lo que andaba buscando para una síntesis de su hondo significado nacional. Y fue, amigos, instantes después, a pocos pasos de allí, cuando encontré de pronto la metáfora del hombre en su tierra. Fue al salir de la Universidad. Volví los ojos involuntariamente hacia la torre gótica y tropezaron mis ojos con el reloj. Allí estaba la respuesta en el símbolo. Vargas no es simplemente un grande hombre, Vargas no es simplemente el más puro de nuestros Magistrados. Vargas es una hora, es una hora en un reloj, una hora pasada, presente y futura, cíclica, declinante y vigente, en órbita fatal sobre nosotros, una hora con vigencia imprescriptible, una hora que suena con periódica angustia en la conciencia venezolana. Frente al símbolo, me afirmé en mi concepto de lo clásico, concepto que, surgido del campo artístico, se hace más vigoroso en el campo de la política. Clásico no es, como creen muchos, lo ejemplar según modelos

pasados, sino lo ejemplar según el modelo presente. La obra clásica del siglo de oro es clásica porque contiene en perfecta equivalencia la vida y el sentido del siglo de oro. La obra clásica de Grecia es la presencia y actualidad de Grecia. La obra clásica de hoy ha de ser la presencia de la hora actual en clásica interpretación y clásica presentación. Es lo que expresa Ortega y Gasset diciendo: "Actual, es decir, clásico, es decir, moderno". Ahora bien, lo clásico de los románticos y lo romántico de los clásicos se comprenden muy bien en nuestros hombres del siglo pasado. Frente al clasicismo inmovilizante, museal, anquilosado, de los eternizadores del hecho histórico, surgen los hombres de la hora, producidos por la hora. Vargas es toda una respuesta a su momento, un acudimiento a la solicitud de su tiempo, un clásico de la especie de injertada de romántico que reclamaban estas patrias resacas de ignorancia, ávidas de lluvia espiritual.

Ahora bien, en virtud del trágico rodeo que al través de tantas luchas y alrededor de tantos vivaques ha tenido que dar la democracia para acercarse a nosotros, Vargas sigue siendo un símbolo clásico y una fórmula actual.

Recorramos su vida en breve comentario. Toda ella refleja la esperanza del pueblo recién nacido y ha quedado en promesa suspensiva como la hora del reloj en la torre de la Universidad.

Colegial porcionista en el Seminario Tridentino, maestro en artes, bachiller, licenciado y doctor. Per-



mítanme que me traslade al campo lírico para recordar que su primera clientela y las primeras vidas que salvó como médico, fueron de Cumaná, a la que llamó tierra de su corazón. También mi padre, mi abuelo y mi hermano fueron médicos de Cumaná y veo sus sombras detrás de la sombra del maestro cruzando la sabana de Caigüire, trenzando ranchos, empatando ayes con alivios y quebrantos con bendiciones. Quizá a la novia de mi bisabuelo le habló un día de la ciencia del corazón para explicarle la extraña relación de la violencia del latido con la proximidad de un caballo. Quizá puso en los labios de mi abuela Escalante la primera ración de sal de Araya. No es un monocultivado, como la mayoría de nuestros profesionales. Su preocupación le universaliza el pensamiento. Razetti ha de repetir esa expresión inquieta. Piensa en la patria. Nunca pensará sino en ella. Quizá más grande, por lo menos, más hondo, se nos presenta como propugnador de la filosofía racionalista, del método inductivo experimental. Cae y se siente en delicia bajo el imperio de la naturaleza que debía engendrar también el genio de Bolívar. Por eso traduce *El Contrato Social* y lo lee a sus amigos en tertulias clandestinas. Iba haciendo a los hombres que debían llevar la bandera de las ideas. Es precursor de logias revolucionarias. Sirve con entusiasmo a la Junta de Cumaná y la Suprema de Caracas después del 19 de abril; vuelve a La Guaira y allí lo encuentra el terremoto; allí sudó sobre las ruinas de su propia casa, arrastrando muertos, curando heridos, marchando largas distancias sin flaquear, para llevar el pan a los hambrientos. La Guaira le aclama; su Municipalidad le expresa su gratitud y reclama su permanencia. Vuelve a Cumaná meses después y regresa a La Guaira, pero

ya no a La Guaira sino a las bóvedas de La Guaira, donde le envía Cervériz a pagar su devoción a la patria. Mi bisabuelo Escalante venía preso con él. La entrada del Libertador a Caracas le salva y piensa entonces en dar su aporte racional a la nueva nación. El no es guerrero. Es médico, es sabio. Va a Europa a prepararse para venir a ilustrar cabezas y a preparar corazones nuevos en su tierra. Nunca le abandona, ni en cartas, ni en diarios, ni en memoriales, la preocupación de Venezuela. Allá se hace sabio, en todo: en medicina, como en historia, en literatura como en botánica. Regresa a Puerto Rico. En esa isla, no descansa. Es cirujano, ensaya nuevos tratamientos para la fiebre amarilla, tifoidea y endemias tropicales. Y es naturalista. Mientras tanto, piensa en la patria. Para ella, para enriquecer su colección de plantas en flor, se junta a Augusto Plee. Va el hombre nuevo, por bosques y campos de la isla vestido de herbolario, saltando breñas y pedregales, buscando una flor para su patria con la misma emoción con que su abuelo Guaicaipuro buscaba una flor para su india. De San Thomas escribe a su hermano: “¡Cuánto ansío ir a colocarme entre los míos para tributarles todo cuanto pueda y poner a su disposición mis pocas luces, mis libros, etc.! ¡Éste es el objeto de mis inquietudes; lográndolo, ya nada más tengo que desear!”.

Vuelve a Caracas. De su correspondencia citaré una carta: la que escribe al comandante de las armas en 1829, como médico del hospital militar, pintándole la situación en que ingresó al instituto el soldado Manuel García, del batallón Anzoátegui, después del castigo de cincuenta palos dados en el cuartel. “No con-



virtáis la pena de azotes en pena capital y ésta en una más cruel y lastimosa que la ejecutada en un pronto suplicio". Y le habla de "la higiene y cuido del soldado, de las marchas forzadas e innecesarias al sol, llevadas a efecto por la vara de los cabos y aplicadas con sevicia, y en fin, otros descuidos que al mismo tiempo ofenden a la humanidad y se oponen a la conservación del soldado". Ese Manuel García era la patria que cruzaba los Andes, peleaba en Carabobo y llama "taita" al Libertador. Ése era el gran ejército, ése era los "Bravos de Apure" y "Rifles" y el "Batallón Vencedores en Araure". Y no esperaba nada, sino la libertad, con su caballo entre las piernas y su muchacha en el corazón. Ese Manuel García, mientras pasaban los héroes afortunados luciendo la Cruz de los Libertadores o el Sol del Perú, quedaba boca arriba en la sabana hasta que la noche de su América libre le fuera prendiendo en el pecho desnudo la condecoración de las estrellas. Yo nunca he llamado Juan Bimba a Juan Bimba por imbécil sino por Manuel García.

En 1826 se ponen de relieve el republicano puro y el filósofo racionalista, cuando Vargas emite su opinión acerca del folleto *La Serpiente de Moisés*, folleto clerical que preconizaba la intolerancia religiosa. Vargas está allí admirable. Ataca el folleto cavernario, pero no quiere que se prohíba su circulación. Escuchémoslo: "Gracias a la ilustración del día, tales hechos sólo se perpetúan en la memoria de los pueblos como monumentos de escándalo cuya sola idea horroriza. Los crímenes públicos, la inmoralidad de los pueblos no nacen de la profesión de esta o aquella religión. Dependen inmediatamente de su educación e ilustración y

además de los efectos de una buena legislación. Sacamos en último análisis que no la tolerancia sino la intolerancia, embarazando la ilustración de los pueblos, es la que inflige muchas de las manchas feas con que se presenta su cuadro moral. Desengañémonos: el horror a los extranjeros, la rigurosa intolerancia que se observaba en estos países de la América española era un resultado necesario de la política del gobierno español, abusando de la santidad de la religión para sus miras de dominación perpetua y exclusiva". Así ataca el folleto; pero, después, con admirable ecuanimidad, se opone a su prohibición. "El escrito —dice— es subversivo, ataca la constitución fundamental, las leyes y tratados de Colombia. Pero ¿escribir contra las leyes fundamentales y particulares de Colombia es excitar a la rebelión y perturbación de la tranquilidad pública? Creemos que no, con tal que sólo se discuta la justicia o injusticia, la conveniencia o perjuicio, la oportunidad o inoportunidad de ellas... La ley no tiende a impedir las divagaciones del entendimiento humano ni los extravíos de la razón. La libertad de la imprenta basta, ella produce por sí el lleno de sus efectos. Mucho pesa en nuestro juicio la necesidad de conservar ileso este pedestal de toda reforma saludable, este sostén de todas las libertades". Así hablaba Vargas y el hombre que así hablaba no podía prevalecer entre los mariñistas de 1835.

Sigamos su vida: La Universidad. Es emanación de su espíritu. Por sus claustros ambula su voluntad creadora de Rector, por sus patios se mueve, enamorada y vigilante, su alma eternamente universitaria como un bedel romántico. Su bronce, de pie, es el emblema de



la casa; su cabeza es el emblema del estudiantado: cuando el cielo es crepúsculo, le ciñe el gorro frigio de un Ribas; cuando el cielo es azul, le ciñe la boína del otro.

Fundador de los estudios médicos y del protomedicato, reformador de la instrucción, redactor de un memorable código, transformador del seminario en una academia de ciencias, restaurador del tesoro universitario; abrió las puertas del grado académico a todas las razas y a todos los colores; fundó la academia de matemáticas, la filosofía moderna, el derecho práctico, la biblioteca de la Universidad. En todo deja su huella, por todos los rincones de la magna casa. Y esto no le impide enviar flores nuevas a Fermín Toro y ver llegar de Europa su nombre en una trepadora: la *Vargasia* y estudiar el urao y los minerales de la tierra y las maderas de los bosques. Y después ha de ser la escuela de agricultura y el colegio de mujeres y las escuelas en los cuarteles y la preconización de la escuela gratuita y obligatoria y del control absoluto del Estado sobre la educación y el proyecto de la academia de derecho... Pero, pasemos de largo. Pasaríamos horas y días comentando al sabio ávido de darse a su tierra. Lleguemos a la hora de angustia que nos dio el viejo reloj.

Repetiré lo que he dicho antes de ahora acerca del problema eleccionario de 1834. Cuatro candidatos perfectamente definidos: Vargas, civil absoluto; Mariño, militar absoluto; Urbaneja, civil-militar y Soubllette, militar-civil. Lo acertado habría sido elegir a Soubllette, hombre de transición entre la gesta heroica y la gesta

ciudadana. Se cometió el error de saltar de Páez a Vargas y así se produjo la primera decepción nacional al convencerse el país de que sin la lanza de Mucuritas no habría hombre seguro en la silla presidencial.

Pero fuera antes o después de Soublette ¿cuál era la hora de Vargas, la hora del poder civil, y cuál es, a lo largo de nuestra historia? No fue la de Gual, apresado como Vargas en la misma casa de Camejo; ni fue la de Guzmán, que tuvo que ceñir el sable durante toda su actuación, ni la de Rojas Paúl, fugaz como las ilusiones del 35, ni la de Andueza, manchado de continuismo. La hora de Vargas está esperándose a sí misma en un viejo reloj, entre un minuto de angustia y un horario de esperanza. Hoy asistimos al comienzo de un proceso semejante al de 1834. Fenece un ciclo militar atropellante; comienza una etapa de transición que, históricamente, debe conducir en el próximo período constitucional a la hora de Vargas, a la consagración del poder civil. Venga una vez más el relato de la escena más dolorosa de nuestra vida política del episodio culminante de la tragedia en la lucha entre el guapo y el justo, entre el civismo indemne y la barbarie con cuchillo. Y que en el promedio de una etapa de transición racional, mi voz, aquí, frente a mi pueblo, tome del pueblo mismo, del día consagrador en que resuena, y de la áspera majestad del mar y las montañas que encierran la cuna de José Vargas, la resonancia de una honrada y solemne llamada a las advertencias de la historia en su oficio creador de porvenir. Y al refrescar la escena del salvaje atentado ustedes y yo cumplamos la misión del barco en el puerto, función de



conciencia que se descarga frente a las responsabilidades del futuro.

“El derecho, señor doctor, viene del hecho; una revolución produjo el Gobierno que Ud. ha servido; esto producirá otro, que más tarde se llamará de derecho”. “¡No! Usted me habla de la voluntad futura de la Nación, yo le hablo de la presente. Si el derecho viene después del hecho, ha de ser un hecho grande, nacional, en el estado primitivo de la sociedad y no el hecho tumultuario de una guarnición militar...”. “¡El mundo es de los valientes!”. “¡No! El mundo es del hombre justo; es el hombre de bien y no el valiente el que siempre ha vivido y vivirá feliz sobre la tierra y seguro sobre su conciencia. Mantendré esta potestad constitucional mientras deba hacerlo, mientras que una fuerza que yo no pueda superar me prive de ella; pero ni esta misma fuerza me arrancará nunca un acto impropio de mi honor ni de la dignidad nacional”. El indio Sorocaima no habría dicho nada más valiente si hubiera hablado cuando tendió la mano.

Vargas era el estorbo para la marcha del sistema de privilegios creado por la guerra en beneficio de los generales libertadores. Era la idea nueva y subversiva que venía a reclamar para los aptos, para los preparados, para los hombres de la paz la dirección de un país que los mariñistas consideraban el botín natural legado por los españoles a los bravos que se habían “quemado el pecho”. Vargas fue el ensayo para probar a la Nación que sólo la espada podía conducirla; él y los civilistas eran la reprobación agitadora contra el

estado de hecho feudal, y su resistencia fue el pretexto para la legalización aparente de la brutalidad. Después lo harán con Gual. Siempre necesitarán los individualismos absorbentes, de una fuerza contraria para fundar sus ratificaciones. Más útil, por más subversivo, que Soublette, Vargas les era necesario para demostrar la necesidad del sable y acaso escamotear la autoridad de Páez, sostenedor de una intención civil. Cuenta Carlton Beals una anécdota que corta con el filo y con el lomo: en un pueblo de México encontró a una anciana que vendía cacharros bajo el sol ardiente. Movido de piedad le propuso comprarle todos los cacharros y ella le dijo: "No puedo, señor; le venderé algunos, pero si se los vendo todos ¿qué haré mañana?, ¿cómo vendré aquí a gritar y a conversar?". Éste es el caso de los mariñistas y de los retrógrados de todos los días. Si llegara a anunciarse que en Venezuela no existe ya ni un solo inconforme, ni un solo rebelde, ni un solo agitador, estoy seguro de que no faltarían fuerzas tenebrosas interesadas en la permanencia de un sistema de temor que se apresuran a encargar al extranjero tres o cuatro agitadores, para poder justificar sus editoriales pequeños y sus denuncias mezquinas.

Vargas era lo que se oponía a la pervivencia de Mariño, del hombre providencial, de ese hombre que a cada nueva conquista traída por leyes de evolución natural se alza contra la naturaleza, y le dice: "Esto lo hice yo". Al lado del patricio, frente a Carujo, a Diego Ibarra, a Justo Briceño y a Briceño Méndez, Juan de la Cruz Paredes, el de Las Queseras, fue el soldado de la idea



frente al soldado de la opresión, fue el ejército en lo que representaba la verdadera majestad del ejército, guardián de los principios y de los derechos inmanentes de la Nación y no guardia personal de un caudillo con suerte, especie de distribuidor del bien y el mal, erguido en actitud providente, mientras el pueblo de donde todo venía y adonde nada iba quedaba como ha vivido, entre la voluntad de un hombre y la misericordia del tiempo.

Escuchemos dos cláusulas del testamento de Bolívar: "Es mi voluntad que las dos obras que me regalaron mi amigo el coronel Wilson y que pertenecieron a la biblioteca de Napoleón, tituladas "El Contrato Social" de Rousseau y "El Arte Militar" de Montecuculi se entreguen a la Universidad de Caracas. Nombro por mis albaceas testamentarios a los señores General Pedro Briceño Méndez, Juan de Francisco Martín, Dr. José Vargas y General Laurencio Silva" y recordemos el legado que de todos sus libros, instrumentos y en general de todos los frutos de su sabiduría hizo Vargas a la Universidad de Caracas. Y reflexionemos. En los dos libros que legaba Bolívar estaba contenida toda la lucha; de sus albaceas, Vargas llevó a la Universidad "El Contrato Social", abrió sus páginas y echó a la tierra la semilla. Briceño Méndez y Laurencio Silva llevaron "El Arte Militar" a la casa del justo para ultrajar en él la dignidad de Venezuela y lo que es más hermoso en la herencia de Bolívar: la fórmula renovadora del imperio sagrado de la naturaleza. La exacta compenetración, la armoniosa interferencia de los dos libros legados por Bolívar y del inmenso legado de Vargas están suspen-

didadas con fuerza de advertencia sobre el escenario de la vida civil venezolana. Precisa que todos captemos con honrado desprendimiento el ritmo y el rumbo de las aspiraciones nacionales. Aquí en la ciudad de Vargas, bajo el sol de fuego que lo vio nacer, sepa a promesa el voto que hagamos de caminar hacia su hora. No importa lo dulce o lo amargo de la historia pasada y presente si frente al bronce del apóstol se afirma la voluntad. Recordemos que estamos hablando para nuestros hijos. La arepa es de los hombres pero el maizal es de los niños. Este mar y esa montaña se saben de memoria a los grandes tercios y a los grandes inquietos. ¡Cuántos rumbos, cuántos destierros, cuántos regresos ha visto esta costa! El mar sabe más que el Continente de la angustia de los Libertadores. Miranda y la escuadrilla, Bolívar y las expediciones, y Vargas y Páez y Gual y Pérez Bonalde que gritan ¡tierra!, y los expedicionarios de todas las aventuras, todo eso nos habla de marcha, de sigilo, de angustia y el Ávila mismo que tiene malabares de espuma en la costa y espuma de malabares en el valle no es lección de inmovilidad sino atalaya de viajes, signo de travesía, imperativo de navegación.

La Guaira es complicada y difícil de transitar, como esos hombres de pocas palabras y corazón derecho. Recuerda antiguas ciudades castellanas. En sus viejos callejones, en sus vueltas y revueltas se me ha ocurrido pensar que recorriéndolas todas con un hilo de Ariadna, y volviendo al punto de partida, podríamos sacar por encima de las casas un encaje maravilloso. Y con ese otro encaje que hacen las quillas entrecruzando trayectorias en la rada, desplegaría-



mos todo el programa de la bordadora. Trasunto del trabajo sería ese encaje sin igual; y eso es este hombre cabeza empecinada, cabeza que es taller de propósitos y de realizaciones.

Una vez dijo un hombre que iba a ser guillotinado lejos de la mujer amada: "Prefiero tener la cabeza separada del cuerpo y no el cuerpo separado del alma". El cuerpo aquí es la tierra; y el alma es la libertad. Cuando esta tierra porteña perdió su primera cabeza porque el alma se iba, la retoñó en la otra cuando el alma volvió. Y así fue muerte y resurrección de un ideal americano: en la cabeza de José María España y en la cabeza de José María Vargas.





## LA HORA DE VARGAS

La Guaira, puerto de mar, difícil de levar y de anclar, áspero, como el encuentro de una ola con una piedra, fue la cuna de dos hombres que representan el comienzo de dos navegaciones, la encarnación de dos angustias: José María España y José María Vargas. El primero, precursor de la Independencia Política de la América Meridional; el segundo, Precursor de la Independencia Civil de Venezuela. El primer José María es el bautismo de sangre de la Emancipación; el segundo, es la comunión de Venezuela con la responsabilidad. Cuando abortó el primer movimiento libertador, le cortaron la cabeza a José María España; cuando abortó el ensayo civil, con la destitución de Vargas, le cortaron la cabeza a la República. Ambas cabezas retoñaron en la conciencia de las nuevas generaciones. Y hoy, en la hora caliente de fe, con la Democracia que camina hacia su victoria definitiva, el Apologista llega a la casa de Vargas y habla ante los hombres que nacieron a la orilla del mar, junto a la raíz inexhausta de los dos Precursores.

—Ni siquiera tuve necesidad de buscar las palabras en mí. No hice más que abrir los oídos y tender las manos para recogerlas. Ellas estaban en el aire de Venezuela, llovían de los tejados y de las hojas de los árboles, iban empolvadas por todos los caminos y desfilaban, como una sentencia, de la lengua sin pactos de la Historia. Vengo, lleno de voces que redondean mi voz. Vengo a la casa de Vargas y en el zaguán encuentra mi palabra un millón de palabras vestidas como ella, con el pañuelo color de viento, las alpargatas color de marcha y el camisón color de patria. Pero, antes de venir aquí, quise enfrentarme al hombre con el temor de no poder con él. ¡Y me fue tan fácil, tan liviana la carga! Porque eso es característico de esa clase de hombres grandes: mientras más densos en el contenido, más fáciles de contener. Decía un místico, que cuando él se sentía más lleno de la grandeza de Jesús, andaba más liviano, sus pies marchaban ágiles y sus pulmones se llenaban de brisa. Porque la presencia de la virtud plena en el corazón infunde seguridad; limpia, y oreá; se realiza la comunión del modelo y el alma que lo contempla, y realizada ella, luce el espíritu esa honrada seguridad de las casas que duermen con las ventanas abiertas.

Al enfrentarme al hombre, fui a sus estatuas, y a sus retratos, para fijar en mí la imagen del patricio. Pero el retrato y la estatua son instantes inmovilizados. Sólo frente a su bronce de la Universidad creí entreverlo en su momento fundamental. Me miraba el hombre de bronce y yo sentía su mirada y sus palabras irse fundiendo en bronce, a medida que



caían de la boca inquebrantable sobre la cabeza del sargento sublevado.

Entonces recordé la lección que he recibido varias veces con voluntad cordial de rectificar. Recordé la crítica acertada que muchos compatriotas han hecho de esa manera paupérrima que hemos tenido algunos de enfocar a ciertos hombres virtuosos, aislándolos en una nube de virtud impoluta, despojándolos por ignorancia o entusiasmo místico, de su magnífica fuerza espiritual. En mi adolescencia<sup>1</sup> qué y lo que es peor, me sentí orgulloso del pecado, cuando colgué a mi terrible paisano, al terco y rectilíneo Mariscal de Ayacucho, de la nubecilla de un palomar poético, confiriéndole la categoría de querubín avicultor. El que eso hiciera ignoraba el valor indomable, la tranquila majestad, la robusta beligerancia de esas virtudes de pie. ¿Qué valor, qué potestades, qué fusiles de Voltijeros, qué puñales de Carujo podrían desviar la mirada de ese hombre, clara como el agua, derecha como la Justicia, y terrible como la verdad?

Decía que frente a su bronce de la Universidad creí entreverlo en su momento fundamental. Pero no era allí donde podía encontrar todo lo que andaba buscando para una síntesis de su hondo significado nacional. Y fue, instantes después, a pocos pasos de allí, cuando encontré de pronto la metáfora del hombre en su tierra.

Fue al salir de la Universidad. Volví los ojos involuntariamente hacia la torre gótica y tropezaron mis

ojos con el reloj. Allí estaba la respuesta en el símbolo. Vargas no es simplemente un grande hombre, Vargas no es simplemente el más puro de nuestros Magistrados. Vargas es una hora, es una hora en un reloj, una hora pasada, presente y futura, cíclica, declinante y vigente, en órbita fatal sobre nosotros, una hora con vigencia imprescriptible, una hora que suena con periódica angustia en la conciencia venezolana.

Frente al símbolo, me afirmé en mi concepto de lo clásico, concepto que, surgido del campo artístico, se hace más vigoroso en el campo de la política. Clásico no es, como creen muchos, lo ejemplar, según modelos pasados, sino lo ejemplar según el modelo presente. La obra clásica del Siglo de Oro es clásica porque contiene en perfecta equivalencia la vida y el sentido del Siglo de Oro. La obra clásica de Grecia es la presencia y actualidad de Grecia. La obra clásica de hoy ha de ser la presencia de la hora actual en clásica interpretación y clásica presentación.

Es lo que expresa Ortega y Gasset diciendo: "Actual, es decir, clásico, es decir, momento". Ahora bien, lo clásico de los románticos y lo romántico de los clásicos, se comprenden muy bien en nuestros hombres del siglo pasado. Frente al falso clasicismo inmovilizante, museal, anquilosado, de los eternizadores del hecho histórico, surgen los hombres de la hora, producidos por la hora.

Vargas es toda una respuesta a su momento, un acudimiento a las solicitudes en su tiempo; un clásico de la especie injerta de romántico que reclamaban



estas patrias resecas de ignorancia, ávidas de lluvia espiritual.

Ahora bien, en virtud del trágico rodeo que al través de tantas luchas y alrededor de tantos vivaques ha tenido que dar la Democracia para acercarse a nuestros Gobiernos, Vargas sigue siendo un símbolo clásico y una fórmula actual. Su vida refleja la esperanza del pueblo recién nacido y ha quedado en promesa suspensiva, como la hora del reloj en la torre de la Universidad.

¿Cuál era la hora de Vargas, la hora del Poder Civil, y cuál es a lo largo de nuestra historia? No fue la de Gual, apresado como Vargas, en la misma casa de Camejo; ni fue la de Guzmán, que tuvo que ceñir el sable durante toda su actuación; ni la de Rojas Paúl, fugaz como las ilusiones del 35; ni la de Andueza, manchada de continuismo. La hora de Vargas está esperándose a sí misma, en un viejo reloj, entre un minuterero de angustia y un horario de esperanza.

Vargas era la idea subversiva, que venía a reclamar para los preparados, para los hombres de la Paz, la dirección de un país que los oligarcas consideraban suyo y los mariñistas el botín natural tomado a los españoles por los bravos que se “habían quemado el pecho”. Para éstos, Vargas fue el ensayo destinado a comprobar que sólo la espada podía conducir a la Nación; él era la reprobación agitadora contra el estado de hecho feudal y su resistencia fue el pretexto para la legalización aparente de la brutalidad. Más útil, por más subversivo, que Soubllette, Vargas

era necesario a la Oligarquía para demostrar la autoridad del sable, y acaso escamotear la autoridad de Páez, sostenedor de una intención civil. Cuenta Carlton Beals una anécdota que corta con el filo y con el lomo: en un pueblo de México encontró a una anciana que vendía cacharros bajo el sol ardiente. Movido de piedad, le propuso comprarle todos los cacharros y ella le respondió:

—No puedo, señor. Le venderé algunos. Pero, si se los vendo todos ¿qué haré en el resto del día?, ¿cómo haré para quedarme y gritar y conversar en esta plaza?

La Oligarquía necesitaba a Vargas, a Gual, como la anciana de México necesitaba sus cacharros; si llegara a anunciarse, en 1835, como en 1936, que en Venezuela no existía ya ni un solo inconforme, ni un solo agitador, las fuerzas interesadas en la permanencia de un sistema de temor, se apresurarían a encargar al extranjero tres o cuatro agitadores, para poder justificar ese sistema.

Vargas era lo que se oponía a la pervivencia del hombre providencial, de ese hombre que, a cada nueva conquista traída por la acción del conglomerado o por leyes de evolución natural, se alza contra la naturaleza y le dice:

—Eso lo hice yo.

Al lado del Patricio, frente a Carujo, a Diego Ibarra, a Justo Briceño y a Briceño Méndez, el Ejército llegó a mostrar lo que fue y lo que ha vuelto a ser en la



hora presente. El Ejército estuvo en Juan de la Cruz Paredes, soldado de "Las Queseras del Medio", defensor del principio representado en Vargas, soldado de la idea, frente al soldado de la opresión; fue el Ejército, más que los guerreros manejados por la Oligarquía, guardián de los derechos de la Nación y no Guardia personal de un Caudillo con suerte, especie de distribuidor del bien y del mal, centro providencial que lo hace todo, mientras el Pueblo, de donde todo venía y adonde nada iba, quedaba como ha vivido durante más de una centuria, entre la voluntad de un hombre y la misericordia del Tiempo.

Recordemos dos cláusulas del Testamento de Bolívar: "Es mi voluntad que las dos obras que me regaló mi amigo, el coronel Wilson, y que pertenecieron a la biblioteca de Napoleón, tituladas: "El Contrato Social" de Rousseau y "El Arte Militar" de Montecuculi, se entreguen a la Universidad de Caracas. Nombro por mis albaceas testamentarios a los señores: general Pedro Briceño Méndez, Juan de Francisco Martín, doctor José Vargas y general Laurencio Silva". Y recordemos el legado que de todos sus libros, instrumentos y en general, de todos los frutos de su sabiduría, hizo Vargas a la Universidad. Y reflexionemos. En los dos libros que legaba Bolívar estaba contenida toda la lucha: "El Contrato Social" y "El Arte Militar". De sus albaceas, Vargas llevó a la Universidad el libro de Rousseau, abrió sus páginas y echó a la tierra la semilla. Briceño Méndez y Laurencio Silva, llevaron "El Arte Militar" a las manos de la Oligarquía, para ultrajar en el Justo la dignidad de Venezuela y lo que es más hermo-

so en la herencia de Bolívar: la fórmula renovadora del “imperio sagrado de la Naturaleza”. La exacta penetración, la armoniosa interferencia de los dos libros: Pacto y arma eficaz para defensa del Pacto, quedaron suspendidas con fuerza de advertencia sobre el escenario de la vida civil venezolana.

Aquí, en la ciudad de Vargas, bajo el sol de fuego que lo vio nacer, afirmemos el voto de caminar hacia su hora. No importa lo dulce o lo amargo de la historia pasada y presente, si en la raíz de Él se aferra la voluntad de nosotros. Este mar y esta montaña se saben de memoria a los grandes tercios y a los grandes inquietos. ¡Cuántos rumbos, cuántos destierros, cuántos regresos ha visto esta costa! El mar sabe más que el continente de los asuntos de la Angustia. Descubridores, Conquistadores, Miranda y la escuadrilla, Bolívar y las expediciones, el alma del Norte y el “Mayflower”... y Vargas y Páez y Gual y Pérez Bonalde que grita “¡Tierra!” y los viajeros de todas las aventuras, todos escribieron en la costa del mar, para dejarla no como lección de inmovilidad, sino como atalaya de viaje, signo de travesía, imperativo de navegación.

La Guaira es complicada y difícil de transitar, como esos hombres de pocas palabras y corazón derecho. Recuerda antiguas ciudades castellanas. En sus viejos callejones, en sus torcidos vericuetos, se nos ocurre, que, siguiéndolos todos con un hilo y volviendo al punto de partida, podríamos sacar por encima de las casas un encaje maravilloso. Y con ese otro encaje que hacen las quillas en el mar,



entrecruzando trayectorias, desplegaríamos todo el programa de la bordadora. Trasunto del Trabajo, ese encaje sin igual. Y eso fue y sigue siendo este hombre, José Vargas, cabeza empecinada, que se hizo mapa de propósitos y de realizaciones. Una vez dijo un hombre que iba a ser guillotinado lejos de la mujer amada: "Prefiero tener la cabeza separada del cuerpo y no el cuerpo separado del alma". El cuerpo aquí es la tierra: el alma, la Democracia. Cuando esta tierra porteña perdió su primera cabeza, porque el alma se iba, la retoñó en la otra, cuando el alma volvió. Y así fue, muerte y resurrección de un ideal americano, en la cabeza de José María España y en la cabeza de José María Vargas. Así habló el Apologista en la casa del Albacea y a la misma hora en que los estudiantes recogían, entre la Universidad y el Congreso, la expresión de la Estatua.

Caracas, 1942/*Vargas Albacea de la Angustia*.





## EL CODICILO

Está muerto. Por el balcón se meten los mil rumores de la ciudad pujante. En sus últimas horas se sumergió en el gozo de la gran ciudad, en el anuncio de su futura inmensidad. Poco antes de morir, su médico y amigo Eliseo Acosta le reconvenía suavemente al verlo cómo luchaba por sostener la pluma para seguir escribiendo.

—¿Para qué escribe tanto?

—Usted lo sabe. Usted sabe para qué escribo tanto. No estoy escribiendo; estoy terminando de escribir. Y no tendré tiempo de decirlo todo. Mire usted por ese balcón; está mirando al mundo en su expresión más activa. Nueva York. ¿Para qué se mueven tanto esos hombres? ¿Para qué trabajan tanto? Con moverse la mitad de lo que se mueven les bastaría para ganar la vida. Pero es que ellos no están simplemente ganándose la vida. Se están ganando una vida que ellos no han de ver. Están haciendo la vida de un gran pueblo que avanza. Yo no me estoy ga-

nando la vida. Estoy ganándoles un poco la vida a los que viven en mi tierra.

Salió de Venezuela en agosto de 1853. Su despedida de la Universidad fue su última operación quirúrgica; fue la amputación de su mejor mitad; la segunda viudez, para el desposorio con el silencio. Su despedida de La Guaira fue ya el principio de la agonía. La demostración que le hicieran en Puerto Cabello reanimó su optimismo. A bordo mismo empezó a trabajar. Y al llegar a Filadelfia, comenzó su peregrinación nuevamente. Era otra vez el estudiante detrás de la mariposa. Se bebía los libros nuevos, visitaba a los sabios, que le acogieron con veneración; emprendió el comentario de una obra de botánica; cuanto aprendía en sus visitas a los laboratorios, a las conferencias, a los hospitales, lo trasladaba a Venezuela en cartas a Gual, a Díaz, Rojas... Escribe en su Diario notas de Anatomía e Histología. Se olvida de su propio mal; hasta que el mal le detiene. En Nueva York, se acuesta definitivamente. Eliseo Acosta le atiende como un hijo. El 13 de julio de 1854, el Herbolario esconde la última flor de luz.

En torno al muerto, unos hombres esperan. Es la hora de abrir el Testamento. Hay lentos comentarios. Ya se habla de él, como de Historia. Ya se presienten las palabras que algún día dirán los grandes apologistas:

—“El dijo adiós a una República que espera, sin embargo, la prosecución de su interrumpida obra



por los republicanos del porvenir". (Morales Marcano).

—“El pretendió transformar el estado social y político de su época”. (Gil Fortoul).

Está abierto el Testamento. Sus herederos son los Labarte Vargas, hijos de su hermana y homónima Josefa María. Hay un legado que define al hombre: hace cosa de treinta y cinco años, antes de su regreso de Europa, Vargas recibe un préstamo de don Salvador González, en Cádiz; son doscientos ochenta y cinco pesos y cinco reales. Murió el acreedor y por los años de 1817, Vargas firmó una obligación para pagar al albacea, don Cristóbal García. Para la época en que el plazo de la obligación fenece, Vargas está en Puerto Rico y escribe a Cádiz. El albacea no contesta; abre investigaciones sobre el paradero de García o de los herederos de su acreedor; esta investigación se prolonga inútilmente. Ahora, en su testamento, Vargas, ordena pagar la deuda a la sucesión de González o a su alma si dentro de un año esa sucesión no aparece.

No olvida en su testamento a sus albaceas, a sus criados. Ordena que sus escritos científicos que están en su estante y tres baúles, se den a “alguno o algunos” jóvenes estudiosos de medicina. Todo lo que se roce con el Albaceazgo histórico de la preocupación, pasa al destino constructivo que él encarnó en su vida y prolongará más allá de su muerte. A la Universidad, sus libros, a la Universidad, sus mapas, a la Universidad sus preparaciones anató-

micas, su instrumental, sus laboratorios; su colección de mineralogía y geología para el Museo de Historia Natural. Lega dos casas para que sus rentas sean destinadas a la creación y sostenimiento de tres premios anuales destinados a los mejores trabajos en materias científicas...

Y lega su ensayo de Patria... Había nacido en el mismo año y en la misma cuna en que nació, con Gual y España, la primera intención revolucionaria; moría cuando estaban calientes todavía los pañales de la libertad de los esclavos. Su nueva Hazaña había injertado el Trabajo, la Justicia y el Saber en la cotización de los valores espirituales del Pueblo. Quiso ser —y lo fue— el grande hombre normal, asible e imitable. Quiso representar —y la representó— a la mayoría de los ciudadanos, por su sencillez. No quiso ser —y no lo fue— el genio brillante y súbito, que alucina o espanta, arrastra o maravilla. Quiso ser el americano medio, preparado por el esfuerzo y por ende, ejemplar, posible y ascendible. Mostró que el estudio y la Virtud hacen grandes ciudadanos, iguales a los próceres y a los Héroes.

Y por su contacto con Bolívar, llega a ser un camino que hace franqueable al Genio, que familiariza al Héroe, que acerca al Testador. Al través de él podrán los venezolanos persuadirse de lo humano del Hombre por excelencia, de lo fácil del Hombre de las dificultades. Cien años han vivido los pueblos en un pasmo inmóvil de adoración boliviàna; cien años exaltando la sombra de Bolívar. Al través de Vargas y de los hombres como Vargas, llega el pueblo a dejar por fin la sombra de Bolívar para acercarse a la luz de Bolívar, con familiar



sentido de su obra. Al través de esos hombres se comprende que la reparación suprema está en ir hasta la sed y hasta la oscuridad de los seres. En las manos del Médico Albacea, la Angustia de Bolívar asume una sencillez de receta. De una receta sin contraindicaciones para la sed y para la oscuridad: agua y luz, luz y agua: la receta del iris.

Ha terminado el testamento. Ya todo lo ha dejado. Desde su traducción del *Contrato Social* hasta su nueva traducción del valor ante Carujo, su vida ha sido la versión de América a una lengua de justicia social. Todo lo ha dado, después de buscarlo ávidamente, desde que sostuvo en sus manos la cuarta carabela. Por los campos, por los libros, por las alcobas de los enfermos, por los vericuetos de la política, siempre anduvo en afán descubridor. Bajaba ya, del otro lado de la cuesta, para la cita final del Albaceazgo y dejaba a su tierra hecha un Calvario; pero quedaban otros; y el pueblo ya estaba labradero.

Ya todo está legado y no hay nada más que dar. ¡Pero no! Todavía falta abrir el Codicilo, escrito en Nueva York el 30 de abril de 1854, hace menos de tres meses.

Y en medio de las demás disposiciones, surge, inesperadamente, el Descubridor; y surge el Herbolario coleccionista; y surge el niño detrás de la mariposa. Y con ellos, por encima de ellos, el Donador sin tregua; Vargas pide, reclama la autopsia de su propio cadáver:

“Mi amigo, el doctor Eliseo Acosta, está, no sola-

mente autorizado, sino rogado de hacer la inspección de mi cadáver para ilustrar las causas de una enfermedad rara, en beneficio de la humanidad...”.

¡Cómo habría deseado él que su enfermedad fuera bien rara, bien reveladora, bien enseñadora, así como una mariposa nueva, así como una planta de propiedades maravillosas, inédita, como una primera causa! Muerto, aún quería patronear su último descubrimiento. Y ofrecerlo, con el sentido augusto del Servicio. Y el Cirujano abriría su cadáver y encontraría en él su última lección, su último rendimiento; y allí, al lado de su enfermedad rara, cuyas causas debía revelar para el servicio de la humanidad, el Cirujano encontraría también, como ejemplar espléndido para el tesoro espiritual de América, su corazón, la flor del Herbolario.

Caracas, 1942/*Vargas Albacea de la Angustia*.



## **LA RAZÓN DE CARUJO**

El mundo es de los valientes.

No supo el nuevo Centurión, ni el nuevo Justo se dio cuenta de la profunda verdad de esas palabras. Porque el valiente es el Justo.

Procuramos tener a la vista la desnuda descripción que hace don Laureano Villanueva de aquellas horas definitivas de Venezuela. Fue el 9 de febrero del 35, el juramento, al encargarse Vargas de la Presidencia.

Pronunció en tal ocasión el Presidente del Congreso una frase que, después, al través de toda su historia política, ha estado reclamando este país: "Llegada Venezuela a su mayor edad, justo es que salga de la patria potestad, y que sin ver con tedio a los ilustres campeones que le dieron el ser, pruebe a gobernarse por sí misma, bajo los auspicios y consejos de sus padres". Y en la respuesta de Vargas flota, acaso involuntariamente, una sutil ironía que

gotea del fondo mismo de los vocablos: "Al tomar en mis débiles e ineptas manos las riendas del gobierno, que acaban de dejar las poderosas y expertas de mi antecesor, veo con asombro esta súbita transición".

Al referirse a riendas y a manos poderosas y expertas, deja asomar el símbolo del jinete, el domador de potros, que se apea del caballo todavía resabiado y lo ofrece al hombre de infantería. Acaso llegó a pensar entonces que las grandes revoluciones se hacen a pie y las grandes conquistas a caballo. Tal vez pensó Bolívar, bonguero en Orinoco, peatón en Jamaica, infante en Angostura, condensado, con más relieve que en las mismas batallas, el destino político del continente.

En su discurso impetra la ayuda del Congreso. Y ya la conciencia del sacrificio, la convicción del desastre, aparece en sus palabras. Se yergue, salvando su misión ejemplar, por sobre lo que él sabe que ocurrirá: "Si algunos males han de afligir a Venezuela durante el período de mi administración, sin que mis esfuerzos y sacrificios basten a evitarlos, pueda yo, exento de todo reato, implorar en mi favor la justicia nacional... Este pacto solemne, cuyas bases son los fundamentos de todos los gobiernos análogos al nuestro, lo invocaré siempre, no sólo como un escudo de mi responsabilidad, sino como el canon que encierra todas las obligaciones recíprocas...". Y así descargaba sobre los hombros de los verdaderos responsables el peso de la deslealtad al compromiso civil. El médico había llegado a la cabecera. La más importante de las reformas logradas por Vargas en la



Universidad —y ex profeso la hemos reservado para este capítulo— fue la de permitir que estudiaran y se graduasen en ella, los negros, los mulatos, los protestantes y los hebreos, sin distinción de color, raza, creencia o nacimiento. La segunda, por su importancia, fue el acceso de los médicos al Rectorado. Tal fruto había dado esa reforma: que un médico era ahora Presidente de la República.

Vargas fue reacio a aceptar la presidencia; pero una vez aceptada, demostró que no la temía por debilidad suya sino por filosófica convicción. En el ejercicio de la magistratura comenzó y terminó, afrontando toda contingencia; con indomable resolución. No quería la presidencia, pero cuando le pidieron que la dejara, se negó a ello, porque la petición provenía de la arbitrariedad y de la fuerza, y así, defendió, frente a todos los riesgos, la majestad constitucional de su investidura. ¿Renunciar él? Sí, por su deliberada voluntad. Pero, ¿renunciar porque se lo imponía el cuartelazo? ¡No!

No bien encargado del poder, empezó a trabajar; visitaba institutos y cuarteles, donó parte de sus sueldos, decretó una Comisión Redactora de Códigos, indultó a los revoltosos eleccionarios de Maracaibo, aprobóse una convención con Inglaterra y un tratado con Colombia, se legisló y decretó sobre monedas extranjeras, sobre puertos para importación y exportación, sobre fuerza permanente, sobre mapa de Venezuela, sobre apertura de caminos... Y surgió el primer accidente. Para la apertura de caminos, muelles, canales y puentes, el Congreso creaba un impuesto subsidiario. Vargas lo objetó, razonablemente. El Congreso, des-

pués de haber archivado el proyecto, lo resucitó, enviándolo para el ejecútese... Vargas alega, con justicia, que el Congreso había violado el artículo 96 de la Constitución; el Congreso responde airadamente, incultamente. Vargas renuncia a la presidencia. En su renuncia hay una oración que delata toda la situación: "Quise pulsar la empresa... pero carezco del poder". Y se repite su expresión favorita, reflejo de su ser: "en medio de las mayores angustias"... esta súplica tiene por objeto la conservación del bien público y por causa una conciencia decidida y firme que no puede quedar atormentada sin constituir la vida en un suplicio...". No fue aceptada su renuncia. La respuesta del Congreso es honrosa. Y continúa el ensayo. Comienza la elaboración de un proyecto de Código de instrucción; emprende la creación de colegios y escuelas, la formación de pequeñas "Sociedades de Amigos del País" en toda la República, la formación del censo. Pide auxilio para la inmigración, se empeña en la implantación del sistema métrico, expide un decreto sobre sanidad, crea comisiones de médicos para el estudio de las endemias en todo el territorio...

Y llegó lo que tenía que llegar. ¿Podían los hijos de la guerra, podían los jefes gloriosos, podían los dueños de la tierra y de la vida, contemplar por más tiempo al frente de la situación a un hombre a pie, con un libro bajo el brazo? Su elección ¿fue obra del pueblo o fue obra de la oligarquía, para mostrar al pueblo la realidad de las tutelas heroicas; o fue obra de los héroes, para enseñar al pueblo la ineficacia de los gobiernos civiles? El pueblo estaba allí, sin voz; dentro de la mis-









## **BOLÍVAR Y VARGAS**

Vargas apreciaba lo bueno que había en el esfuerzo de los civiles por neutralizar, dominándola, la avalancha militar; pero nunca desconoció la magna obra de los soldados de la libertad; veía claramente que si los esfuerzos no eran encaminados a culturizar las masas y despojarlas de sus mitos con la revalorización de las virtudes civiles y militares; si la obra no se encauzaba por la exaltación de la virtud y del valor del trabajo; si se dejaba a las masas detrás del caudillo y se usaba, únicamente al caudillo, dejándolas a ellas como reata oscura, en lugar de quitársela, en cualquier momento el jefe encabritado podría sacudirse toda influencia y mandar a su antojo. Y es así cómo al aliarse "las dos fuerzas políticas que venían determinando desde los últimos años de la Colonia la evolución constitucional de Venezuela; a saber, la aspiración de la oligarquía civil e intelectual a dictar leyes para una sociedad en formación y a voluntad de un guerrero prestigioso, que representó, según las circunstancias, o el mando de hecho entre dos revoluciones o la dictadura o la autocracia, factores que armonizados unas veces y otras

en pugna, empujaron a la masa popular en todo el siglo XIX por rumbos no bien definidos todavía". (Gil Fortoul), al consumarse el primer triunfo separatista de 1827, Vargas comprendió que el Libertador desaparecía del orden venezolano, que de su fuerte concepción continental quedaría un reflejo doméstico, en manos de un grupo civil privilegiado y de un grupo militar inferior al boliviano; que el orden de cosas resultante sería la consolidación del último traslado colonial y que en fin, el fenómeno de 1826 no tenía las características de fenómeno revolucionario, esto es de fenómeno vital, de defensa social. Pero no por eso quiso hurtarse a su parte de responsabilidad. En el caos ha de estar flotando el elemento de creación y él se dispuso a sumergirse en la corriente. Su actuación sería allí, si no una fuerza capaz de vencer, sí un signo ejemplar, una lección que habría de repercutir más que ninguna en la conciencia naciente de las masas, para resurgir después como paradigma en la conciencia ya plena de los pueblos futuros. Así realizaba, realizándose, su encarnación, su trasunto de patria, aceptando para sus pies la primera sangre de la marcha.

Acaba de comunicar a su hermano la muerte de su esposa: "Particípalo a nuestra madre y a tu esposa. Di a la primera que falleció después de un año de una vida la más cristiana e inocente..."

Es la hora para una cita. Va a ver al hombre con quien ha estado en contacto casi diario desde que se unieron sus esfuerzos en torno a la Universidad. Dobla la carta para Miguel y va recorriendo la casa llena del alma de las flores. En la sala, en el sitio en que estuvo la muerta,



la alfombra amarilla del sol; un turbión de mundos mínimos flota en el rayo oblicuo. El enlutado va metiendo las sillas a la sala y las ordena en filas paralelas. A su frente coloca una mesita y un sillón. Ya ha vuelto a ser el aula. En el zaguán, hasta la puerta, le acompaña el último perfume del entierro. Va en busca del hombre.

Detrás de la mesa cubierta de papeles, el hombre se levanta y viene a él. Los ojos son vigiliass, la frente es fiebre, la palabra es ausencia. Tiende la mano, pero enmienda el gesto y le abraza.

—Doctor...

—General...

—Algo más descansado, ¿eh?

—He reposado un poco.

—A usted le ha ocurrido a una edad reflexiva. Cuando murió mi esposa, yo era casi un adolescente. Quise morir. Pensé que el mundo había terminado para mí. Después he soñado conque en mí comience un mundo... —Sonríe—.

De ese modo comienzan a hablar. Se hunden en la visión desoladora. Cada palabra de Bolívar suena a despedida. Un siglo después un poeta pudo haber expresado la desolación de su mirada: "revela un alma casi toda ausente".

Se internan en la consideración de la hora declinante de Colombia y de la trayectoria desorbitada del pensamiento integrador. Pausas más elocuentes que las frases, les acercan más y más. Reposan los ojos del luchador inaudito en los ojos del sabio, como en una sombra de árbol manso. Todo el destino, toda la patria, todo el encuentro del espíritu creador con el espíritu de la creación va y viene entre los ojos del padre y los ojos del maestro. Como en la barca de papel de la noche oriental, en el coloquio cabría el criollaje abandonado y el niño ciego en manos de la horrenda mitología y el arco de espíritu que ha de formar América en la redondez espiritual del mundo por venir.

Vargas rompe el diálogo, temeroso del tiempo que roba al magistrado.

—He venido por la cuestión de Tácata.

—Ya está arreglado. La hacienda Tácata ya es propiedad de la Universidad. Reclame usted los papeles.

Están de pie, bajo el arco, entre la sala y el patio. Enmarcado en el dintel, el rostro se hace lejano, corno un retrato, quebrada la voz, pero afirmada en recóndito estribo de profeta, le dice:

—Siento que no volveré. No me recibirán más en mi casa. De Colombia quedarán dos cosas: el sueño y el principio de solidaridad continental. De toda la obra quedará la esperanza, lo que Alejandro guardaba siempre para sí. Pero, nada podrán las adversi-



dades contra lo que ha de llegar. Nada podrán los hombres contra el pensamiento nuevo que viene arrollando posiciones. Los niños guardan el secreto de la palabra final. Y eso, lo único que queda de la obra, lo dejo en manos de usted. Poder político, fortuna transitoria, predominio militar, turno de mando y hegemonía, todo lo adverso ha escapado de nuestras manos; pero he puesto en las de usted la última palabra: la juventud, la infancia. Cuando el entierro de su esposa, pensé, sin sombra de egoísmo, que el destino me ofrecía el depositario de mi tesoro. Pensé en la coincidencia de su viudez, contemporánea con un instante definitivo de la obra. Usted y yo somos los viudos del destino venezolano. A un lado de la tumba, ya nos sale al paso la nueva novia. ¡Qué novia la mía, y qué noviazgo! ¡Venezuela! ¡América! ¡La novia de los viudos! Ahora le toca a usted; al lado mismo de la tumba, recibe usted a la Universidad; recibe usted a la juventud de Venezuela para la boda del destino. Prospérela usted; todo un calvario lo espera; yo estoy ya bajando del otro lado del cerro, hacia los campos del eterno descanso. Allí lo esperaré a usted; allí, juntos, esperaremos la hora de la vuelta. No volveré vivo a Venezuela. Volveré muerto y estoy seguro de que encontraré en usted las manos más gozosas de recibirme. Le dejo a usted la Universidad, le dejo el campo para que lo siembre y el dolor de la patria, para que lo sufra. Quién sabe si muy pronto tenga algo más que confiarle.

Lo abraza. Es la primera vez, como médico, que ha auscultado un corazón con el corazón. Luego, al darse las manos, se miran frente a frente. En un largo trasiego, los ojos del maestro reciben la emoción y el depósito.

Sale; ya está en la calle; marcha, como un sonámbulo; de su garganta, asciende, sin romperse, el nudo de la angustia.

Súbitamente, se detiene, afirma el pie. Y echa a andar otra vez, seguro, a paso largo y resonante, calle arriba, luminoso de frente y de mirar, resuelto, como un estudiante, orgulloso, como un creador.

Caracas, 17 de mayo de 1944.



## UNA CARTA DE VARGAS

Era Vargas político en el sentido filosófico; desdeñaba la tortuosa politiquería que rodeaba al Jefe Militar de Venezuela. Dispuesto estaba a acompañar a Páez en cuanto significara empeño de cultura, esfuerzo por la revelación ansiada de la Patria; pero ser Prefecto del Departamento de Venezuela era ser órgano de Páez precisamente en la parte más política en el sentido tortuoso menos política en el sentido especulativo; acaso el astuto llanero pensó anularle haciéndole agente de su política doméstica; acaso, atraído por su virtud, pensó en él como en honrado apoyo para el encauzamiento del civismo lejos de las influencias palaciegas. Pero no era aquél el sitio para la función ejemplar. La universidad, el hospital, el Parlamento, debían ser su campo todavía. Los que pensaran en que su renuncia a aceptar el cargo de Prefecto se debiera a temor, incapacidad o falta de energía, harían bien en recordar su actitud en el Hospital Militar. Desde allí, el 6 de julio del 29 había dirigido una comunicación al Comandante de Armas de la Provincia, denunciándole la muerte en el hospital de un soldado de nombre

Manuel García, observando que la muerte se ha debido a un castigo de cincuenta palos y a haber sido conducido a la ciudad atravesado en un asno, andando a la intemperie; y de seguida manifiesta: "Sin mezclarme de modo alguno en la justicia del castigo, sólo observaré que la ley, siempre humana y protectora del hombre y del servidor de la patria, aun cuando castiga los crímenes, describe menudamente las circunstancias de cada pena, para no convertir una en otra, esto es, la de azotes en la capital, que es quizás más cruel y lastimosa que la ejecutada en un pronto suplicio. Permítame U. que aproveche de esta oportunidad para llamar su atención y la de los demás Sres. Jefes superiores hacia la higiene o régimen militar de los soldados, y por lo que hace a algunos tratamientos impropios, de los que estoy cierto que Ud. no tiene noticia alguna, pero que desgraciadamente suceden todos los días bajo la autoridad de algunos subalternos. Éstas son las marchas forzadas e innecesarias al sol, llevadas a efecto por la vara de los cabos, aun con respecto a hombres de conocida incapacidad, y aplicada con sevicia; no cuidar de su recogimiento para dormir; en fin, otros descuidos que al mismo tiempo ofenden la humanidad y se oponen a la conservación del soldado. Si me he atrevido a hacer estas indicaciones es porque frecuentemente he inspeccionado hombres muertos en este hospital, con vehementes inflamaciones del corazón, lesiones de los pulmones, etc., que indican de un modo claro, la influencia que el régimen de vida ha tenido en ellos. Es trazando por estos resultados sus causas, y revelando a los dignos jefes de nuestro Ejército, los objetos a que pueden dirigir su atención humana, que puede conseguirse algún bien; y los que estamos más al al-



cance de aquellos resultados, tenemos el deber de manifestarlos a las autoridades capaces de remediar las causas. Esto sólo es lo que me guía en hacer a Ud. esta exposición". —El comandante, Lino de Clemente, respóndele noblemente, agradeciendo las indicaciones y promete el castigo. Y pasarán los años y vendrán los progresos del mundo y aquellos tratamientos inhumanos se ejercerán, no sólo en los soldados, sino hasta en los niños y ancianos; y la voz de Vargas permanecerá solitaria en el remolino de las pasiones. Y un día, el mismo Vargas se desvelará por la educación del soldado, adquirirá material para ello, redactará cartillas y cuadernos para la educación de la tropa. Y otro día, unos hombres uniformados lo sacarán de su casa, lo depondrán del cargo que legalmente ejercía y lo llevarán "como criminal, por el camino de la Guayra para deportarlo a Sta. Thomas, porque era un Magistrado, dijeron, perjudicial a la felicidad de la República".

Caracas, 6 de febrero de 1944.





## ÍNDICE

	Pág.
SEMBLANZA DEL AUTOR/Páginas de introducción por Luis Beltrán Prieto Figueroa:	
EL POETA Y EL HOMBRE .....	7
RETORNO A LA CASA DE CUMANÁ .....	21
JUICIO DE RODRÍGUEZ ITURBE SOBRE DISCURSOS DEL POETA .....	31

## LOS DISCURSOS y ESCRITOS

ANIVERSARIO DE CARABOBO/Como Diputado, en la sesión solemne del Congreso Nacional, el 24 de junio de 1939 .....	55
EL DÍA DE CARABOBO/Desde el exilio, en Cuba en 1949 .....	69
HOMENAJE AL GENERAL JOSÉ ANTONIO PÁEZ/Sesión solemne del Congreso Nacional el 25 de julio de 1941 .....	73
ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL/Sesión del Congreso Nacional, el 5 de julio de 1942 .....	81
HOMENAJE AL GENERAL JOSÉ GREGORIO MONAGAS/Sesión del Congreso Nacional, el 4 de mayo de 1945 .....	95

BOLÍVAR EN MÉXICO/Acto de descubrimien- to de la estatua del Libertador en el Paseo de la Reforma, en México, D.F., el 24 de julio de 1946	111
DENUNCIA ANTE LOS SOLDADOS DE AMÉRICA/Escrito en el exilio en Cuba, en febre- ro de 1949 .....	127
CANTERAC Y BOLÍVAR .....	141
LA LECCIÓN DE SUCRE .....	145
SIMONA, LA HIJA DE SUCRE .....	149
SUCRE EN CUBA .....	153

### VARGAS PRÓCER CIVIL

VARGAS: UN SÍMBOLO CLÁSICO Y UNA FÓRMULA ACTUAL/Plaza Vargas, La Guaira, 3 de marzo de 1937 .....	159
LA HORA DE VARGAS .....	175
EL CODICILO .....	185
LA RAZÓN DE CARUJO .....	191
BOLÍVAR Y VARGAS .....	197
UNA CARTA DE VARGAS .....	203



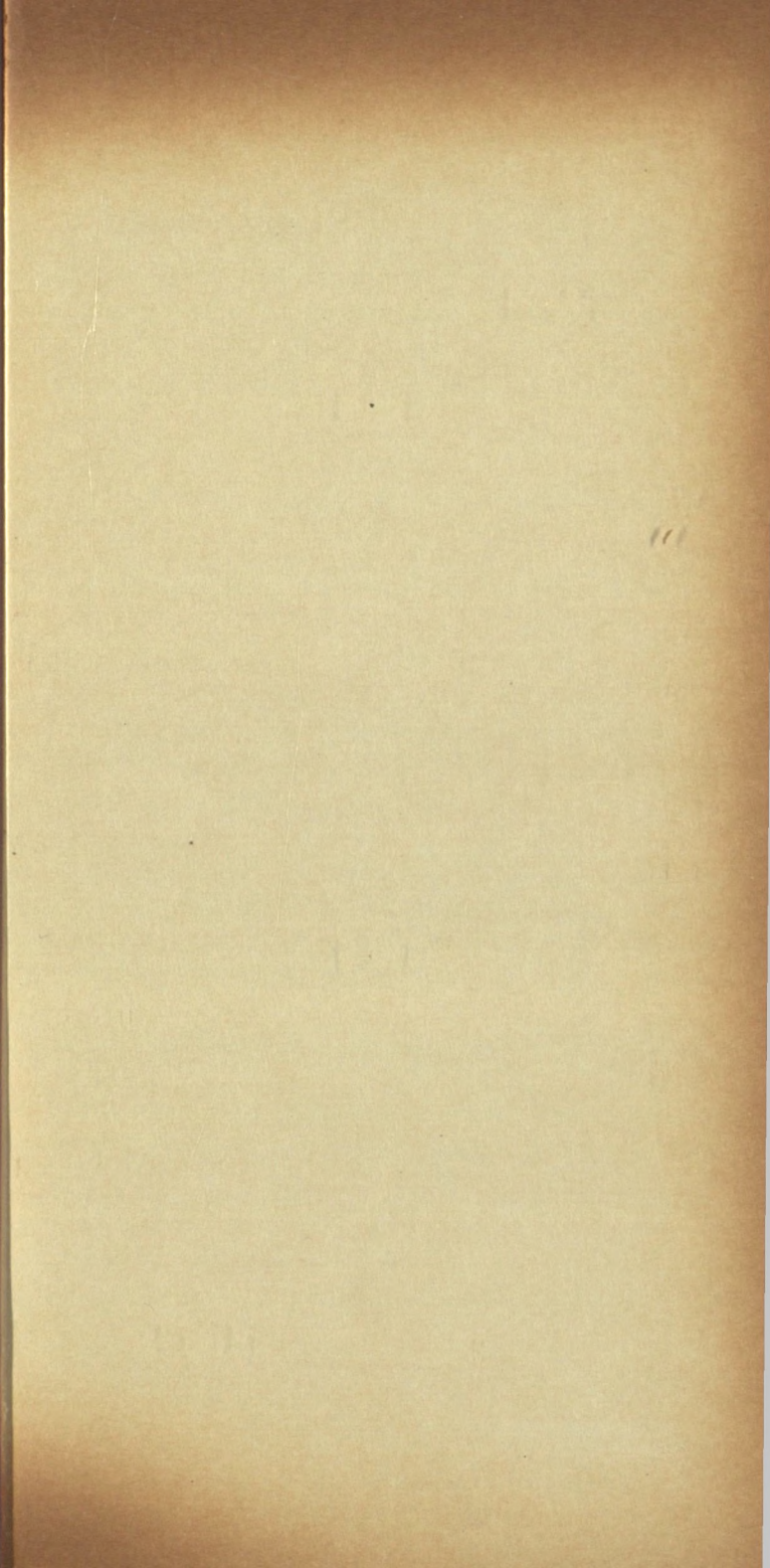
ESTE LIBRO SE IMPRIMIÓ DURANTE EL  
MES DE MARZO DEL AÑO DOS MIL  
CUATRO, EN LOS TALLERES TIPOGRÁFI-  
COS DE MIGUEL ÁNGEL GARCÍA E HIJO,  
EN LA CIUDAD DE CARACAS







**BIBLIOTECA NACIONAL**  
**COLECCION**  
**SIBLIOGRAFICA GENERAL**





En sus páginas introductorias este libro contiene una semblanza de Andrés Eloy Blanco por el maestro Luis Beltrán Prieto Figueroa, con estos títulos: **El Poeta y el Hombre**, conferencia dictada en la Escuela Normal de Costa Rica el 13 de junio de 1955 y **Retorno a la Casa de Cumaná**, escrito en *Oriente*, Revista de la UDO, en setiembre de 1966. Igualmente **Juicio sobre discursos del Poeta**, por el parlamentario José Rodríguez Iturbe, referido a los que pronunciara el también parlamentario Andrés Eloy Blanco en sesiones del Congreso Nacional el 24 de junio de 1939, aniversario de Carabobo; el 25 de julio de 1941, en homenaje al general José Antonio Páez; el 5 de julio de 1942, en aniversario de la Independencia Nacional y el 4 de mayo de 1945 en homenaje al general José Tadeo Monagas. Además, discurso pronunciado en México el 24 de julio de 1946, en el acto de descubrimiento de la estatua del Libertador en el Paseo de la Reforma y **Denuncia ante los soldados de América**, escrito en febrero de 1949 en La Habana, Cuba. **La Lección de Sucre**; **Simona, la hija de Sucre** y **Sucre en Cuba** son artículos de prensa reproducidos de las *Obras Completas* del Poeta.

El capítulo dedicado a Vargas, **Prócer Civil**, se inicia con el discurso del 3 de marzo de 1937 en la plaza Vargas de La Guaira, prosigue con fragmentos tomados de su libro *Vargas, Albacea de la Angustia* y artículos de prensa.

El editor José Agustín Catalá con su sello de **EL CENTAURO** se complace una vez más en ofrecer estos textos a las nuevas generaciones de venezolanos que desconocen buena parte de la historia gloriosa de la patria.

Caracas, noviembre 2003.

ISBN 980-263393-3



9 789802 633937